Biblioteca popular murciana.

10

R 421.101

LA CONDESA DIANA

POR X.

MURCIA.—1894.

TIP. DE LAS PROVINCIAS DE LEVANTE.

TIP. DE LAS PROVINCIAS DE FRANCIA.

MADRID.—1854.

TOMO X.

LA CONDESA DIANA

Biblioteca Nacional de España

LA CONDESA DIANA

I

Tenia yo una madrina y un tutor: el destino habia hecho que fueran marido y mujer..... No te sonrias, querido Wichelm, si comienzo mi narracion, como si fuera á contarte la historia del *Pájaro azul*: estamos en plena realidad y vas á verlo...

Mi tutor era viejo, cruel y huraño; por el contrario, ella era jóven, dulce y bella: un halcon estrañamente apareado con una paloma. Felizmente, ella tenia un alma noble y elevada, lo que hacia que le dominase, y que su marido no se atreviera á contrariarla.

Vivia con ellos en un sombrio castillo de las Ardenas, antigua fortaleza feudal, edificado sobre una roca, y artísticamente restaurado: salvaje y florido á la vez; un nido de buitres entre un ramillete de mirtos.

—Andrés, me dijo mi madrina un dia que cabalgábamos juntos y pensativos, protegidos por la sombra de los corpulentos robles de mis bosques: ya se acerca el mes de Junio y teneis veinte años; es preciso, amigo mio, pensar en vuestro viaje á Inglaterra...

Yo no pensaba en nada, y galopando á su lado me embriagaban la ilusion y la libertad; el perfumado ambiente de la mañana, el ramaje donde se veia la rosa y otras flores campestres, los cantos de los pajarillos, que espantados, se escondian en la espesura, el misterio, el silencio, ¿qué sé yo? puede ser que mis veinte años que hacian latir mi corazon, ó la hermosura de mi madrina, que sobresalia en medio de aquella magnífica naturaleza, fueron las causas que habian producido en mi alma una impresion voluptuosa y pura... No pensaba en nada.

—Esta mañana he recibido, insistió mi madrina viendo que no respondia nada, una carta de vuestra prima lady Clarencey; espera veros en Clarencey-Castle, antes de volver á Lóndres...

—¿Qué dices? añadió ella, riendo de mi aire sorprendido, ¿estás mudo, Andrés?

En verdad no sabia qué responder; la idea de este viaje, mucho tiempo antes decidido, me sorprendia en medio de una tranquilidad tan llena de encantos, que mi corazon se oprimió de dolor.

—¿Dejaros...? esclamé; ¿ir tan lejos y solo?

—¡Oh! pobre jóven, me dijo ella, haciendo un gesto burlon, ¡qué tímido eres...!

Y los dos nos echamos á reir.

Lo cierto es que mi respuesta era estraña, porque tenia yo cinco piés y cuatro pulgadas de estatura, bigotes rubios y bastantemente poblados, y cierto aire fanfarron, que mi madrina se esforzaba en corregir.

Hacia cerca de seis meses que habia dejado la universidad de Heidelberg, á donde, desde la edad de quince años, habia asistido dueño de mi voluntad como estudiante, y no de los menos camorristas, como podrá atestiguarlo una herida, resultado de mi sétimo duelo, la que causó mi salida de la ciudad y me habia conducído á casa de mi tutor en un lastimoso estado.

—No se debe tener miedo, contestó ella; no hay en Inglaterra, ni lobos, ni...

—Si; pero hay allí mónstruos que se comen á las criaturas, le contesté yo.

Y nos reimos estrepitosamente. Sin embargo, cuando recobramos nuestra formalidad, ella volvió á su tema. Yo no sé qué sentía. Mientras ella hablaba, la miraba silencioso y turbado, y me espantaba la idea de ir "tan lejos y solo„: la timidez se apoderó de mí: me parecía que los confines del Universo luminoso estaban limitados por el horizonte que podia abrazar su mirada y que más allá reinaba la noche.

—Pensad, amigo mio, me dijo ella con el razonable acento que tan bien le sienta,

el rico patrimonio que os espera en vuestra mayor edad os impone grandes deberes; debeis conocer la vida y el mundo para saber distribuír en buenas obras la felicidad que la suerte pone en vuestras manos.

—¿El mundo?..¿la vida?... yo los conozco como lōs dedos de la mano...

—Ciertamente, señor baron de Orbach; sois filósofo, no lo ignoro, y aun podríais pretender una cátedra con vuestros títulos; pero Cárlos V, segun me decia hace pocos dias, afirmaba que á cada idioma que un hombre aprende, añade á su valor, á su inteligencia, á su voluntad un nuevo hombre, una nueva inteligencia y una nueva voluntad...

Este grande emperador hubiera podido añadir, que visitando otra nacion, donde sobe que encontrará bien, el viajero aumenta su virtud cívica.

Debo confesarlo para vergüenza mia: la oia, pero no comprendia lo que me decia. Ibamos al paso: admiraba el movimiento gracioso de su flexible talle, las ondulaciones de su cuello de nieve y rosa, que recordaba á mi pensamiento los lindos versos en que Virgilio describe à Vénus presentándose como una viagen cazadora, á las miradas de su hijo Eneas, náufrago sobre las ruinas de Cartago.

Dixit et avertens rosea cervice refulsit.

Sin embargo, no es á Cipriana la rubia á quien se parece mi madrina, la condesa Diana;

pero no es menos bella, como todos pueden convencerse yendo á Florencia para ver su retrato en el palacio Pitti, cuyo catálogo la llama, no sé porqué, la Judit de Allori. Esta Judit es ella misma, con toda su belleza, toda su gracia séria y dulce á la vez. Es su misma frente tersa, adornada de abundantes cabellos negros; sus mismos ojos brillantes y húmedos, sombreados por largas pestañas negras, que velan sus párpados y que harían languidecer á un ángel caido; su misma tez ardiente y blanca como el pétalo de una camelia. Cuando anda, parece una jóven diosa, errante en los bosques sagrados. Tiene tres años mas de edad que yo, y cuando á los trece años perdí á mi madre acababa de casarse con mi tutor, y su dulce sonrisa consoló mi triste infancia.

—Y bien, qué contestas á mis argumento s? replicó ella.

—Que son muy acertados.

—¿Y qué deducís de ellos?

—Nada mas, sino que estaré muy lejos y muy solo.

Al decir esto, dí un gran suspiro: ella se volvió; y sorprendiendo mi mirada fija sobre su cuello, me dijo un poco confusa observando mi embelesamiento:

—Sois un burlon y un impertinente: estoy segura de que observais que estoy mal peinada.

—Por el contrario, encuentro adorable ese ligero desórden.

—¡Hum! contestó ella amenazándome con su látigo.

Y partimos al galope, tarareando ella un aire italiano, y yo, perdido en risueños pensamientos, nacidos en aquella mañana de junio.

Cuando salimos de los bosques, conocí que ámaba tanto á mi madrina, que me era imposible vivir separado de ella...

. . . . . .

¡Ay de mi! Wilchelm, ¿qué habrá sido de mi pobre madrina?... En el momento en que te escribo estas líneas hace un año que estoy encerrado en la casa de locos del doctor Schuttz, en Carlsruhe!... La espero siempre... ¡No viene, ella me olvida!... Nó, ha muerto como yo, y no quieren decírmelo, temiendo que vaya á encontrarla.

Ya ves, amigo mio, que sigo tu consejo, y que procuro abreviar mis largas horas de cautiverio escribiendo para tí la historia de mi vida. Mi alma es la que te envio; ya no puede ser útil á un cuerpo cautivo y enfermo. Sin embargo, te lo confesaré. Este cadáver palpita todavia con la narracion de los dos años trascurridos desde que te dejé, y encuentro una amarga complacencia en resucitar mis pobres dichas. Bajo la rama de oro de los recuerdos, se levantan y revoletean á mi alrededor pálidas, como un coro de Willis, bailando en los bosques germánicos alumbrados por el níveo reflejo de la luna. Yo las miro al través de mis

párpados medio cerrados, y detengo mi respiración, temiendo que se desvanezcan. Hay una de la que estoy enamorado: lleva una corona de acianos, entrelazados con ramas de brezo; yo la amo, porque ella murmura algunas veces á mi oido la canción de la esperanza, una linda canción que no puedo repetirte, porque está escrita en un lenguaje celestial... ¡Yo, la comprendo, pero no espero!

Así, pues, amigo, todos los días como hoy recibirás algunas líneas mias, verdaderos pedazos de mi corazón... Me río anticipadamente del desconsuelo del doctor Schultz, cuando note que no me queda ninguno; pero me encuentro fatigado y mañana seguiré mi historia.

II.

Reanudo mi narración, Wilhelm. Recordarás, que ayer la interrumpí en el momento en que, atravesando el bosqne me habia conmovido tanto al hablarme Diana de separarme de ella.

Galopábamos animados por la carrera; yo no me cuidaba de analizar el sentimiento que me dominaba. Era feliz, y estaba orgulloso de ser el cautivo, el esclavo de una madrina tan hermosa.

—Mi querida Diana, ya os obedeceré, respondí por último; ¿pero no podrá esperarme un mes mi prima Clarencey?

—¡Oh! no tenemos tanta prisa. Además, que nuestra soledad despertará muy pronto vuestra afición de viajero.

A diez minutos de distancia del castillo seguimos un pequeño prado, en el que se trabajaban las maderas de construcción de nuestras posesiones, cuando nos encontramos frente á frente con el conde Hugues de Maufert, mi tutor y primo que vigilaba los obreros en compañia de su administrador.

El conde era un digno descendiente de aquellos antiguos gatos, que los soldados del César contemplaban aterrorizados. Tenia cerca de seis pies de estatura, la cara sombria y severa, la barba cerrada, el cabello espeso, y que apenas blanqueaba, á pesar de que tenia cincuenta y cinco años. Como todos los hombres demasiado altos, estaba algo encorvado; pero la edad no habia hecho efecto en su naturaleza nerviosa. Gracias á su fuerza atlética, era tan nombrado como temido en el país.

Desde la orílla del camino, nos veia venir; se quitó su sombrero, para saludar á mi madrina, y me dijo de una manera que me sorprendió:

—Andrés, ¿quien os ha permitido montar á Ralph?

—¿Tengo necesidad acaso de vuestro consentimiento, le respondí, para montar un caballo que me pertenece?

—¡Oh! sois dueño de romperos la cabeza cuando vayais solo, pero os he prohibido para

siempre que monteis ese caballo cuando acompeñeis á mi mujer.

—Señor, dijo mi madrina, soy yo quien le ha suplicado...

—Mi querida Diana, le interrumpió él; no tolero que una súplica, aun siendo vuestra, pueda autorizar á vuestro ahijado, para desobedecer mis órdenes.

—¡Hola! Tony, me entendeis, gritó á uno de los dos criados que nos seguian: ¡si permitis otra vez que monte ese caballo el señor baron sin mi permiso, tendreis que habérosla conmigo!

—Señor, le respondí atrevídamente, me parece que os olvidais, que tengo edad bastante para pasarme sin vuestro permiso, y obrar como me parezca.

—¡Andrés! esclamó mi madrina, asustada de mi audacia.

—¿Qué quiere decir eso? respondió el conde dando un paso hacia mí.

Yo sostuve resueltamente su mirada, y le respondí, temblando de cólera:

—Esto quiere decir, que no estoy dispuesto á reconocer la tutela de vuestros lacayos, y que castigaré á vuestro Tony, si se atreve á impedirme que disponga de caballos que me pertenecen y que he pagado.

—¿Qué es eso? ¿está loco? esclamó mi tutor.

A esta palabra me sentí desfallecer y un estremecimiento de espanto se apoderó de mi.

—¡Oh! ¡callaos, callaos! dijo mi madrina al conde con un gesto suplicante.

—Por Dios, querida mia, respondió brutalmente, tiene motivos para estarlo.

Apenas habia dicho estas palabras, cuando me sentí acometido por el vértigo. La voz, la terrible voz de ese espectro que turba mis sueños, dió un grito. Un clamor lúgubre se levantó al rededor mio, y me envolvió de repente. El espectro se me apareció. Felizmente Ralph es un generoso animal, le hundí las espuelas en el vientre y partió al escape.

—¡Oh! Señor, eso es indigno, dijo la condesa á su marido.

Casi al mismo tiempo oí silbar su látigo, y retemblar el suelo, bajo los pasos de caballos que se lanzaban al galope, siguiendo mis huellas, pero yo no me detenia, el camino era llano, tenia terreno y Ralph volaba.

—¡Andrés! ¡Andrés! gritó de lejos mi madrina.

Su voz dominaba el tumulto, me volví y la ví jadeante y desatinada. Los dos lacayos no podian seguirla... Yo hubiera querido esperarla, pero entre nosotros veia el horroroso fantasma que me perseguia: la locura deforme, horrible y con los cabellos desgreñados: sus grandes alas de murciélago, estendidas batian el aire, y sacudian su inmundo polvo. Yo veia su descarnado rostro, terroso y lívido, sus ojos de un negro infernal, sus brazos de esqueleto, estendidos para apresarme. Era una caza horri-

ble... Ralph me comprendia: tambien tenia miedo: yo habia abandonado las riendas, y él devoraba el espacio.

—Detente, detente, gritaba la fantasma; ¡tu madre murió loca!... ¡Tu abuelo murió loco!.. Tú me perteneces...

Yo huia siempre; habia vuelto á entrar en el bosque, y me internaba en lo más espeso de aquella naturaleza inculta.

Ralph saltaba los matorrales, y detrás de mí, la hechicera se enganchaba y desgarraba con las ramas.

—¡Ah! ¡ah! maldita, alcánzame si puedes, la dije; ¡no, la locura no es fatalmente heredita-ria! Yo he leido todo desde el tratado de Sul-picius hasta el de Esquiro!... ¡Corre, maldita; yo escaparé de tí!

Los álamos blancos y los robles centenarios huian en desórden á cada lado del camino; to-dos espantados repetian los ahullidos de la ho-rrorosa gorgona, y el clamor que aumentaba llenaba las profundidades de los bosques. Un lobo, aterrorizado por esta tempestad satánica, atravesó el camino y se salvó en lo más espeso del follaje.

—¡Andrés! ¡Andrés! gritaba mi madrina.

Ella estaba sola. Los lacayos se habian que-dado detrás, y cada vez que me llamaba su dulce voz, veia tropezar á la hechicera, que se levantaba al momento con rabia y emprendia su siniestro vuelo; el caballo de Diana la alcan-zaba con su inflamada nariz; y la caza conti-

nuaba desenfrenada, implacable. Las rocas temblaban, la tierra desaparecia bajo los cascos de nuestros caballos; el polvo del camino se elevaba en torbellinos... la balada de Lenore se presentaba á mi imaginacion, ¡pero los muertos van mucho mas despacio!... En media hora llegamos al llaso de los Javalíes y la hechicera desfallecia.

—¡Ahulla, furia! esclamé yo, dando una carcajada, vas á caer en un lazo, allá arriba.

Acababa de formar un plan magnífico: en lo alto de la colina hay un abismo que causa el vértigo; una quebradura de veinte piés de ancho; en el fondo bramaban las agitadas aguas del Semoy. No tenia mas que salvar de un salto el precipicio, y la hechicera pereceria.

Yo me lanzé, desesperado... llegaba á la cumbre.

Me acerqué á la sima, y un grito de mi madrina se oyó tan desgarrador, tan lastimero, que me atravesó el corazon... su caballo habia caido, ella yacia en el suelo... Yo me detuve, el espectro espantado de este desastre, huyó al través del arenal y desapareció en un gran agujero.

Yo corrí hacia Diana. La creí muerta; puse la mano sobre su corazon, y apenas latia. La sostuve en mis brazos, y de rodillas á su lado sostenia su desfallecida cabeza; no teniamos ninguna esperanza, nos encontrábamos en un desierto. Sin embargo, los dos lacayos habian seguido nuestras huellas; oia su precipitado

palope, y los vi muy pronto aparecer al pié de la cuesta.

Ayudado de Tony la llevé hácia un manantial que filtraba bajo el musgo á cien pasos de nosotros; bañé en él sus sienes, y derramé sobre sus lábios algunas gotas de agua. Yo la llamaba llorando, y ella no me respondia...

Me parecia que el mundo iba á concluirse: espesas nubes negras se estendian sobre la llanura y cubrian el horizonte como para ocultarnos bajo un inmenso velo de luto. Su mano estaba inerte y fria, y para calentarla la estrechaba sobre mi corazon, sobre mi boca; yo hubiera querido darla mi sangre, mi aliento, mi vida.

Por último, un débil suspiro salió de sus labios, una tinta sonrosada coloreó sus mejillas, dos lágrimas se deslizaron bajo sus parpádos... Al encontrarme á sus pies, creyó soñar... ¡Soy yo! ¡Soy yo! esclamé.

Su mano me respondió estrechándome la mia.

Sin embargo, yo me tranquilicé; felizmente habia caido sobre la yerba y no se habia herido; pero se sentia muy fatigada, y no tenia fuerzas para hacer ningun movimiento.

En el límite del Raso de los Javalies, hay una choza de leñadores, abandonada; rompimos dos álamos jóvenes para hacer una litera, coloqué en ella algunas ramas, y bajamos la cuesta conduciende á mi pobre madrina. Tony

y Paddy marchaban lentamente; yo permanecia á su lado.

Apresuradamente improvisé un lecho de hojas secas, donde la colocamos; en seguida mandé á Paddy correr á todo escape al castillo para buscar un carruaje.

—Pero si el señor conde me ve llegar con Agaric sudando, me despedirá, contestó.

—Toma á Ralph, esclamé, y revientalo si es preciso!

¡Pobre Ralph!... Pero ella estaba tan pálida y tan fatigada... Temblaba por ella.

—¿Sufrís? la dije llorando asi que nos encontramos solos.

—No, no ha sido nada, no he tenido mas que mucho miedo... Solamente que me encuentro entumecida y mis ojos se cierran contra mi voluntad.

—Descansad, yo permaneceré á vuestro lado.

—Gracias, me contestó.

Y se durmió con el sueño de un niño.

III.

Semejantes postraciones son generalmente el efecto de violentas sacudidas; yo lo sabia. Sin embargo, una mortal angustia me agobiaba, pensando que ella habia podido matarse en esta horrible persecucion, y me acusaba de una cobardía pueril. ¿No debia haberme dejado ahogar cien veces por el fantasma antes que esponer de esta manera unos dias tan queri-

dos? Inclinado sobre mi pobre madrina me parecia que aquel pesado sueño iba á ser eterno y me estremecia la idea de no volverla á ver; de no oir mas esta voz, que me encantaba, ¡ay de mí! Entonces me encontraria solo en el mundo!...

Dominado por estos tristes pensamientos interrogué á mi corazon, y lo que me respondió me sumió en una estraña turbacion. Hasta aquel dia habia vivido al lado de Diana, abandonándome á la dulce proteccion que estendia sobre mí; yo la amaba porque sonreia á mi juventud, á mis esperanzas.

Yo la invocaba en mis sueños como á una hada bienhechora que consolaba mis tristezas, y una especie de devocion se confundia con mi cariño; pero en aquel momento en que temia perderla para siempre, me sorprendió descubrir en mí sentimientos desconocidos. Yo contemplaba como en éxtais esta bella y encantadora hermana de mi soledad. Yo la compadecia de no poder amar al hombre brutal, con quien la suerte la habia unido, y al mismo tiempo me regocijaba la idea de verla tan indigno de ella. Los celos y la piedad, la alegria y la tristeza, se disputaban mi alma y su vista me embriagaba. Yo admiraba su belleza, sin que su mirada me molestase, y por la primera vez me atreví á leer en mi corazon... Cuando despues de dos horas llegó mi tutor, me levanté confuso á su vista, enrogecí. Felizmente,

creyó que era de temor. Al oir su voz, mi madrina se despertó.

Debo hacer justicia al conde de Maufert; estaba muy conmovido, y su primera palabra fué para Diana. Ella le tranquilizó en el momento, sonriendo.

—No me he hecho el menor mal; Nick me ha colocado gentilmente sobre la yerba.

—¿Es verdad ¿no estais herida? dijo él, con una voz casi conmovida.

—Para convenceros voy á andar... como Lázaro.

Por un esfuerzo de voluntad se levantó, pero vacilaba; mi tutor la tomó en sus brazos, la llevó como á un niño y la colocó en el carruaje, entre almohadones; despues, sentándose á su lado, partió sin haberme dirigido la palabra. Perdido en mis pensamientos volví con Tony. A poca distancia del custillo nos encontramos al médico que habian avisado. Yo al punto, me acerqué y oí lo que decian.

—No es mas que una fuerte conmocion, un dia de descanso, y espero se halle restablecida. Pero en todo caso, vuelvo á Maufert, para mayor precaucion.

—Subid con nosotros, respondió el conde. Hola, Tony, venid á tomar el caballo del doctor.

Ellos partieron; pero mi madrina me habia sonreido. Llegado al castillo, me detuve en el parque para esperar al médico. Trascurrida media hora, salió, corrí hácia éi y le pregunté. Disipó mi temor diciéndome, que Diana guarda-

ria cama dos dias solamente, por precaucion. Respiré y subí á mi habitacion. Era preciso evitar la presencia del conde, con el que preveia una escena desagradable; queria prepararme á ella, decidido enteramente á rebelarme contra esta tiranía, demasiado pesada para mis veinte años, bajo la que habia estado durante seis meses para no apesadumbrar á mi madrina.

La tarde me sorprendió en medio de mis ensueños; habia pretestado una fuerte jaqueca para no asistir á la comida, y habia hecho que me sirvieran en mi habitacion.

Echado de codos en las almenas de mi castillo, contemplaba las fugitivas tintas del sol poniente, y las grandes sombras que bajaban de los montes; hácia el lado de Alemania las cimas purpuradas, y las altivas rocas desafiando al ceniciento cielo; á mis piés la llanura llena de misterios y las revueltas del Semoy, que murmuraba. Sobre los negros guijarros de la orilla, en el fondo, en el último término, el bosque de las Ardenas, detrás del que acababa de desaparecer el astro del dia, que aun iluminaba con sus rayos de fuego el sombrio ramaje de los jigantes robles.

De repente, una voz muy conocida desvaneció mis quiméricas visiones. Mi tutor estaba delante de mí.

—Tenemos que hablar, me dijo.

Sin responder volví á entrar, le presenté una silla y esperé.

—¡Por vuestras estravagancias, repuso, ha

estado hoy mi mujer en peligro de muerte, y supongo que no pensareis que estoy dispuesto á sufrir otra vez semejantes desatinos!

El momento estaba mal elegido, para hacer un llamamiento á mi sumision.

—¿No sería mas equitativo, le respondí friamente, que os acusaseis vos mismo de un accidente que yo deploro? ¡No sé, por qué un hombre de mi clase esté á los veinte años, reducido á la servidumbre en que pretendeis retenerme!...

—¡Vuestra condicion!... dijo con ironia: ¿dónde habeis aprendido que vuestra condicion sea la de otro?

—¡Pero, señor, si sois mi tutor, os repito que tengo veinte años!..., y que he vivido bastante tiempo como hombre, segun pienso, para no ser tratado como si fuera escolar.

Mi tutor me miró de una manera que afectaba piedad.

—¡Vamos, basta de frases exageradas, querido!... Estais malo, y quiero mostrarme indulgente.

—¿Qué, estoy enfermo? le interrumpí; ¿y de que enfermedad? os lo suplico.

—Eso corresponde á la facultad.

—Sin embargo, señor.

—¡Ah! os suplico que me escucheis, repuso con un tono de autoridad. No he venido aquí á discutir con vos, sino para dictaros mis órdenes.

—Es inútil, señor, le dije atrevidamente,

porqué espero vivir á mi manera; la ley os da la administracion de mi patrimonio, pero yo puedo disponer de la pension que estais obligado á darme, elegir mis caballos y montarlos cuando me parezca... Si conoceis vuestros derechos de tutor, yo conozco los de pupilo.

Con gran asombro mio el conde permaneció impasible.

—Vamos, querido mio, no os acaloreis, me dijo, vais á tener un ataque, y he prometido contentaros... Es preciso, á toda costa, volveros razonable.

Esta sola palabra me hizo comprender el sentido de su ironía.

—¡Pretendereis hacerme creer que estoy loco!

—No, no, contestó él, hay remedio, yo lo espero.

Esta respuesta era pérfida, pero yo estaba preparado, y no me conmovió. Además, la locura habia desaparecido en el desierto y no tenia ya nada.

IV.

Wilhelm, lo declaro solemnemente, pongo por testigo al cielo, al sol, á la luna, las estrellas y los cometas cabelludos, á la naturaleza y á los hombres reunidos para oirme, el doctor Schult es un asno, salvo los anteojos.

Yo estaba ayer en el final del capítulo que

te escribia, cuando el viejo Fritz, mi ayuda de cámara, se presentó anunciando:

—El señor doctor.

Inmediatamente oculté el papel y fingí leer un librote.

El doctor Schultz es un hombre de una estatura regular, regordete y primoroso; ofrece al observador esa fisonomía complacida y alegre, particular del teutonismo universitario; su mirada es dulce y honrada, su sonrisa jóven y los cabellos plateados; pero su nariz no está hecha para llevar finos anteojos de oro, porque los lleva muy bajos y mira por encima: signos relevantes de una inteligencia llena de pensamientos secretos. Por esto desconfio de él.

—Y bien, mi querido huésped, me dijo tendiéndome la mano, ¿estais ocupado desde esta mañana en vuestra traduccion de *Píndaro*?

—No se trata de *Píndaro*, respondí impetuosamente; ¡quiero salir de aquí... para ir á patinar á Holanda!...

—¡Ah! perfectamente, replicó él; venia á proponeros un viaje hácia esa parte... ¿Teneis patines?

—No, pero los compraré.

—Yo tengo un par magnífico, querido mio, permitidme que os lo ofrezca. Voy á mandar á Hermann que los bruña, porque están un poco mohosos... Dentro de dos dias estarán listos. Estamos en Setiembre y los canales no están todavía helados...

—Muy bien, ya me los enviareis, repliqué yo levantándome.

—¡Cómo! ¿quereis partir hoy con esta lluvia, con esta tempestad?

—Ahora mismo; ¡ya hace mucho tiempo que estoy encerrado en vuestra casa!

—¡Ingrato! esclamó. ¿Despreciais de esa manera mi hospitalidad?...

—¡Oh! no pretendais hacérmelo creer. ¡No se dá hospitalidad en una casa de locos!

—¿Qué decís?... Es una casa de salud, os lo suplico...

—¡A otro perro con ese hueso!... Os conozco muy bien, señor doctor Schultl! y sé quiénes son los que os vanagloriais de curar. Mi respuesta es que ahora mismo vais á mandar buscar al burgomaestre, al consejero Schreiber y á uno de sus colegas; al rector de la Academia y á dos profesores de la facultad. Delante de todos os aseguro que os confundiré y probaré la rectitud de mi razon.

—¡Qué capricho tan estraño, querido mio! Nadie ha dudado aquí de vuestro buen sentido.

—¿Nadie? contesté yo lanzándole una mirada escrutadora; ¿lo jurariais?

Se turbó, y despues de dudar un momento, contestó:

—Pues bien; puesto que me atacais con una lógica tan fuerte, os confesaré confidencialmente que hay una persona que os hace esta injuria... Sí, teneis un enemigo.

—¡Ah! ¡ya lo veis!

—Y este enemigo... ¡sois vos mismo! añadió, terminando su chiste con una carcajada.

Yo no puedo conservar mi seriedad, y participé de su alegria.

—¡Qué paradoja!

—¿Una paradoja? Yo apuesto mi Erasmo contra vuestras aguas fuertes de Rembrant á que no destruireis mi asercion.

—Acepto el desafio.

—¡Cuidado con lo que haceis! Voy á abrumaros con Loche, Leibuits, Flant, Spinoza.

—¡Bravo! una *poutpourri* de modas de empirismo y de racionalismo!... No falta más que Fickte, con su yo, y no yo.

—¿Y por qué no? Sí, si el mismo Fichte me daria argumentos...

—Yo os refutaria con Schellinh y Hegel, y el sistema de la identidad absoluta haria tabla rasa de vuestro principio de limitación delyo.

—¡Y es asi eso! añadió. Pues bien, acepto el idealismo tracendental de Schelling. ¡Y sostengo que para ser sábio y pensador no hay nada cierto mas que el real filosófico!... ¿Me seguis?

—¡Pardiéz! Ya habeis llegadó á la escuela pirronista... resucitada de los griegos!...

—¡Escuela pirronista, sea!... ¿Qué mortal puede afirmar su sabiduria? Pitágoras, Sócrates y Platon enseñando leyes universales, demostradas insensatas por el álgebra de Galileo, Newton, Képler...

Y en seguida, enumeró toda la letanía de argumentos de las doctrinas escépticas, desde las *Hypotyposes* de Sextus Empíricus, hasta los *Diáiogos* de Berkely comprendiendo en ella los *Ensayos* de Hume, oponiendo al conocimiento lógico lan ilusiones de los sentidos, las contradiciones y los errores de la razon, el desvario, la locura parcial, é inconsciente...

—¿Cómo? dijo, terminando su discurso; porque razonais con estremado buen sentido, ¿os atrevereis á afirmar, que ningun lóbulo de vuestro cerebro esté atrofiado? No he encontrado ningun hombre, que no tenga su flaco como M. Shandy; yo lo tengo, vos la teneis tambien y se ha manifestado en la aficion á las investigaciones sobre las causas de la enagenacion mental, habeis leido con pasion todo lo que se ha publicado sobre este asunto. Ahora, bien, ¿por qué esa aficion á este estudio? Una preocupacion natural, resultado del miedo, lo ha motivado; sabeis que la locura es hereditaria... ¡Ah! ¡ah! valiente, añadió con una risa agresiva, cuidado con vuestros Rembrandt.

—¡Bah! ¡no los teneis todavia! Voy á contestaros.

—Esperad, no he concluido. Ciertamente que si alguna vez he conocido una inteligencia sana y recta es la vuestra. Sin embargo, señor filósofo, ¿no es un gusano roedor, esa medrosa y pueril curiosidad de fisiología médica? ¿Quereis conocer todos mis pensamientos? añadió levantando sus anteojos. Pues bien, con una

cabeza menos fuerte que la vuestra, ésta preocupación hubiera podido degenerar en manía, si vuestro corazón no se hubiera distraido; pero sois una de aquellas naturalezas, en las que la sensibilidad, la ternura, el amor, en fin, absorben toda la vitalidad. ¡Ah! ¡ah! ¡estais inquieto!... Es porque mi paradoja triunfa y confunde vuestro flaco.

—¡Bah! vuestros tiros me asustan poco.

—Lo que hay mas raro en el hombre, continuó, es el equilibrio del corazon y de la cabeza. Vnestro corazón tiene veinte años, no conoce mas que lo que sabe en esta edad: late, quiere, adora. Vuestra inteligencia por el contrario, discute, razona lo que quiere decir que se expone á caer en él error, en el vértigo. Ya veis hasta que punto soy observador: cuando entro aqui, del primer golpe de vista conozco lo que os preocupa. Desde hace algunos dias, sois vos mismo, vivis por el sentimiento: esta mañana en este punto de exceptismo creeria que la corriente de vuestros pensamientos ha causado en vos ciertas inquietudes, á propósito de vuestras facultades mentales. Si es así, hay falta de equilibrio entre el corazon jóven y la inteligencia vieja; *ergo*: turbacion, desacuerdo, escentricidad!... Y ya veis, como vuestros Rembrant me pertenecen.

—Todavia no, esclamé, hombre, voy á confundirte!

Se trataba de probar mi ciencia, y entonces para herir su imaginacion y dominarle de una

vez, subí sobre mi mesa: él se quedó muy bajo... Yo llegaba al techo, y desde esta altura dejé caer estas palabras:

—Retórico, pedagogo y pedante, mírame, ¿conoces tú las leyes de Monou y de Zend-Avesta? "Manou estaba sentado, el pensamiento fijo en un objeto único...» Yo estoy de pié y abrazo el universo y llevo en mi cabeza, que tú calumnias, seis mil años de conquistas de la inteligencia humana. Yo, niño, trazaba sobre la arena esos movimientos de los mundos que tus Pitágoras y tus Platones ignoraban á pesar de sus barbas blancas, ¡y yo he aguzado mi lógica en la universidad de Heidelberg! ¡Tú, quieres convencerme de debilidad y discutir sobre las causas de la demencia!... ¡gusanillo, que no has adquirido tu ciencia mas que en tus góticos autores! Tu sistema, se funda en consejos científicos. La locura es hereditaria. ¿Dices tu? Es un hecho conocido; sin mirar ni á derecha ni á izquierdo embocas esa perogrullada; con aire doctoral y pensado á la manera de Sganarelle engañando á Geronte. ¿Qué sucede en la Odisea, cuando la invencible Minerva pregunta á Telemaco si es él hijo de Ulises? "Ignoro, si este héroe es mi padre, responde el joven príncipe: todo lo que sé, es que mi padre me lo ha dicho.„ ¡Ah! ¡ah! ¿que es tu derecho hereditario, despues de esta sábia respuesta, médico ignorante que sigues tontamente el axioma; *Is pater est quem nuptia demonstrant?* ¿Estás tan débil en decho romano? Y el tercer

asunte, ¿por qué le cuentas tú en el matrimonio, en la procreacion de un ciudadano?...

—Pero eso, no es mas que un sofisma, esclamó. Cuando la herencia viene de la madre, ¿quién es el tercer ausente?

—La naturaleza, contesté yo con vehemencia: la naturaleza, que endereza á los jorobados y encorba á los derechos. El hijo de una loca lleva siempre en si el gérmen de la demencia; pero puede conservarlo toda su vida, en este estado, á no ser que alguna de las causas ocasionales que la ciencia llama *causas de evoluciones*, no venga á promover accesos.

Y partiendo de este punto, desarrollé todas las teorías de Brousais, de Dupuytren y de Magendie. Fundado en la fisiología y la psicología analicé en detalle el aparato sensorio; y demoliendo parte por parte la argumentacion filosófica de mi adversario, lo aterré finalmente con una peroracion terrible.

Mi discurso fué muy largo; el doctor lo escuchó primeramente sonriendo; pero su incredulidad se trocó muy pronto en sorpresa, en turbacion; permanecia mudo. Bajé de mi trono y causándome piedad su embarazo le tendí la mano que estrechó; pero de repente, sucumbiendo á no sé qué idea, se precipitó en mis brazos.

—Amigo mio, hermano mio, maestro, esclamó con una voz suplicante; ¡salvadme! ¡salvadme! porque vos solo podeis curarme.

—¿Qué teneis? le dije, sorprendido de semejante trasporte.

—¡Ah! ¡soy el mas desgraciado de los hombres! Oculto un dolor que me mata, y mi inteligencia está torturada sin cesar por angustias terribles... ¡Estoy loco!

—¡Vos, Dios mio! esclamé.

—Este es un secreto que nadie ha penetrado, repuso, os lo confio, y os imploro... ¡Sabed que como la vuestra, mi madre murió loca! He estudiado medicina esperando curarme, y mi ciencia es impotente: á la menor sacudida moral soy víctima de alucinaciones insensantas, y es preciso entonces que Herman, mi fiel Herman, me encierre mientras dura el ataque. Por esto vela siempre por mí; él solo está en el secreto, porque mi mujer ignora la espantosa verdad. Si ella la supiese, moriria de pena por nuestros pobres hijos... Amigo, no me abandones, tu palabra es un bálsamo para mis crueles angustias. Ya has disipado una parte de mis terrores: haz penetrar en mi espíritu esas luminosas verdades que acabas de hacer brillar ante mis ojos: ¡permanece á mi lado para convencerme y no dejarme volver á caer en un error, porque lo conozco, tú dices verdad!... Pero tengo miedo si me abandonas. Invoco tu humanidad, tu buen corazon: ¡salva á un padre, á una madre de la desesperacion, salva mis dos hijos!...

En su exaltacion se habia arrojado á mis piés y abrazaba mis rodillas. Enternecido, no

sabia que responder; él vió mis ojos humedecidos.

—¡Andrés! ¡Andrés!... ¡Ah! yo puedo, pues, esperar, porque mi salud depende de vos: teneis un alma generosa y os consagrareis... un mes, solo un mes os pido.

Demasiado conmovido para resistir, le prometí no partir y consagrarme á su curacion. La tempestad daba una tregua, la lluvia habia cesado: aprovechando una clara lo conduje al jardin. Su mírada febril, su gesto animado anunciaban una estremada agitacion, que la electricidad de que estaba cargada la atmósfera habia sobreescitado. Sin que se apercibiera de ello llevé poco á poco la conversacion sobre las flores de su jardin, algunas de ellas muy raras, y conseguí vencer la triste preocupacion que le oprimia. Lo dejé bastante tranquilo y entré en mi habitacion rendido de fatiga.

Desgraciado! ¡cómo debe sufrir! Wilhelm, ¡cuántos estraños misterios en nuestra miserable naturaleza! Este hombre, de una ciencia tan profunda, de un golpe de vista tan seguro, tan célebre práctico, que de una palabra distraia los mas furiosos desvarios, que sabe descubrir las causas de la demencia con la intuicion del genio, ¡está loco!... No me sorprende ya la turbacion que en ciertos dias observaba en sus ideas. Esta mañana, me decia que mi corazon está sano y mi inteligencia enferma. ¡Ay de mi! Muy bien lo conozco; en el corazon está la llaga, en él está mi locura, mi tormento.

Pero puesto que hoy soy dueño de mi razon, quiero olvidar; mañana, cuando renazcan mis sufrimientos, seguiré la narracion de mis amores y de esta estacion dolorosa y l endecida en que mi desgraciada madrina me arrebató para siempre al alma.

V.

Apenas levantado Schultz, vino á verme: no se resentia ya de la sacudida da ayer: se ha separado de mí tranquilo y confiado.

La tempestad ha continuado toda la noche y ha impelido las pesadas nubes hacia el Norte: el aire de la mañana es puro, y los rayos del sol entran de lleno en mi habitacion. Un ruiseñor canta en las altas ramas de un álamo, y su enamorada compañera le responde desde el fondo de su nido. Los dos me conocen perfectamente porque les doy migas de pan, que vienen á comer á mis manos y me traen sus crias. ¡Alegres séres, cantan! Yo los llamo Romero y Julieta. ¡Es el dia! ¡es el dia!... Y el dia no los separa como á los amantes de Verona: los veo revolotear alegremente baja el cielo de Dios.

¡Cuán dulce es amar aun en la ausencia! El retrato de Diana me sonrie y yo vivo por el recuerdo de los felices dias pasados.

¡Tristes amores llorados, consuelos de mis presentes horas, quiero consagraros este dia!...

Al dia siguiente del funesto accidente suce-

dido á mi madrina, sabiendo que no dejaria su habitacion y que no podria verla, me fui al fondo de los bosques. Queria mecerme en mis ilusiones, y, debo confesarlo, Diana misma las hubiera turbado, porque yo estaba todavia demasiado conmovido por el descubrimiento de mi amor, para soportar sin enrojecer su dulce mirada. Tenia deseos de estar solo para dar rienda suelta al arrobamiento que me poseia; además su imágen estaba grabada en mi corazon, y en todos los senderos encontraba las huellas de sus pasos. Ausente me atrevia á hablarla; la ilusion me seguia; ella me acompañaba en las sombrías alamedas, y el misterio nos ocultaba.

No llevaba direccion ninguna; hácia el medio dia encontré á uno de mis guardias, al viejo Simon, que puso en mis manos por primera vez la escopeta de caza. Farand, su perro, me derribaba en su alegria de encontrarme.

—¡Ah! Señor Andrés, gritó Simón, buenos dias y sed bien venido à vuestra casa.

—¡Abajo, Feraud!

—Habeis venido á pié y es preciso que vengais á casa á beber un vaso de vino. Lo tengo todavia del señor baron, vuestro padre... ¡Oh! ¡cómo os pareceis á él! ¡Qué contenta se va á poner Juana!

Todos se alegraron de mi llegada; llevaba la felicidad conmigo. Juana habia pasado su juventud al servicio de mi madre, me habia mecido sobre sus rodillas, y respiraba entre estos

dos leales servidores, como un perfume de mi infancia. Su familiaridad despertaba en mi las fugitivas impresiones de otros tiempos, veia las torrecillas de Orbach, y á mi madre y Diana mi madrina corriendo sobre el cesped: los dulces recuerdos de lo pasado se mezclaban á la alegria de lo presente, y se confundian en una nota única, que decia: ¡Amor!

Me separé de mis viejos amigos, prometiéndoles volver muy pronto, y seguí mi errante correría. Se me ocurrió hacer una éscursion á la cabaña, en donde la víspera se habia súbitamente dilatado mi corazon, mientras que velaba al lado de Diana. Llegué al Raso de las Javalíes, é iba á entrar en la estacion Sagrada, cuando de repente ví aparecer un hombre en el umbral de la puerta, otros dos estaban en el interior, y reconocí en ellos contrabandistas de las inmediaciones. Contrariado por este incidente, iba á pasar adelante cuando del fondo de la cabaña una voz me llamó por mi nombre; era Bastien, jóven de Maufert, que me era adicto como un perro, por algunos socorros que habia dado á su enferma madre durante una de sus espediciones.

—Entrad, Sr. Andrés, y poneos á la sombra. En un rincon de la choza esta, van colocados unos fardos que exhalaban un fuerte olor de tabaco. A despecho de las leyes fiscales, los habitantes de la fronteras, no tienen ningun escrúpulo en la materia de contrabando; para ellos no es mas que una industria llena de pe-

ligros, y ninguno de los que la ejercen desconfia de sus vecinos.

—A fé mia, Sr. Andres; repuse Bastien; no hace una hora que hablábamos de vos; tenemos cigarros como no se encuentran facilmente.

—Parece que siempre sigues en tu oficio... Te prenderàn ó te tirarán un tiro algun dia.

—¡Bah! en la guerra como en la guerra.

Mientras hablaba, jugaba maquinalmente con una alhaja que agitaba por su cadenita, y que atrajo mis miradas. Batien se apercibió de ello, y me dijo:

—Esto es un hallazgo que hemos tenido en ese monto de hojas.

Reconocí en él un medallon de esmalte azul, engastado en oro que mí madrina llevaba siempre en su cuello. Me guardé muy bien de comprobar su identidad, porque sabia que Bastien se habria apresurado á devolverlo á la condesa Diana, como llamaban á mi madrina en el país.

—No sé lo que esto vale, replicó; nos pertenece á los tres: voy Monthermé á ver lo que el señor Abraham ofrece. Vamos, adios señores, continuó dirigiendose á sus compañeros.

—Vuelves á Maufert, le dije.

—Sí, señor Andrés; y si quereis que os acompañe, estoy á vuestra disposicion: la noche se acerca ya.

—Acepté su compañia y partimos.

—Es muy bonito ese medallon, le dije despues de un cuarto de hora de camino.

—Pues bien; si os agrada, es vuestro, señor Andrés; dadme lo que querais para los otros dos. Estoy seguro de que el judío me engañará.

Terminé inmediatamente la compra y entré en posesion de mi tesoro.

—Ya he terminado mi negocio, dijo muy contento.

Esta noche me quedaré en Maufert, y podré ver á Catalina.

—¿La hablas todavia? le pregunté, empleando un eufemismo, que significa "hacer el amor.

—¡Diantre! estamos siempre enamorados.

—Desconfia del conde. Ya sabes que no le gusta que cortejen á las criadas de la condesa. Se dice que te han visto en el parque, y si te atisba te jugará una mala pasada.

—¡Oh! no es bastante listo para atraparme... ¡Tengo mis medios!

Al dia siguiente bajé al jardín antes de la hora acostumbrada. Mi madrina, de ordinario muy madrugadora, visitaba sus flores en el instante que se levantaba, y yo lo ayudaba á corter los ramos para adornar los jarrones del castillo. La esperé inquieto y turbado, deseando y temiendo á la vez su llegada: temblaba dar á conocer la alegria que me causaba el sentimiento que acababa de nacer en mi corazon... pero esperé inútilmente: la hora de almorzar llegó, y ella no habia parecido.

—¡Ah! ya estais aquí, dijo mi tutor, cuando entré en él comedor. Os agradezco que os digneis honrarme con vuestra compañia.

Permanecí impasible á su ironía: desde el primer golpe de vista, habia observado que el cubierto de Diana estaba puesto. En el mismo instante, se abrió la puerta y entró. Yo corrí á su encuentro. Me tendió la mano, y yo me detuve confuso.

Por un hábito de la niñez, cuando la veia por la mañana, y cuando me separaba de ella por la noche, besaba la mano que me tendia. Aquel dia no me atreví.

Ella atribuyó sin duda mi reserva á la confusion que producia en mí el accidente de que habia sido causa. Con un gesto encantador y una sonrisa hechicera, llevó ella misma sus dedos á mis lábios y me dió en la mejilla un pequeño golpe, que al mismo tiempo fué una caricia. No fuí dueño de no enrojecer. Sin embargo, tuve bastante dominio para disimular mi emocion interior. Sentia en mi cuello al lado de una medallita de la Vírgen, que me habia dado mi madre, la alhaja que Diana creia perdida, y que me abrasaba.

—Andrés, me dijo, ¿qué habeis hecho ayer?

—De seguro no se ha inquietado por vos, dijo mi tutor.

No me incomodó mucho esta tonteria de su marido, y sonreí desdeñosamente, conociendo lo que mi madrina debia pensar.

—Fuí á ver á Simon, respondí.

—Era en efecto una verdadera ocasion para divertiros, respondió M. de Maufert.

—Catalina me ha dicho que vinisteis dos ve-

ces á saber de mi, y os doy las gracias, replicó Diana. Estaba, en verdad tan fuerte que si no hubiese sido obediente á las prescripciones del doctor hubiera bastado un dia de reclusion.

En este momento llegó M. Plácido, administrador del conde; celebré su llegada, que iba á absorber à mi tutor en cuestiones de negocios, y que me aseguraba una conferencia á solas.

—Veo con placer, me dijo el obsequioso personaje, que el señor baron se encuentra perfectamente esta mañana.

—No soy yo quien ha estado malo, le respondí secamente; ha sido la señora condesa.

La chata cara de M. Plácido se arrugó, gesto que en él equivale á una sonrisa. No me gusta este normando, perillan y malvado que ocultaba su astucia, bajo un esterior afectado y dulce, como su nombre. Era el ángel malo de mi tutor, prerogativa que ciertamente hubiera bastado para hacérmele detestable. Yo le llamaba Tristan t'Ermite.

Terminado el almuerzo, el conde interrumpió su conferencia con M. Plácido, y dijo á mi madrina:

—No saldreis hoy todavia, ¿no es esto, querida?

—Dispensadme: voy á la iglesia, para asistir á la boda de Dorotea; Andrés me acompañará. Es bueno que vuestros colonos no os crean indiferente á sus grandes acontecimientos de familia.

—¡Ah! podreis creer, que os lo agradecerán infinito, contestó irónicamente.

—Asi lo creo, respondió Diana, con un cierto tono de dignidad, que su marido habia aprendido á respetar.

Libre de su presencia inoportuna, atravesamos alegremente las calles del parque, para alcanzar la puerta que daba hácia la aldea. Diana, esperimentaba todavia alguna debilidad: caminaba apoyada en mi brazo, y su palidez me recordaba que habia sufrido por mi causa.

—Mi querida madrina, la dije, ¡cuánto siento veros enferma por mi culpa!

—Silencio, prorrumpió ella, no hablemos mas de esto.... ¡Oh! ya hemos llegado.

Toda la aldea estaba de fiesta: era el preludio de una de esas bodas de las Ardenas, que duran ocho dias. El padre Lelut, arrendatario del conde, era rico y muy relacionado en este país, en el que todos son parientes. De diez leguas á la redonda, habian acudido los grandes cultivadores, empaquetados con sus familias, en los mas estraños carruajes. La plaza de la iglesia no habia visto nunca tantos abrazos, y sobre las rollizas mejillas de las jóvenes lujosamente vestidas resonaban besos que turbaban hasta á los pájaros.

A la llegada de la condesa, Lelut salió al portal conduciendo á su hija, y la presentó su yerno, jóven de aire franco, despejado é inteligente: una de esas naturalezas rústicas de las

que la educacion moderna y la escuela de Grignon hacen unos *countrymen* que nos envidiará muy pronto la Inglaterra. El novio, nos saludó en correcto lenguaje, y á su vez nos presentó á su madre, buena y vieja paisana que se apoyaba en su brazo, y cumplió este deber de conveniencia con una mezcla de orgullo y respeto que sacó tan bien á salvo la edad de una y el rango de la otra, que mí madrina tendió la mano al hijo y abrazó á la madre. La hermosa Dorotea enrojeció de placer.

La felicidad de estos dos jóvenes corazones, que se amaban con esta afeccion honrada y pura, que hace las familias felices, me causó una indecible melancolía. Yo tambien amaba, pero mi amor no seria nunca mas que un sueño.

Cuando salimos de la iglesia, una labradora de uños cincuenta años, que habia visto niña á Diana, vino á saludarla.

—¡Ah! señora condesa, la dijo, ¡qué tiempos aquellos en que corriais en nuestros campos por medio de los sembrados! Mi hija me habla frecuentemente... y vuestro pequeñuelo!..... ¿Estará tan bueno?

—¿Qué pequeñuelo?

—Vuestro ahijado, que llebavais á beber leche.

—Aquí lo teneis, respondió Diana designándome.

—¡Ah! el señor... Casi parece vuestro marido.

—Gracias, Brigida, respondió sonriendo la condesa, abrazad á vuestra hija por mi; puesto que no me ha olvidado. Vamos, añadió alegremente, andad, señor marido.

Y volvimos chanceàndonos sobre este encantador tema, que me producia una turbacion inefable, y al abrigo de este juego, mi madrina me imponia esa dulce servidumbre, que es una de las formas mas seductoras del amor. Un carruaje pasó por el camino y reconocimos en la señora que iba en él, á una vecina del castillo. Yo la saludé.

—Pérfido, me dijo Díana, os prevengo que soy muy celosa!... Habeis sonreido á Mad. de Biermes.

—Y vos, habeis mirado á su marido, la repliqué con el mismo tono.

VI.

Algunas semanas troscurrieron, y mi existencia era tan dulce al lado de Diana, que no sentia ya el despotismo del conde Olvidado de mis rencores y de mis grandes proyectos de independencia, pensaba con tristeza en la época no ha mucho tan deseada de mi mayor edad despues de la cual, no podria prolongar mi estancia en Maufert, en casa de un tutor avaro, y á quien mi tren de vida parecia ya ruinoso, aun cuanda lo pagase de mis rentas.

Esto, sin embargo, no era mas que una uube en el azul de mi cielo: todo enamorado vive

de sus ilusiones. Yo veia á Diana; á cada momento estaba á su lado, y como el desconocido caballero de la leyenda, que sembraba violetas sobre los pasos de su princesa, para recordarle el país de que estaba desterrada, yo, estaba orgulloso de estender secretamente al rededor de ella esa atmósfera de amor que faltaba á su corazon y de dulcificar su destino. ¿Qué mas podía desear? ¿No era el elegido de su alma, que no tenia espansion mas que conmígo? Yo era el único confidente de sus tristezas, de sus alegrias: estábamos como aislados en el mundo; agobiados bajo la áspera rudeza de un hombre desconfiado y celoso de la juventud y la hermosura, y no teníamos mas que nuestra mútua afeccion para consolarnos del vacio que la muerte habia causado en nosotros.

Despues del almuerzo, salia el conde invariablemente con M. Plácido. Era de ver entonces el suspiro de alivio que dilataba nuestros pechos y la alegria que iluminaba nuestros rostros. Escapábamos á los jardines, ya alegres y bulliciosos, como estudiantes en vacaciones, ya melancólicos y pensativos como amantes, leyendo algun poema moderno ó alguna novela de otros tiempos, nuestros corazones palpitaban... En verdad, no teniamos mas que un alma y temblaba que Diana lo advirtiese.

Pero una visita inesperada vino á ahuyentar nuestra querida libertad y cortarla las alas. En una mañana de Julio llegó al castillo la baronesa de Jonval, una tia de Diana, que ha-

biéndola recogido huérfana, la habia hecho pasar una existencia tan vacia de ternura, que el dia en que se trató de su matrimonio con el conde de Maufert, mi pobre madrina habia cedido considerando esta desgracia como una felicidad, como un bien.

La señora baronesa Jonval, canonesa de un alto capítulo de Alemania, era una señora de la mayor distincion, reuniendo á las gracias de una etiqueta antiguada, la reverencia aristócrata que daban á conocer á la cristiana de elevado linage. Habia entre ella y Mr. de Maufert una singular comunidad de sentimientos: avaros los dos, pero con esta avaricia que obedece no sin trabajo á las imperiosas obligaciones de un gran nombre que sostener, se entendian perfectamente en todo.

Yo tenia muy pocas simpatías hácia esta imponente señora que venía casi todos los años á trastornarme mis vacaciones de estudiante, y debo confesar que tampoco era para ella simpático; asi me sorprendió mucho que asi que bajó del carruaje se dirigíese hácia mi con los brazos abiertos y una efusion inquietante. Detrás de ella venia una jóven que al pronto no reconocí.

—Y bien, Andres, me dijo la señora, ¿no dais la mano á Magdalena?

Esta era hija de un pastor de Fribourg, en Brisgan, residencia de Mad. de Jouval: era una encantadora jóven, cuyos padres se consideraban dichosos poniéndola bajo el patro-

nato de la noble canonesa, sin considerar en la disidencia de las comuniones: habia venido varias veces al castillo; pero habia dejado una niña y encontraba una señorita.

—¡Cómo! ¿Sois vos? dije alegremente.

Magdalena se enrogeció, porque mi asombro halagaba el orgullo de sus diez y siete años. Mi acogida protestaba bastantemente contra toda apariencia de olvido. Una franca amistad nos unia despues de mucho tiempo, y su presencia me parecia al ménos un correctivo agradable á la molesta llegada de Madame Jonval.

VII.

Sin embargo, debo confesarlo; esperimentaba un gran fastidio con esta brusca invasion de mi Eden. Era preciso renunciar á mis escursiones con mi madrina á esta querida soledad, tan llena de misteriosas alegrias para mi corazon. Desde el primer dia la majestuosa tia se instaló como para una larga temporada; y Diana, condenada á los cumplidos de la hospitalidad, no era dueña de sus acciones.

Durante una semana apenas pudimos aprovechar algunos horas de libertad con Magdalena, bajo las sombras del parque; la baronesa estaba siempre sobre nuestros pasos. Por último, conseguimos concertarnos para escapar de nuestra sujecion. La canonesa, á despecho de su severa devocion, consagraba muchas ho-

ras á su tocador antes de almorzar y levantados desde el alba, corriamos los tres al jardin.

Magdalena era una de esas naturalezas dulces y alegres, á las que el sentimentalismo aleman añadia una gracia esquisita; educada en medio del cariño de su familia, habia depurado su alma con el contacto de la pobreza. Su inteligencia clara y cultivada, reunia la resolucion de la inocencia, á no sé qué razon precóz. Su fisonomía no era bonita, y ella lo sabia; pero su juventud encantaba antes de mirarla. Recordaba á la vez el Puch de Shakspeare y la Margarita de Goethe.

Viviamos los tres en estas alternativas de alegria y de tristeza, cuando una estraña aventura vino de repente á turbar la quietud de mi muda pasion.

Mad. de Jonval continuaba colmándome de sus mas halagüeños cumplimientos, lo que no dejaba de sorprenderme, porque hasta entonces solo habia sufrido su áspero carácter. Me perdia, pues, en conjeturas sobre las causas de una tan molesta conquista, cuando un día la majestuosa señora me dió á conocer, como en broma, un estraño proyecto; se trataba ni más ni ménos que de casarme con la señorita Hermenegilda de Jonval, hija de un hermano de la canonesa, coronel al servicio del gran duque de Baden.

No habia visto nunca á esta prometida que me caia del cielo, y en el estado de mi corazon puede conocerse qué bien recibida seria!

Ciertamente que mi edad me defendia bastante contra esta solicitud matrimonial, demasiado prematura, pero tenia que habérmelas con uno de esos caracteres femeninos que se doblegan, pero no se rompen. Por una pendiente insensible, lo que al principio habia parecido un juego, llegó á ser una cuestion formal: mi tutor se mezcló tambien en el asunto con una mansedumbre enteramente nueva y que manifestaba una resolucion concertada entre los dos escelentes amigos.

Este perfecto acuerdo de opiniones, no era bastante para provocar mi confianza, pero me sentia bastante dueño de la situacion, para resistir al deseo de burlarme de mis tiranos. Fingí ser de la misma opinion durante algunos dias: despues una tarde, bajo los árboles del parque, fingí á la baronesa una escena de efusion en la que me demostró la gran felicidad que debia resultarme de esta alianza.

--Porque sois bastante rico, dijo, para seguir los impulsos de vuestro corazon, salisfaccion bastante rara, y á la que no pueden siempre abandonarse las mas hermosas almas.

—En efecto, señora, la respondí, las mas hermosas almas se ven obligadas á veces, á cálculos muy penosos, cuando se trata de unir dos corazones irresistiblemente ligados..... La señorita de Jonval no tiene dote, si he entendido bien.

—Su padre no es rico, pero podria mejorarla.

—¿Qué decís, señora? dejemos aparte esas miserias! basta que la señorita de Jonval me adore... ¡lo que es la mas halagüeña conquista que puede soñar un hombre á quien no ha visto jamás su prometida! Espero que no me hareis la injuria de suponer mi desinterés inferior al vuestro y al suyo. A propósito, ¿es rubia ó morena?

La baronesa pareció un poco desconcertada de mi aire resuelto.

—Es morena, me respondió escudriñando mi pensamiento.

—¡Ah! Dios mio, pobre señorita! ¿qué va á ser de ella? Yo adoro las rubias...

Era imposible abusar mas tiempo de mi impertinencia.

Mad. de Jonval me lanzó una colérica mirada, y se alejó sin añadir una palabra.

Estaba muy satisfecho de mi calaverada: sin embargo, no sé qué presentimiento me anunciaba que acababa de decidir mi suerte.

Esperaba encontrar al dia siguienie señales de disgustos en los semblantes y me sorprendió mucho ver la misma benevolencia en el de Mr. de Maufert y en el de la canonesa; se hubiera creido que nada hubiera turbado nuestra buena inteligencia. Sin embargo, mi broma habia hecho algun ruido, porque mi madrina me reprendió.

—Cómo, le dije, ¿me reprochais que me haya rebelado contra una persecucion ridícula, por no haberme dejado prender en esos acce-

sos de una súbita ternura, que pretende disponer de mi vida y hacerme contraer un matrimonio con una señorita á quien no conozco... y á quien desde luego detesto?

—Amigo mio, no estoy conforme con eso. Negaros en principio á casaros en vuestra edad, es una razon victoriosa. Yo no pleiteo por mi prima Hermenegilda de Jonval; pero habeis hecho muy mal, y la habeis ofendido, declarando que la detestais sin haberla visto: esto era ofender á la baronesa. Despues, añadió sonriendo, era hablar como un insensato... ¿Qién sabe si la habriais adorado?

—¡Jamás! ¡jamás! esclamé con vehemencia; aun cuando fuese pura y bella como las tres Gracias, y reuniese las perfecciones de la nueve Musas...

—¡Qué corazon tan innaccesible! dijo Diana burlándose. Si estais tan decidido, me veria muy apurada si se me ocurriera casaros.

—No me casaré nunca.

—¿Es un voto, dijo ella con destreza, ó es un grande amor que os lo prohibe?... ¡Ah! ¡enrojeceis!... ¡Miren el discreto!... Yo, que amo tanto las confidencias... ¿Es linda?

Estas palabras me causaron tal emocion, que no tuve fuerzas para responder: temblaba porque ella sorprendiera mis secretos, y sufria con la idea de que pudiera creerme enamorado de otra.

—¡Ah! decididamente hay algun secreto,

repuso ella: tened cuidado, que yo lo descubriré...

Felizmente llegó Magdalena, y me apresuré á entablar con ella una conversacion sobre cualquiera asunto; pero la animacion de mi palabra daba á conocer, á pesar mio, el deseo de ocultar mi embarazo. Conocí mi torpeza observando en los ojos de Diana una espresion que me desconcertaba. La misma Magdalena no ocultaba su sorpresa.

—Señor, me dijo, ¡qué entusiasmo! Andres os dá alas...

—Justamente, respondió mi madrina sonriendo; ¡pero tranquilicémonos, no se remontará al cielo!... hay en el mundo, una diminuta mano de que está enamorado, y que lo detiene por un hilo sobre nuestra pobre tierra.

—Cigarron, vuela, vuela, cantó Magdalena acompañándose, con un gesto maligno, como si me hubiera tenido atado por un hilo.

—¡Magdalena, repuso Diana, es preciso arrancarle el nombre de la hermosa princesa, por quien su corazon suspira!...

—¿Es hermosa?... Entonces, soy yo, dijo la encantadora fea con un gracioso gesto de fatuidad.

Sus risotadas, me volvieron mi aplomo: y cogiendo á Magdalena por la palabra, me lancé en pleno madrigal, y terminé como un héroe de la *Astorea*, por una declaracion en el mas retumbante estilo.

Pero amaba demasiado para permanecer

impenetrable. Mis dos lindos argos sorprendian cada dia, algun indicio revelador, distracciones, angustias que no podia ocultar, y era víctima de agudas chanzas. Ya me creia feliz de verme libre á este precio, cuando creí observar que mi madrina estaba inquieta: su sonrisa era forzada, si la alegre Magdalena me embromaba sobre mi secreta pasion. Adiviné en su miradas y en su acento como una especie de piedad.

—Andrés, me dijo una mañana, puesto que estamos solos, es preciso que bablemos, amigo mio... Tengo cosas muy graves que deciros.

—Hablad, querida madrina, os escucho... ¿Es preciso estar formal?

—Sed sincero, replicó sonriendo. Sentáos ahí. Ese banco representa un tribunal.

—¿Vais á juzgarme? la dije un poco alarmado, á pesar de mí afectada tranquilidad.

—Voy á confesaros y á reñíros, añadió en tono de reproche, porque ofendeis nuestra amistad.

—¡Dios mio! ¿qué decis? Yo, que no tengo un pensamiento que no sea para vos...

—¿Os atrevereis á decir, que no me ocultais uno? repuso, mirándome á los ojos.

Yo los volví; me sentia enrojecer.

—Bueno, ya hemos vuelto á esta famosa pasion de que me acusan alimentar en la sombra... Eso es una niñería, una locura!

—Amigo, dijo gravemente, dadme vuestra palabra y os creeré.

No contesté: su mirada me penetraba.

—Vuestro silencio es ya una confesion, dijo; pero yo sé leer en el fondo de vuestro corazon, y conozco el nombre que no quereis decirme.

—¿Lo sabeis?

—No seria mujer, si ahora lo ignorase, respondió con una sonrisa que me desconcertó. Mira, el estremo de mi sombrilla: voy á trazar en la arena esa mágica palabra que temeis oir repetir por las cañas, si la pronuncio.

Seguí su accion como si fuera á ver aparecer otro *Mané, Theeel. Pharés.* Primeramente, no comprendí nada, despues terminada la fatídica palabra, esclamé aligerado de un gran peso:

—¿Magdalena?

—Tú has sido quien la ha nombrado, dijo Diana.

—¿Cómo? ¿formalmente creeis que es Magdalena la que amo?

—¿Y quien seria? Os suplico esa misteriosa hermosura.

—Os juro...

—No jureis, porque todo lo hace creer: desde el dia que llegó Magdalena se ha observado en vos un cambio en vuestra conducta, que no os atrevereis á negar. Además, en este delicioso desierto es ella la única á quien podeis amar... á menos que, añadió irónicamente, no suspireis por los hermosos ojos de la señora banonesa.

—¡Oh! ¡callad! dije horrorizado.

—Ya lo veis, continuó: otro hecho de impor-

tancia se ha adquirido en la instruccion. Cuando mi tia os habló por primera vez de casaros con una jóven sin dote, no dijisteis nada: es evidente que creisteis que se trataba de Magdalena, porque no os revelasteis mas que el dia en que os nombró á Hermenegilda de Jonval. Dejadme argüir, amigo mio: si violento de esta manera una reserva de sentimientos, que no me atreveré á reprobar, es porque temo veros formar votos irrealizables: amareis sin esperanza y quiero libraros de vuestras ilusiones. Magdalena no puede amaros, está desposada con un primo suyo amigo de la infancia, sin fortuna como ella, y que la adora con toda su alma. Esperan para casarse, que él haya obtenido un título de profesor, en el colegio de Fribourg...

—Debe examinarse en el mes de setiembre, interrumpí: sé todo esto, querida madrina, y al mismo tiempo he pensado para contribuir à su felicidad, suplicaros que por vuestra mediacion reciba una parte de mis riquezas, con objeto de formar á Magdalena una pobre dote de veinte mil francos que ni ella ni él querrán aceptar de mi.

—¿Qué decis? esclamó en el colmo de la sorpresa.

—Digo, madrina mia, que nada escapa á vuestra perspicacia: amo á Magdalena, y mi mas sincero deseo, es verla muy pronto, feliz y casada con el que ella ha elegido.

—Andrés, amigo mio, dijo Diana, estrechan-

do mis manos, me asustais... Si no amais á Magdalena, ¿á quién amais? ¡porque amais! ¡lo siento, lo veo!

Al ver en su rostro la emocion que la dominaba, casi estuve para caer á sus piés: me veia perdido, obligado á huir para siempre: el mismo esceso de mi terror me sugirió la idea de invertar un ámor vulgar, para destruir sus sospechas.

—Madrina, dije yo por último, procurando serenar mi voz; son debilidades de la edad, que confiaria á un hermano, pero que no puedo confiar à vos. No intenteis, os lo suplico, penetrar un secreto prosáico que me haria enrojecer.

Diana hizo un gesto de sorpresa al oirme confesar un sentimiento indigno de mi. Palideció, y su mano dejó escapar la mia.

—¡Perdon! ¡perdon! os he ofendido.....

—No, respondió conmovida, pero procurando parecer tranquila: mi orgullo ha sufrido algo con tal desprecio..... Solamente, Andrés, dejadme esperar, que éste..... secreto prosáico, como le llamais, no os haga olvidar lo que debeis á vuestro nombre.

VIII.

Aun cuando en apariencia nada cambió nuestro método de vida, no pasó mucho tiempo sin que sintiera el resultado de mi mentira. Muy pronto observé en las maneras de mi ma.

drina cierta reserva: las pruebas de su amistad otras veces tan naturales, mas bien parecian fingidas; me veia arrojado de mi paraiso. No podia engañarme sobre las causas de esta súbita tibieza: el resultado de mi subterfugio me aterró. ¡Ay de mí! era demasiado tarde para deshacer lo hecho. Reflexioné entonces en la locura de este amor, cuya confesion me espantaba como una profanacion.

Otros disgustos cayeron sobre mi. Un día que atravesaba el parque, buscando la soledad, la casualidad me condujo á una casita, donde vivia Mr. Plácido. Seguia un vallado que cerraba un jardincito formado delante de la casa, cuando algunas palabras de una conversacion entablada entre el administrador y un hombre á quien no podia ver, llegaron hasta mí, y oí pronunciar mi nombre.

—El señor Andrés, el baron, no tiene nada que ver en sus asuntos... decia con un tono áspero Mr. Plácido: no se encuentra en estado de comprenderlos, y mañana, si no pagais los atrasos, os hago embargar en su nombre.

—Pero eso es arruinarse; ya sabeis que la cosecha ha sido mala, contestó una voz suplicante.

—Eso no me importa. Si se os escuchase, no pagariais nunca. Pedid prestado... Tengo mis órdenes que cumplir.

—Señor, ¿dónde quereis que encuentre 2,000 francos de aquí á mañana?.. El señor baron

Andrés no puede ser tan inconsiderado, y si me permitís verle...

—Os repito que el baron no puede hacer nada... y os prevengo, Guillot, que si tratais de abusar de su debilidad de espíritu...

Mr. Plácido se quedó con la boca abierta. Habia saltado el vallado, y estaba delante de él.

—¡Infame! le dijo temblando de cólera; vais á explicarme las palabras que acabais de pronunciar.

Se levantó para refugiarse en la casa; pero le cogí por el cuello y le arrojé sobre su asiento.

—¡Señor, señor, esclamó pálido de terror; no me levanteis la mano!

—De rodillas, y pídeme perdon, ó te aplasto como á una víbora.

—¡Socorro, socorro! gritaba defendiéndose. En mi furor la apretaba el cuello hasta estrangularle. Guillot, impasible, me miraba obrar.

—¡Perdon, perdon! murmuró el miserable.

Su cobardia me desarmó: abrí las manos y le dejé rodar por tierra.

—Vas ahora mismo á dar el recibo á este hombre, repuse imperiosamente, y adelantándome hacia él.

—Cedo á la violencia, dijo consternado; pero el señor conde apreciará...

—¡No mas réplicas! Entra en tu casa. Venid, Guillot.

El intendente se sentó en su bufete pálido

de rábia. Le presenté un papel y escribió con temblorosa mano el recibo exigido.

—¿Es esto todo lo que tenias que pedirme? dijo el arrendatario.

—Sois demasiado bueno, señor baron: mi arrendamiento va á cumplir en S. Juan, y será preciso renovarlo. Mr. Plácido me habla de aumentar la renta que á pesar de que ya es muy crecida, y solo en los buenos años...

—¿Cuanto pagabais en tiempo de mi padre?

—Cuatro mil doscientos francos.

—¿Y ahora?

—Cinco mil cuatrocientos: además cien francos para Mr. Plácido, añadió Guillot, que se veia sostenido.

—Señor honrado administrador, repuse; escribid la renovación segun la anterior renta.

—¡Pero eso es imposible!...

—¡Ah! os lo aconsejo, repliqué. No resistais y haced lo que os digo.

—Pero, señor, no estoy autorizado para firmar la rebaja.

—A nadie importa; yo firmaré.

Una malvada sonrisa, de que hubiera podido desconfiar, acompañó la sumision de Mr. Plácido. Sacó un legajo de papeles de una carpeta, y tomó de ella el antiguo contrato y lo copió servilmente. Seguia con la vista su pluma temiendo un fraude. Cuando hubo acabado, firmé, y entregando el documento al colono, le dije:

—Ahora ya estais seguro. Y en adelante, si

teneis alguna queja de este malvado, dirigíos á mí.

Salí con Guillot, y ví que el intendente se dirigia apresuradamente al castillo por una alameda retirada, con objeto, sin duda, de informar á Mr. de Maufet. Me inquietaba muy poco su denuncia. Encantado de mi decision y de la correccion impuesta al ejecutor de las arbitrariedades del conde, creí inútil entrar en explicaciones sobre mi conducta. Me habia hecho justicia varonilmente, y hubiera creido rebajarme tratando de justificarme.

No ví à Mr. de Maufert hasta la hora de comer; esperaba que la tormenta estallara, y no fué así, y me sorprendió mucho encontrarle casi amable. La canonesa estaba muy benévola: solo mi madrina parecia inquieta; me miraba con atencion, como si temiera alguna imprudencia de mi parte. Tomó mi brazo para salir del comedor, y me dijo á media voz:

—¿Qué cuestion habeis tenido con Plácido?

—Nada de particular, la respondí; solo he corregido un poco su audacia.

Mi serenidad la tranquilizó.

El conde, por su parte, estaba de muy buen humor: nada denotaba en él el descontento de mi calaverada.

El parque estaba húmedo, porque aquel dia habia llovido, y así permanecimos en el salon. Magdalena se puso al piano, y mi tutor y la canonesa empezaron una partida de ajedrez:

yo me senté al lado de Diana, que tomó un bordado de tapicería.

—¿No salís? me dijo á media voz, despues de un momento.

—No... ¿Por qué me haceis esa pregunta?

—Por nada. Creia que tendriais que hacer, repuso friamente.

—¡Hacer yo!.. ¿pero á dónde quereis que fuera? ¡Dios mio!

—No lo sé... solo creia que deseábais salir.

—Pero nunca me separo de vos á esta hora, á menos que tenga que escribir alguna carta...

—No os pregunto vuestros secretos, respondió vivamente.

La miré: su amargo acento me sorprendió: inclinada sobre su trabajo, no levantaba los ojos: no sé qué turbacion le agitaba.

—¡Dios mio! ¿os habré desagrapado en algo?

A su vez, mi temor la conmovió.

—De ninguna manera, me dijo con la mayor dulzura. Creia que permaneciais á mi lado por complacerme y queria volveros vuestra libertad.

Pronunció estas palabras con tristeza: pensaba que alguna pena la agitaba; y guardamos silencio y escuchamos á Magdalena, que tocaba dulcementé el andante de un quintento en *lá*, de Mozart.

—¡Oh! ¡ch! baronesa, dijo de repente el conde; ¡atacais á mi rey muy rudamente!... Vedle en una situacion tan desesperada como la del

pobre Plàcido, estrechado por un cierto baron conocido nuestro.

—¡Pardiez, querido mio! continúo riendo; parece que no teneis las manos muertas para mi gente. ¡Pobre Plácido; hubiera querido ver qué gesto ponia!

—Muy feo, os lo aseguro, respondí con la mayor sangre fria.

—Creo oir sus graznidos de pavo cuando le apretábais el nudo de su corbata. Sobre todo, el contrato debe haberle costado mucho.

—Lo ha hecho, que era lo importante, le respondí resueltamente.

—Efectivamente, eso era lo importante respondió el conde, cada vez más alegre.

Y terminó su partida.

IX.

Entusiasmado con el éxito de mi primer ensayo de autoridad, habia resuelto ir á visitar alguno de mis colonos, para conocer quejas que facilmente podia prever. Con el entusiasmo de mis veinte años me parecia glorioso hacer el papel de desfacedor de entuertos, de aparecer de repente á los ojos de mis arrendatarios como una Providencia, y de hacer bendecir la memoria de mi padre, que revivia en mí.

Satisfecho de mi proyecto, al dia siguiente, despues del almuerzo, en la hora que Mad. de Jonval turbaba nuestras distracciones con su

austera presencia, daba la órden para que me ensillasen un caballo.

—¿Vais á salir? me dijo Diana.

—Sí; voy á dar un paseo en el bosque, hacia casa de Simon.

—No os pregunto dónde vais, me respondió.

Partí entristecido porque habia adivinado un reproche; me parecia que me acusaba por abandonarla en la molesta compañía de su tia; pero sabia que me perdonaria cuando la revelase el motivo de mi ausencia.

No me habia equivocado en mis presentimientos, y los colonos á quienes visité, me dijeron que eran odiosamente esplotados. Me sentí avergonzado de mi riqueza, viendo que para añadir algunos millares de escudos á las quinientas mil libras de renta de mi patrimonio, se habian atrevido, despreciando los pactos hechos por mis antepasados, á oprimir en mi nombre á pobres que alimentaban mi lujo y ociosidad.

Volví inflamado con los mas generosos deseos. Habia corrido doce leguas al galope, temiendo volver demasiado tarde, é inquietar á Diana. Cuando me presenté en el salon, Magdalena me preguntó sobre mi paseo, y me pidió noticias de la mujer de Simon.

—No la he visto, la dije: en el camino mudé de idea.

—¿Habeis recorrido el bosque desde esta mañana? repuso ella.

—Efectivamente, me he dejado conducir por Ralph.

—Es preciso suponer que os ha conducido muy lejos, dijo mi madrina, porque lo habeis traido cubierto de espuma y casi reventado.

¡Habia acechado mi vuelta! Sorprendido en flagrante delito de mentira me reproché de haber alarmado su cariño. Esperaba escuxarme al dia siguiente, revelándola el motivo de mi ausencia: en vano la esperamos Magdalena y yo, ella no pareció.

Una mañana estaba solo en el parque, cuando ví correr hàcia mi al labrador que habia yo protegido contra el intendente: estaba tan pálido y desfigurado, que adiviné una desgracia.

--¿Qué teneis, Guillot? le dije, hablad pronto.

—El otro dia, al dejaros, fuí á unos asuntos á Montherme. Volví por la noche á mi casa muy contento de vuestra bondad, cuando mi mujer me enseñó, llorando, un papel que durante mi ausencia habia llevado un alguacil: era un requerimiento para pagar en el término de veinte y cuatro horas, los dos mil francos de atrasos de mi arrendamiento. Tranquilicé á mi mujer diciéndola que el alguacil habria venido, sin duda, mientras yo estaba aquí. Tenia en mi bolsillo el recibo que habiais hecho darme y estaba tranquilo; pero ved que esta mañana han venido tres ó cuatro y me han embargado.

—Pero eso es imposible, teneis un recibo en regla.

—Leed este papel que me han dado.

Lo recorrí con la vista, y la indignacion me ahogaba; era una sentencia de embargo á peticion de mi tutor.

—Mi pobre Guillot, no os aflijais, dije dominando mi cólera; esto no es grave, basta pagar para hacer levantar el embargo.

—Pero no tengo la suma, y cuando encuentre quien me la preste, será demasiado tarde.

—Vais á verlo, venid. Y llevandolo conmigo me dirijí apresuradamente hácia el castillo. Llegado á mi departamento, me precipité sobre un escritorio, en el que guardaba mi dinero. Al abrir la gabeta, quedé aterrado... Tres dias antes, un amigo de Heideilberg me habia escrito pidiéndome tres mil francos: se los habia enviado y apenas me quedaban unos cuarenta luises. Guillot me miró con estupor, se veia perdido.

Habia recibo la semana anterior los dos mil francos que me daba cada mes mi tutor: sin embargo, aunque estaba persuadido de que recibiria una negativa, me decidí á dirigirme á él. Recomendé á Guillot que no saliese de mi habitacion; no era la ocasion oportuna para emprender una discusion que preveia seria tempestuosa con Mr. de Maufet y para reclamar contra las iniquidades cometidas en mi nombre. Tenia derecho para ello y sabia que era capaz de arruinar sin piedad al desgraciado á quien

imprudentemente habia hecho cómplice de mi rebelion.

Reuní todo mi valor, decidido á solicitar un adelanto sobre mi pension y bajé apresuradamente. Supe que el conde habia salído con el administrador y que no volveria hasta la tarde. El tiempo apremiaba y no me quedaba otro recurso que pedir un empréstito á mi notario, que varias veces me habia ayudado para pagar algunas deudas de estudiante. Guillot se desesperaba y le encargué que me esperase en el camino. Hice enganchar y partimos para Montherme, á donde llegamos dos horas despues.

Por una deplorable casualidad, mi notario e taba ausente. Me dirigí á casa del alguacil esperando conseguir de él una prórroga, y me respondió que tenia órden de ejecutar sin dilacion; y que por ser menor de edad no podia cubrir su responsabilidad. Furioss de ver mi impotencia y desesperado por la angustia del pobre Guillot, vagaba sin direccion por las calles, cuando la casualidad me hizo encontrar á Bastien, el contrabandista, que me dijo al saber mi apuro:

—Pardiez, no teneis mas que ir á casa del padre Abraham.

Su idea me pareció una inspiración del cielo en mi turbación; no habia pensado en este judio, á quien habia debido recursos en mis dias de locas distracciones, ó por pérdidos en el juego, que mi tutor no habia pagado. Diez minutos despues llamaba á la puerta del usurero.

Mr. Abraham, que solo debia al recuerdo del patriarca hebreo el epiteto de *padre*, unido á su nombre no tenia nada del usurero tradicional: era un hombre de cuarenta años, de maneras finas y políticas; le encontré en un gabinete de una limpieza flamante y cuyo ajuar casi elegante estaba realzado por algunas colgaduras de mérito.

Me recibió, y me hizo sentar con maneras muy corteses. Como todo el que pide dinero, comencé por esponer los motivos que me hacian recurrir á él, y terminé por una peticion de 2.000 francos. Mr. Abraham me escuchó con la sonrisa en los labios. Cuando terminé, me dijo:

—Señor baron, siento mucho no poder seros útil.

—¡Cómo! ¡por dos miserables billetes de mil francos! repliqué sorprendido.

—¡Oh! la cantidad es una miseria en efecto. Mejor querria, señor baron, que se tratase de cien mil francos y con otras condiciones.

—Pero ya teneis otros pagarés mios.

—Si, por treinta y dos mil francos, pagaderos á vuestra mayor edad.

—Pues bien, no espereis mucho tiempo; seré mayor dentro de diez meses.

—Eso es precisamente lo que no me parece muy seguro...

—Pero me parece que no estoy tísico; y tengo bastante buena cara para dejaros la esperanza de que viviré hasta entonces.

—¡Oh! no es eso lo que me inquieta, señor baron, porque en este caso, vuestro tutor, honraria vuestra firma; vuestra fortuna es demasiado bonita para pararse en semejantes bagatelas.

—Entonces no comprendo la causa de vuestra negativa, puesto que estais seguro, si vivo, de ser pagado con más seguridad por mí en mi mayor edad.

—Todo eso es muy cierto, señor baron: solamente... podria suceder que... aun viviendo... no alcanzaseis nunca vuestra mayor edad.

—¡Hablais por enigma! explicaos.

—Señor baron, en negocios es preciso preverlo todo: he tenido algunas diferencias con Mr. de Maufert, y no estoy pagado para quererle bien, aun cuando le admire. Es un hombre que sabe lo que vale el dinero, es muy fuerte en toda clase de especulaciones: la prueba es que tiene vuestra tutela. Pues bien; es bastante hábil para guardarla.

—Es imposible, la ley está muy terminante.

—¡La ley! Señor baron, allá es justamete el arma de las gentes osadas. La ilegalidad no puede asustar mas que á los tontos. Vamos: voy á daros un buen consejo... ¡Oh! aceptadle sin escrúpulo; tengo interés en él, y es la satisfaccion de saldar mi cuenta de rencores con vuestro tutor, jugándole una mala pasada, que me pague de una sola vez todos los disgustos que me ha causado.

Aun cuando nunca había querido muy tiernamente al conde, me sentí herido en mi orgullo de raza.

—¿Olvidais, le dije secamente, que soy todavia pupilo del señor conde de Maufert?

—No; no lo olvido, y por esto os hablo así. Si no me escuchais, sois perdido, porque yo solo soy bastante fuerte para haber adivinado los proyectos del señor conde, y bastante rico para burlarme de su resentimiento. Hace dos años no me hubiera atrevido. No lo amais mas que yo. Protestais por conveniencia, y os lo apruebo. Mi consejo es, sí quereis seguirlo, que hoy mismo partais para Paris: que allí os rodeeis de parientes y amigos; que trateis mucha gente, y que cuando tengais veintiun años volvais á arreglar vuestras cuentas, acompañado de dos ó tres personas respetables que os hayan visto diariamente por espacio de diez meses. Si no...

—¡Si no! repetí viendo que hacia una pausa.

—Correis un gran peligro de no ser jamàs mayor de edad.

—Y ¿por qué razon? os lo suplico.

—La razon es, señor baron, que hace algun tiempo, que vuestro tutor, ha empezado á estender en los alrededores la opinion de que estais loco; este rumor ha llegado hasta aquí, y como ha corrido seis leguas, ha descansado un poco en el camino, de lo que se deduce que el dia de vuestra mayor edad, Mr. de Maufet podrá tener la idea de mudar vuestro estado de menor en el de interdiccion.

—Pruebas! esclamé.

—¿Pruebas? Ya las tendrán... ya las hay. Esta mañana se contaba que habiais maltratado á Plácido, para obligarle á dar á Guillot, un recibo gratis, que medio le estrangulásteis, para hacerle renovar un contrato, que os causa dos mil francos de pérdida por año. Es una hermosa accion, solamente que es una escentricidad poco comun en nuestros tiempos...

—¡Pero eso es una infamia!

—Si el hecho es falso, tanto mejor. Porque hubiera sido un mal precedente, que hubiera podido servir de fundamento á vuestra interdiccion.

Permanecí un instante confundido. La estravagante idea de este judio me parecia á la vez burlesca y siniestra... Pero por una feliz inspiracion pensé de repente, que este hombre podia ser como mi tutor, un emisario de la locura, y que queria entregarme al fantástico enemigo. Para asegurarme de ello, me acerqué á él y tracé el signo de la cruz sofre su frente. El retrocedió asustado.

—¡Ah! te he conocido, le dije con desprecío: eres un habitante de las tinieblas: pero no te temo. Adios.

—Señor baron, esclamó, os suplico que no salgais en este momento.

Y se levantó para detenerme el paso.

—Es preciso que parta, respondi.

—Pero vuestros caballos no han descansado.

—Me agarró por los brazos, y veia llegar el

momento de luchar, cuando Bastien, al que habia dejado con cuidado por mi, apareció en la puerta. Mr. Abraham corrió hácia él, y sorprendí algunos gestos furtivos.

—Bastien, amigo mio, dijo vivamente, ayudadme á detener al señor baron.

—Es inútil, esclamé de una manera que no admitia réplica, me esperan en Maufert...

Y separándolo con la mano, quise pasar, pero Bastien me detuvo.

—Señor Andrés, me dijo, os suplico que me escucheis. Sabeis que os soy adicto en cuerpo y alma. La señora condesa me manda y me ha dicho que os conduzca yo mismo. Venid, vuestro carruaje está abajo.

Le seguí. Apenas habiamos salido á la calle, cuando vi cerrar la puerta detrás de nosotros con ruido de cerrojos. Hice sentar á Bastien á mi lado, tomé las riendas y partimos al galope. ¡Diana me esperaba!

En menos de un cuarto de hora llegamos á los bosques. Observaba con cuidado los árboles que limitaban el camino, porque el espectro podia ocultarse allí.

Me veia rodeado por la traicion y temia caer en alguna emboscada. El dia declinaba; el bosque estaba silencioso, como esperando una desgracia, y los árboles se acercaban como para ahogarme; pero estaba tranquilo, los contemplaba sin palidccer y se separaban viendo mi serenidad. Un momento despues dos ramas se arrojaron sobre el camino para apresarme;

una me hirió la mejilla; castigué mis caballos y pasé adelante.

Bastien estaba aterrorizado, aunque era valiente y me veia perdido.

—No temas nada, le dije; ¿no ves que tiemblan?

Llegamos por fin á Maufert. Era de noche. Bastien quiso llevarme á mi habitacion diciéndome que en ella me esperaba mi madrina; pero habia meditado un proyecto, y saltando los escalones me precipité en el salon, donde esperaba encontrar aquella hora á todos los buéspedes del castillo.

Al verme entrar Diana hizo un movimiento de espanto. Evité encontrar su mirada y me dirigí hacia mi tutor, sentado al lado de la canonesa.

—Señor, le dije friamente, vengo á pediros cuenta de vuestra indigna conducta.

Al oir estas palabras pronunciadas con voz segura, volvió bruscamente la cabeza, y en sus ojos de ave de rapiña ví cierta espresion irónica.

De repente se retiró hácia atràs, se levantó muy conmovido, se lanzó hácia la chimenea y llamó gritando:

—¡Un médico! ¡Un médico!...

—¡Oh! ¿Qué haceis? dijo vivamente mi madrina: ¡llamad á los criados!...

Pero él, sin escucharla, se dirigió hácia la puerta y la abrió.

—¡Martin! ¡Luis! ¡socorro! ¡socorro!... ¡Venid! gritó otra vez.

Supuse que queria esquivar una explicacion ó desarmar mi cólera.

—¡Oh! ya me entendereis, repuse con vehemencia; tendré con vos la piedad que habeis tenido con los demás!... Vengo aquí para juzgaros y pronuciar la sentencia...

Mi resuelta actitud causaba en todos una consternacion indecible. Diana me sujetó procurando tranquilizarme; pero yo no escuchaba nada. Los criados se habian presentado. M. de Maufert no se atrevia á acercarse á mí.

—¡Desgraciado! ¡desgraciado! decia elevando los brazos hácia cielo. ¡Pronto un médico!

—¡Pobre jóven! dijo Mad. de Jonval; ¡cómo se parece á su madre!

Todo lo comprendí...

El suelo se abrió bajo mis piés, sentí debilitarse los brazos de Diana, y caí como herido del rayo sodre la alfombra.

No habia perdido, sin embargo, todo el sentimiento. El silencio y la noche me rodeaba; ese silencio inexplicable, una noche oscura, lúgubre, como debe ser la del sepulcro. Solo mi pensamiento velaba en este vacío... No tenia mas que una idea, y era que iba á encontrar á mi madre en estos profundos... estos profundos... No encuentro la palabra, ningun idioma la posee; pero en fin, todos saben que es un lugar estraño donde se reunen las almas infortunadas que se ven obligadas á huir, dejando sus

cuerpos aun vivos sobre la tierra: esto es lo que distingue á los locos de los muertos, como he descubierto últimamente... No se puede, pues, creer, como dicen las canciones, que los locos son felices. Los muertos son los únicos felíces, porque no tienen contacto con los hombres.

. . . . . .

. . . . . .

X.

Un accidente ocurrido al desgraciado doctor Schult, vino á interrumpir bruscamente mi narracion, querido Wilhelm, y á producir en mí no se qué desórden de espíritu de que no puedo defenderme, cuando no pienso en mis dolores pasados: por esto has recibido un capítulo truncado.

Anteayer mientras escribia, mi ayuda de cámara, el viejo Frit, entró en mi gabinete, como hace muchas veces, sin que yo lo llame, únicamente para verme trabajar ó leer: es una licencia que permito á este fiel servidor, que me ha visto nacer y que no deja pasar un cuarto de hora sin venir á verme. Sintiria turbarlo; estoy tan acostumbrado á su inocente mania, y anda tan cuidadosamente, que muchas veces no noto su presencia.

No sé cuánto tiempo hacia que estaba delante de mí, cuando de repente le ví salir precipitadamente; despues volvió con Hermann, y muy agitado me suplicó que fuera al lado del

doctor, súbitamente víctima de un ataque. Le seguí apresuradamente y encontré á Schultz encerrado en su habitacion y con las ventanas cerradas.

—¡Ah! ¿sois vos? me dijo agitadamente. ¡Llegais oportunamente! Este bandido Hermann me tiene prisionero: ¡vais á librarme!

Mi primer pensamiento fué huir con él... Pero al atravesar el salon acababa de ver á Mad. Schultz muy tranquila, con un libro sobre sus rodillas y que daba leccion á su hija. Pensé en la desesperacion en que debia sumirla el horrible descubrimiento de la desgracia que todavia ignoraba.

—¡Vamos, salgamos! repuso el doctor.

—Tenia, sin embargo, que hablaros de asuntos graves, le dije fingiendo no notar su exaltacion.

—Pues bien, partamos; ya me lo contareis en el camino.

—No, permanezcamos aquí, respondí, estoy un poco enfermo. Además mi comunicacion es enteramente confidencial.

—¡Razon de más para salir! dijo bajando la voz. ¿No veis en ese somnrio rincon alguno que me escucha? ¡Ah! ¡ah!... detrás de vos... ¡Es el fantasma! añadió haciendo un movimiento de espanto.

Me estremecí de terror, y me volví pálido y temblando... Una figura inmóvil, muda, nos miraba fijamente y parecia salir de la pared.

—¡Defendedme! ¡defendedme! dijo Schultz aterrorizado: va á cojerme!

Le ví perdido. Instintivamente le protegí con mi cuerpo, y me atreví á hacer frente al terrible espectro. No hice mas que fijarme y reconocí nuestro error.

—¡Qué niñeria! esclamé. Es el retrato de vuestro tio, el doctor Woolfang Schultz.

—No, es la locura que se disfraza para sorprendernos. Vedla como se agita en su cuadro. Tocadla con la mano... Es ella, os digo, es ella!

Es posible que dijera la verdad, por que sabe tomar todas las formas: pero era preciso socorrer à este pobre espíritu estraviado. Desechè el miedo, me dirigí hacia la imágen. Mi corazon latia violentemente... A dos pasos del retrato, tuve intencion de huir... Schultz me observaba anhelante, iba á sucumbir... Por un supremo esfuerzo de voluntad, dí un paso, estendí la mano y toqué...

—¡Es un cuadro! esclamé triunfante, ¡es un cuadro! Acercáos, mirad... Estaba orgulloso de mi heroismo.

—¿Estais bien seguro?

—Pardiez, querido mio, habeis sido víctima de una ilusion, de un efecto de luz! Mirad, mirad.

—Puede que fuera una alucinacion, repuso tristemente.

—Pues bien, aunque fuera esto... Una mala digestion, un sueño, una pesadilla. Esquirol co-

loca este fenómeno entre las afecciones pasageras. "Las alucinaciones difieren del sonambulismo y de la locura, dice, en que en el mayor número de casos, los alucinados se acuerdan de todas las ideas que han turbado su espíritu, en tanto que los sonámbulos y los locos no se acuerdan de nada.„

—Decís eso para consolarme, dijo el doctor moviendo la cabeza como en duda.

—¡Por mi honor! esta es mi opinion, repliqué. Veamos, amigo mio, raciocinemos. Sois un espíritu enérgico, recto y justo; el hecho está claro; esta es una tela; ya estais tranquilo sobre la existencia del fantasma. Vuestro valor hubiera bastado para desvanecerle. ¿Como siendo vos un sábio filósofo y práctico, creeis en apariciones, que contrarian todas las leyes de la naturaleza? Admitís, no se ¿que corporalidad visible de una enfermedad, vos doctor! ¿Habeis visto alguna vez aparecer la tísis á la cabecera de los moribundos que asistís?

—La tísis es diferente.

—¡Es lo mismo!... Es preciso, pues suponer un mundo, compuesto de séres informes, horrorosos, representando, el uno la peste, el otro la fiebre amarilla! ¿Creeriais en la existencia del cólera asiático, disfrazado por una imaginacion enferma, con un turbante y un crid malayo?.. ¿la burlesca y miserable figura del Córiza, cubierta de escarcha, presentarse en la antecámara del gran duque una noche de baile,

y atacar á la salida al elegante que se abriga, para dirigirse á su casa?

Una carcajada del doctor me anunció que empezaba á aliviarse de su demencia. Sin embargo, todavía recelaba.

—Entonces, ¿creeis que la locura es inmaterial?... ¿creeis que no tiene forma corpórea?...

—La locura consistiria justamente en creerlo, esclamé levantando los hombros.

—En este caso, no admitís un mundo sobrenatural?...

—Por el contrario, lo admito formalmente, porque la razon está obligada á reconocer, en la naturaleza, fuerzas misteriosas que no puede definir. En el órden físico, vemos la existencia de fluidos imponderables, invisibles, tales como la atraccion, la electricidad, cuyo principio nos es desconocido. Además, la naturaleza tiene siempre las mismas leyes: como el reino mineral, el animal, debe tener fluidos inapreciables para nosotros, ó mal analizados, tales como el magnetismo, reducido hasta el dia al estado de ciencia rudimentaria. De aqui, doctor, se deduce que existe una fuerza sobrenatural, que no sabemos evocar, y á la que nuestro débil entendimiento dá el nombre de espiritualismo, y que nos falta la pila de Volta que nos ponga en comunicacion con esta potencia metafísica.

El doctor me escuchaba, con la cabeza inclinada, como si temiese dejar escapar una sola de mis palabras: lo observaba atentamente

y conocia que tranquilizaba su alma. Al hacer un movimiento, puesto que me volvia la espalda, ví su cara, reproducida en el espejo, y no conservaba la menor señal de emocion: por casualidad, encontró mi mirada, hizo un gesto de sorpresa, y se turbó, pero esto no fué mas que un relámpago: para disimular su disgusto, se tapó el rostro con las manos, no tan pronto, sin embargo, que no pudiera ver una sonrisa en sus lábios.

—¿Qué significa esta sonrisa? En verdad, podia creerse, que Schultz no habia estado jamás loco, que su demencia no habia sido mas que un sueño de mi imaginacion..... y á mi mismo me sorprendia el dominio que tenia sobre él.

—¡Hablad! ¡hablad! me dijo, y probadme mi error, y que si comprendo la futilidad de mi terror, es que no hay en mi cerebro ningun desórden orgánico: probadme que me abandono á desvarios pueriles y que si mi voluntad basta para disiparlo, puedo escapar de mi triste herencia.

Este sensato lenguaje confirmaba mi victoria; no tenia mas que desarrollar las proposiciones de un silogismo cuyos términos me presentaba con admirable claridad.

En el calor de la improvisacion encontraba argumentos que á mí mismo me sorprendian, deduccion irrefutable que mi inteligencia no habia jamás formulado, y que la piedad hacia brotar en mi corazon en tumulto. Veia nacer

la conviccion de los mas íntimo de mi ser, y la hacia penetrar en aquel cerebro, oscurecido por estrañas visiones.

Trascurrida media hora, Schultz se levantó tranquilo.

—¡Gracias! me dijo con sencillez dándome la mano, y añadió alegremente: ¿Me permitireis ahora salir?

—Bajemos al jardin si quereis, le respondí.

—No, vamos á pasearnos al campo.

Me guardé muy bien de manifestar el asombro que me causaba esta proposicion: Schultz me hablaba con un acento tan franco y tan alegre, que no podia equivocarme sobre su intencion; nuestros corazones se entendieron.

—Partamos, dije.

Esta última palabra te revela, querido Wilhelm, el estado de mis relaciones con el doctor... ¡No soy ya prisionero!... He franqueado por primera vez estas rejas, cerradas para mí durante un año... Soy libre... libre por la gratitud, con la conciencia de haber salvado un alma que iba á caer en las tinieblas eternas.

Te lo confesaré, amigo mio; esperimento un indicible sentimiento de orgullo, como si acabara de ejecutar una accion distinguida. Creo que una madre es la única persona que puede comprender esta alegria que me causa el protejer á un ser del que soy en cierto modo la norma y la razon. Por esta gran ley de amor que lega el Criador á su criatura, me adhiero

á este desgraciado Schultz que detestaba y que me parece me tiene el mismo cariño, si no se mezcla ademas á su espansion una especie de sumision: es posible que tema le abandone.

Todo esto te explica por qué siendo libre permanezco todavía en Carlsruhe; no podia, sin ser cruel, abandonar mi obra: Schultz me suplica siempre que salga con él; he necesitado algunas semanas para prevenirle contra una recaida; se creeria perdido sin mí. ¿Qué haria yo, ademas? Fuera de tu amistad no tengo mas esperanza; el único amor que me hubiera hecho vivir no es mas que un sueño...

Ya sabes por qué he interrumpido otra vez mi narracion: mañana la continuaré.

XI.

No podré decir lo que siguió á la horrible sacudida que me habia anonadado á los piés de Diana. Cuando recobré el conocimiento me encontré en cama enfermo: era de noche y Bastien velaba á mi cabecera. Al oirme murmurar su nombre dió un grito de alegria.

—¡Ah! Dios mio, se ha salvado, dijo. Señor Andrés, ¿me reconoceis?

—Sí, te reconozco. ¿Por qué te sorprende?

—¡Ah! ¡Qué contenta va á estar la señora condesa! Pero callaos, el médico ha dicho que si saliais de vuestro letargo era preciso que guardaseis silencio. Voy á contaros todo para que no os fatigueis.

Me dijo entonces que hacia tres semanas estaba en cama, atacado por una fiebre cerebral que habia hecho temer por mi vida, y que solo hacia dos dias que estaba fuera de peligro.

—¿Y mi madrina? le dije.

—No os ha dejado ni de noche ni de dia; solo desde anteayer descansa por las noches, y entonces soy yo vuestro guardian, como veis; pero me ha recomendado mucho que si me preguntabais, os dijera de su parte que estuviérais tranquilo y que pensaseis en ella. Vamos, ya hemos hablado bastante, añadió; es preciso obedecer; dentro de dos horas será de dia y vendrà: dormid tranquilamente hasta entónces y descansad.

Esperimentaba tal abatimiento, que me hubiera sido imposible formular otras preguntas. Además, me habia hablado de ella, y esto solo bastaba para tranquilizarme. Cerré los ojos, y envolviéndome voluptuosamente en su recuerdo me dormí muy pronto.

Cuando me desperté, el sol entraba por la ventana en ráfagas luminosas, y la brisa de la mañana llevaba á mi habitacion el embalsamado ambiente del jardin.

Creí asistir á mi resurreccion: un suspiro exhalado cerca de mí, me hizo volver la cabeza y me encontré bajo la mirada de Diana, que, bañada en lágrimas de alegria, tenia mi mano entre las suyas.

—¡Soy yo, soy yo, madrina querida! esclamó como si volviera de un largo viaje.

Me puse á llorar como ella y permanecimos sin hablarnos, sonriendo á través de nuestras lágrimas y asidos de las manos.

—¡Os vuelvo á ver! dije al fin sonriendo y llorando á un tiempo.

—No me he separado de vos, Andrés; respondió ella con conmovido acento.

—¡Oh, momento divino! ¿qué felicidad ó qué dolor podrá hacer palidecer tu recuerdo? No sabia con qué amor amaba; pero nuestras dos almas se habian confundido y volaban al cielo.

Estaba todavía demasiado débil para soportar tanta alegría y me sentí desfallecer, y Diana me hizo guardar silencio.

—Es preciso estar sosegado si quereis curar pronto. Estoy á vuestro lado, no os fatigueis.

—Hace tanto tiempo que no os he visto! ¡respondí, tratando de resistirme. ¡Tengo tantas cosas que deciros!...

—No, mas tarde, si me amais, obedecedme.

—Si, os obedezco.

Retiró su mano con viveza, y sin responderme como se hace para obligar á los niños á ser buenos, la colocó sobre mi frente. Noté que temblaba.

—Dormid, me dijo.

Cerré los ojos, pero no dormí: ella se habia vuelté á sentar á mi cabecera, y á través de mis párpados entreabiertos la contemplé enagenado. Estaba vuelta hácia mi; un rayo de sol jugueteaba en sus cabellos y la rodeaba con una aureola. Observé que estaba algo pálida

un ligero círculo morado rodeaba sus ojos, y sus puras facciones habian adelgazado. Recordé las palabras de Bastien y adiviné sus angustias y vigilias: una lágrima rodó por mi megilla.

—¡Ah! no dormís, me dijo, haciéndome un cariñoso reproche.

El médico entró en este momento.

—¡Parece que hemos resucitado! esclamó con alegria. ¡Oh! ¡qué semblante! ¡señor enfermo! Veamos, el pulso... ¡Perfectamente! Ya estais fuera de peligro y no tengo mas que hacer que preservaros de las imprudencias que podrian retardar vuestra curacion.

Yo no veia mas que á Diana y la alegria que manifestaba su semblante. Solo por ella me sentia feliz de volver á la vida.

XII.

Los dias que siguieron fueron los mas felices de mi vida. Casi siempre estaba Diana á mi lado rodeándome de esos encantadores cuidados que parecen caricias aun cuando no sean mas que la efusion de la caridad.

Bendecia mi enfermedad: bien lo veia, la piedad me habia vuelto á abrir su corazon. Voluntarioso, como un niño mimado, abusaba de mi debilidad, para obtener mil testimonios de cariño, que la acercaban á mí. Entonces me apoderaba de su mano que retenia finjiendo dormir, y que ella no se atrevia á retirar por

miedo de dispertarme. Algunas veces, sin embargo, la veia enrojecer, como si hubiera penetrado mi pensamiento, y yo temblaba.

Mi convalecencia hacia rápidos progresos. Muy pronto pude levantarme é ir hasta mi despacho apoyado sobre su brazo. Nada entristecia el porvenir. Madama de Jonval habia abandonado el castillo; íbamos á volver á encontrarnos á nuestra querida soledad: echaba de menos á Magdalena; poro amaba demasiado para que mi corazon pudiera tener pena alguna, cuando Diana me sonreia.

Una noche, despues de haberse retirado mi madrina, Bastien me contaba por centésima vez los episodios de mi enfermedad. Me complacia todos los dias en hacerle repetir su narracion, porque Diana hacia en ella el principal papel. Me dió curiosidad de preguntarle qué habia dicho en mis horas de delirio.

—A fé mia, respondió turbado, hablábais de todo... como los que tienen fiebre.

—¿Pero qué decia yo?

—Pues, bien, estábais furioso contra el señor conde... contra Plácido.

—¿Y despues?

—Despues... no sé mas... No se presta atencion á las palabras de los enfermos.

Su turbacion me hizo comprender que queria permanecer discreto.

—En fin, le pregunté sorprendido por sus reticencias, ¿he hablado de otras personas?

Respondió con una indiferencia que conocí era fingida.

—Un poco de todo.

Esta vez tuve miedo.

—Vamos, Bastien, repuse mirándole fijamente, se creeria que quieres hacer misterio de lo que he dicho delante de ti.

—¡Pardiez! Sr. Andrés, no quiero repetiros cosas que no os conviene oir. He prometido á la señora condesa callar... tanto mas, cuanto que eran sueños de enfermo, como ella decia.

—Bastien, esclamé alarmado, habla, te lo suplico, tengo el mayor interés en no ignorar nada.

—Si es eso, Sr. Andrés, no puedo tener nada oculto para vos. Cada uno es dueño de sus asuntos, y en el momento en que quereis que me acuerde... me dispensareis que no lo haya olvidado todo.

—¡Me estás matando!...

—Pues bien; os diré que en los primeros dias no reconocíais á nadie, y que estábais tan furioso contra el señor conde, que hablábais sin cesar de matarle, lo que motivó que el doctor le suplicase no entrara mas en vuestra habitacion; su presencia os exaltaba. Entonces permanecí á vuestro lado con la señora condesa. Esta tenia confianza en mi porque sabe por Catalina que me arrojaria al fuego por vos, y ademas, que el viejo Fritz no era bastante fuerte para sujetaros en vuestros ataques. Sin embargo, la señora condesa hubiera podido pasarse

sin la ayuda de nadie, ni aun la del médico, porque tan pronto como ella os hablaba os sosegábais y la obedecíais como si hubiérais estado en aptitud de comprender la pena que ella sentia.

—La reconocía, ¿no es esto?

—Podia creerse que no, porque siempre la llamábais, sin ver que estaba á vuestro lado. Por último, una noche estábais adormecido cuando os oímos murmurar alguna palabra como en sueño; abundantes lágrimas corrian por vuestras mejillas. La señora condesa quiso enjugarlas y os despertó; entonces os pusisteis á decirla muchas cosas, de las que no comprendí nada, á no ser que creyérais hablar á la señorita Magdalena.

—"¡No es verdad, deciais, he mentido! Id á decir á mi madrina que es á ella á quien amo y no puedo amar á otra mujer... Si he mentido, ha sido para ocultar mi amor que la hubiera ofendido„

—No me acuerdo bien, de todas vuestras palabras, continuó, puesto que me habia alejado fingiendo no oiros, porque veia á la señora condesa muy conmovida y confusa. Por fin, cuando os hubo calmado se acercó á mí y me dijo: "¡Sufre mucho! ¡Pobre jóven! Bastien, es preciso que no se sepa que delira; esto alarmaria.

—"¡Oh! Señora, la respondí, soy mudo.

—"Si, podemos confiar en vos, y os suplico que no repitais á nadie estas palabras...; es la fiebre la que le hace hablar.„

—Como conoceis, repuso Bastien, juré callar, pero seguramente que mi juramento no debia alcanzaros. Perdonadme, señor Andrés, que esté mas al corriente en vuestros secretos, de lo que hubiérais querido; habeis repetido tantas veces el mismo nombre, que era preciso haber estado sordo para no haberlo oido. Sabeis además, que no soy hablador, y el mas malvado no se atreverá á tener un mal pensamiento de la señora condesa, que debe ser adorada como una santa.

Las revelaciones de Bastien me causaron una gran ansiedad. ¿Qué iba á ser de mí, una vez curado...? ¿No me alejaria Diana para evitarme sufrir?

Cuando entró al dia siguiente, me sentí desfallecer por la emocion, y caí sobre un sillon palideciendo y enrogeciendo á la vez; me parecia que mi amor estaba escrito en mi frente.

—¡Dios mio, Andrés! me dijo, ¿estais peor?

Al hablar asi me estrechaba en sus brazos, apoyaba mi cabeza sobre su seno y oia los latidos en su corazon... Me separé desatinado... Ante esta pura ternura fraternal, mi alma se indignaba y clamaba contra la profanacion.

—No es nada, balbuceé, es un desmayo.

Toda la mañana sufrí estrañas angustias. Por primera vez observé cierta reserva que no habia notado los dias anteriores; recordé cierta turbacion que manifestaba el despertar de un pudor receloso, ó un orgullo herido. Su voz tenia un timbre que no era comun; todo anuncia-

ba entre nosotros la agitacion de dos corazones en que la confianza era desterrada. Esperimenté tan cruel angustia por el sentimiento que debia causarle mi locura, que estuve tentado de arrojarme á sus piés, de adelantarme á una palabra que la piedad sola sostenia en sus lábios: ¿pero no rompería nuestras relaciones? Hay palabras que nada borran y para las que las almas castas no tienen olvido.

Sin embargo, sus ojos estaban mas entristecidos que severos: una dulce melancolía mezclada con no sé qué agitacion interior la desfiguraba; así hubiera soñado el ángel de la caridad. Con el egoismo del amor sentí nacer en mí un mal pensamiento.

Pero rechazaba esta esperanza, como una perfidia indigna de ella y de mí. Mi conciencia me gritaba que no podía vivir en el castillo. Resolví sacrificarme por el reposo de Diana y evitarle al menos el disgusto de alejarme.

—Querida madrina, le dije reuniendo todo mi valor: ¿teneis noticias de mi linda prima lady Clarencey?

—¡Sí! ¿Por qué me lo preguntais?

—Porque se me ocurre que debe esperarme. y chocarle mi tardanza en aceptar su hospitalidad.

—Sabe que estais enfermo.

—Pero espero estar restablecido dentro de pocos dias, y puesto que debo hacer este viaje, sería conveniente á mi parecer no esperar al invierno.

—Es verdad. Pero amigo mio, ¿esperais partir en este mes?

Mi energía había decaido.

—Seguiré vuestros consejos, balbuceé; temo parecer ingrato para ella.... ó para vos.

—Se debe atender á vuestra conveniencia, dijo con voz poco segura; sentiria reteneros aquí. Sin embargo, creo que el doctor os disuadirá del proyecto de dejarnos antes de estar completamente restablecido.

—Obedeceré, respondí.

Dejamos este asunto; pero todo el dia á despecho de nuestro disimulo, la idea de la separacion se cernía sobre nosotros. Llegó la noche, y observé cuando me dejó, que no me daba su mano á besar como otras veces.

Solo derramé abundantes lágrimas: el sacrificio estaba consumado. A la hora acostumbrada Bastien entró.

—¿Habeis dicho à la señora condesa lo que os he dicho esta noche? me preguntó.

—No: ¿pero por qué me haceis esa pregnnta?

—Es que hace un instante que la señora condesa me ha mandado llamar por medio de Catalina y me ha preguntado si en su ausencia habeis tenido alguna recaida. He respondido que no: pero conocí muy pronto que su inquietud tenia otra causa, y que sobre todo queria saber si yo es había contado algo de lo que ha pasado durante vuestra enfermedad. A fé mia, era preciso mentir á vos ó á ella; negué atrevidamente al azar.

—Has hecho bien, repuse, y dí siempre lo mismo si te interroga otra vez.

—No es difícil. Ademas, señor Andrés, creo que hareis mal en dar á todo esto mas importancia de la que merece. Habeis dicho tantas cosas en los dias de fiebre, que la señora condesa no puede atribuir vuestros discursos mas que á sueños: lo mismo cuando queriais matar á vuestro tutor... que en otras circunstancias.

—Es verdad, esclamé sorprendido con una observacion tan sencilla, y que no sé cómo no se me habia ocurrido.

¡Tenia tanta necesidad de esperar! Me así á esta tabla de mi naufragio. ¿Podria efectivamente Diana creer en esta estraña confesion del delirio? Ciertamente dudaba todavia, puesto que no habia acogido con vehemencia mis proyectos de viaje. Recordé su indecision para responderme cuando habia tratado de este asunto. Tenia demasiado interés en engañarme para no forjarme quimeras. ¿No me bastaba tener oculto mí amor en lo mas íntimo de mi corazon para desvanecer en el suyo hasta la sombra de una sospecha? ¡Entonces me seria permitido vivir á su lado!

Algun tanto consolado con estos pensamientos, edificaba castillos en el aire, diciéndome que siempre era tiempo de sufrir. Al dia siguiente, cuando el médico me hacia su visita, le dijo mi madrina:

—Doctor, Andrés hablaba ayer de partir pa-

ra Inglaterra: ¿no os parece que seria una imprudencia ceder á sus deseos?

—¡Un viaje!... respondió el doctor. Con Hipócrates me opongo: no debe pensarse en él en dos ó tres meses.

¡Bondad divina! ¡Sorprendí un rayo de alegría on los ojos de Diana!

XIV.

Desde este dia mi convalecencia fué rápida. Estábamos en Agosto y las fuerzas de la naturaleza en todo su esplendor me penetraban: mejoraba visiblemente. Las espediciones diarias de monsieur de Maufert, ocupado en la recoleccion, nos dejaban largas horas de libertad: algunas veces salía con Diana para visitar á los segadores, y al vernos sentados sobre el césped, se nos hubiera tomado por dos amantes.

Un dia cogí acianos y brezos y tegí una corona. que coloqué sobre sus cabellos. Estaba tan hermosa, que permanecí en éxtasis: lo observó y bajó los ojos ruborizada.

Sin embargo, debo decirlo, nuestra atmósfera habitual habia variado. Diana parecia absorta en una vision interior, á la vez terrible y deliciosa, y conocia que en el fondo de su corazon deliberaba sobre mi destino.

No veia á Bastien mas que en los intérvalos de sus arriesgadas espediciones, porque no habia podido hacerle renunciar el contrabando. Una tarde le encontré.

—¡Hola! señor Andrés, os encuentro oportunamente; queria saber lo que quereis que diga de vuestra vida de soltero!

—¿Qué quieres decir?

—Imaginaos que desde hace quince dias, Catalina es una mosquita; sin parecerlo me pregunta disimuladamente, para saber si haceis la corte á alguna jóven del país como en otro tiempo á Juana. Primeramente creí que era simple curiosidad, porque no hay nada que interese tanto á las mujeres como estos asuntos: pero ha insistido tanto, que me ha parecido..... y à mi vez le he jugado una pasada. Me ha confesado que la señora condesa le habia suplicado me preguntase sobre vuestra conducta, porque teme tengais alguna mala inclinacion.

—¡Oh! di la verdad, le respondí: asegurablen que no tengo ninguna de estas intrigas.

—Basta, replicó sonriendo el contrabandista; esta tarde estareis blanco como la nieve.

Quedé un poco inquieto por mi atrevimiento, porque disculparme asi para con Diana, era un peligro, y cuando la vi por la mañana temblé. La manera con que me dió la mano me tranquilizó. Me fué fácil comprender que librada de un peso que habia un momento resfriado nuestra amistad, era feliz, no temiendo ya que me comprometiese en unas relaciones indignas de mi.

Pero al lado de mi idilio tenia siempre las prosáicas molestias que me causaba la depen-

dencia en que me veia obligado á vivir. Sin embargo, lo confieso, despues de mi convalecencia habia encontrado mas amabilidad en monsieur de Maufert, como si hubiera tenido remordimiento de los actos de brutalidad á que no podia menos de atribuirse el accidente que me habia puesto al borde del sepulcro. Decidido á sufrir todo para no separarme de Diana, evitaba con cuidado los motivos de disgusto. Seis meses me separaban de mi mayor edad, y la súbita indulgencia de mi tutor hacia presagiar que alcanzaria sin nuevos disgustos la tan ardientemente deseada hora de mi emancipación... Fué preciso que un suceso providencial me revelase el horrible complot tramado contra mí.

Un domingo al salir de misa, á la que Mr. de Maufert acompañaba siempre á mi madrina, iba detras de ellos separado por la multitud, cuando en el pórtico de la iglesia se me acercó Guillot que me dijo rápidamente al oido:

—Tengo que hablaros, señor baron.

Por su aire misterioso comprendí que se trataba de un asunto grave.

—Id á esperadme al saucedal, le dije, allí estaré dentro de un cuarto de hora.

Despues de mi enfermedad no habia visto al colono; solamente habia sabido por Bastien, que gracias á la intervención de mi madrina, el recibo firmado por mi habia sido aceptado por el conde.

Llegados al castllllo finjí entrar en mi habitacion, y sali por una puerta del parque para ir á reunirme con Guillot.

—¿Qué os sucede, amigo mio? le dije: ¿hace todavia Plácido alguna de las suyas?

—No, señor baron, respondió: ahora me deja tranquilo. Solamente que han pasado cosas que es preciso que sepais, aunque me hayan amenazado con arruinarme si os hablo; pero el señor baron vuestro padre me hizo mucho bien, vos tambien, para que permita que os hagan mal, y el abogado á quien he consultado me han dicho que pueden perderos.

—¿Perderme?... explicaos.

—¿Habeis sabido, Sr. Andrés, que al dia siguiente al que fuimos Monthermé, la señora condesa tuvo muchas londades para con nosotros?... Me creia salvado, cuando tres dias mas tarde recibimos un papel sellado. Nada mas que de verlo me puse á temblar, sin atreverme á leerlo. Pero aqui lo teneis, y os explicará mejor que yo lo haría, la nueva desgracia que me sucedia.

Esperaba encontrar alguna citación del alguacil. Pero apenas hube leido las primeras líneas, quedé consternado.

Era una órden de comparecer ante el juez instructor, unida á un emplazamiento de la policia correccional á instancia del Sr. Plácido. Este se quejaba de "violencias„ cometidas en él por el llamado Guillot, con intencion, seguida de efecto, de arrancarle diversos actos en su

provecho„ Se hablaba además de "captación de *un menor cuyas facultades mentales estaban notoriamente alteradas*, como podia atestiguar la renovación de un contrato irregular arrancado por vias de hecho al Sr. Plácido, que negaba toda complicidad, y terminaba en diez mil francos de daños y perjuicios.„

Su lectura me causó tanto efecto, que Guillot creia que iba á perder el conocimiento.

—Continuad, dije esforzándome en dominar mi cólera; ¡quiero saber hasta dónde han llevado su imfamia!

—Viéndome amenazado por los tribunales, repuso Guillot, perdí la cabeza; el papel hablaba de prisión... Mi mujer me dijo que era preciso ir en seguida á consultar á un abogado. Corrí á Monthermé por la noche, por que tenia miedo de ser preso; uno de mis primos me aconsejó dirijirme á M. Isidoro, un escribiente del alguacil, muy listo en travesuras. Fuímos á buscarle al café. Tan pronto como concluyó su partida de billar se reunió con nosotros. Le conté mi cuita y le enseñé la citación. Asi que la leyó, el hombre de ley se echó á reir, diciendo: "¡Conocido! ¡conocido! ¡el asunto Maufert!... Si quereis darme diez francos, ahora mismo voy á sacaros la especia, y á deciros el medio de hacer disminuir el precio de vuestro arrendamiento, porque en el fondo, todo esto no es perjudicial para vos.„ Mi primo me decia que tuviese confianza: saqué dos monedas de cinco francos de mi bolsillo. M. Isidoro los echó

en el suyo.—Querido, me dijo entonces, sois un presuntuoso imaginándoos que os persiguen. Soissimplemente el hilo, cuando os creeis el juguete... No sois vos á quien se hace danzar, y voy á predeciros, sin ser adivino, lo que os sucederá; os presentareis delante del juez instructor, y os preguntará; al dia siguiente Plácido retirará su demanda, y se hará el juego. M. Isidoro me contó entonces que este asunto era un complot armado contra vos: que la demanda presentada teniaúnicamente por objeto que estabais... en fin que teniais...por que el señor conde queria pedir vuestra interdición. Al otro dia vine á Maufert para deciros todo; pero me dijeron que habias caido súbitamente enfermo.

Hay catástrofes tan brutales que no hay tiempo de apreciarlas; dolores tan agudos que roban el sentimiento. Recordé las palabras de M. Abraam, y sin embargo, lo que me revelaba Guillot me parecia tan odioso, tan despreciable, tan malvado, que dudaria en creerlo.

—¿Que sucedió pues? le dije

—Nada de particular, repuso el colono, porque el dia de mi citación ante el juez, cuando presenté en su despacho el alguacil me dijo que mi asunto estaba terminado, y despues no he oido nada.

En medio del conflicto de ideas, que atormentaban mi inteligencia, crei por un momento que iba á perder la razón: dí las gracias á Guillot. Conocí que llegaba el momento decisi-

vo de mi vida, y queria meditar antes de obrar.

Por algun tiempo erré en el bosque luchan- con tan siniestras alarmas. ¡Se habian atrevido á declararme loco! Algunas veces la cólera me cegaba, y me daban ímpetus de ir á degarrar con mis manos á mi tutor y á su miserable administrador; después pensaba que se veria en mi castigo un efecto de mi demencia, ¡Yo loco!... Esta palabra me perseguia, y la encontraba como término de todo lo que proyectaba. Seria declarado loco si sufria el ultraje ensilencio...¡loco si me vengaba!...¡Iria ante un tribunal á pleitear por mi razón!..

Agitado, fuera de mi, acabé por dudar de mi razon; me parecia haber perdido la percepción de lo real: me estudiaba cuidadosamente, espiando en mi marcha, en mi espresíon, indicios de locura; me puse á contar los árboles uno á uno para probarme á mí mismo que el fuego sagrado de mi inteligencia no se había estinguido en la diabólica noche de la imbecilidad.

Encontré en el camino muchos campesinos que iban á una fiesta; todos me conocian y me saludaron; el espectáculo de su alegría me irritó. Me alejé precipitadamente....pero no hice mas que reflexionar en este extraño acceso de misantropía y creí ver todavía un síntoma de enagenación.

—¡Diana! ¡Diana! esclamé desolado.

Y con todas las fuerzas de mi alma procu-

ré absorber mi espíritu en este nombre, como si hubiera sido pasa mí la palabra de la redención.

XIV.

Despues de una larga lucha, el amor triunfó de mis terrores. Volví al castillo firmamento resuelto á hablar francamente á mi tutor. Encontré á M. de Maufert en su gabinete, y le supliqué me concediese una entrevista.

—Estoy á vuestra disposición, querido, me dijo con esa fingida amabilidad que usa conmigo desde hace algun tiempo; sin haceros un cargo, vuestras visitas son bastante raras para que yo las considere como una buena fortuna... aunque sean casi siempre señal de que no teneis dinero...

—No es eso lo que me trae aqui, le respondí.

—A fé mía que lo siento, porque estoy en fondos. Vamos, sentáos, ¿de qué se trata? Si está en mi mano está concedido.

—Se trata de una cosa muy sencilla: vengo únicamente á pediros que despidais á uno de vuestros criados.

—¡Bah! ¿á quien?

—A Mr. Plácido, vuestro administrador.

El conde hizo un movimiento de sorpresa.

—¡Oh! ¡oh! es muy grave lo que decís. ¿Y por qué razón, quereis decirme?

—Porque me ha ofendido, repliqué friamente.

—¡Cáspita! no olvidais nada. ¡Cómo! ¿pen-

sais todavía en esa tontería? Me parece, sin embargo. que habeis tomado bastante bien vuestra revancha aporreándolo lindamente. Plácido no osha ofendido, querido, y vuestra susceptibidad es una niñería.

—¿Llamais tambien una niñería á una accion judicial que tiende á asesinarme moralmente haciéndome declarar ante un tribunal, que soy considerado públicamente por loco?

—¡Bah! algun chismede provincia, dijo friamente.

—Aquí teneis la prueba, repuse sacando del bolsillo la citacion que me había dado el colono.

—Pero esa se dirije á Guillot, interrumpió el conde recorriendo con la vista el papel.

—¡Oh! confieso que Mr. Plácido ha llegado hasta el punto de entregarme á la policía correccional, repliqué amargamente.

—¡Pardiez! despues de haber sido sacudido por vos, tan perfectamente, el tonto habrá querido vengarse... y heriros en lo vivo, dejándoos fuera de causa.

—¿Estais seguro de que esto sea ponerme fuera de causa? respondí mirándole fijamente.

—¿Y que diabólica intencion quereis atribuirle? confieso que ha hecho mal en ir tan lejos; pero tambien, querido, teneis la mano tan pesada.....Areglaré todo esto dándole una buena reprensión, é irá á presentaros sus escusas.

—¡Escusas, señor! ¡oh! no basta.

—¡Ah! es una verdadera *vendetta* segun veo,

dijo el conde al ver mi sangre fria. Creedme, querido, es preciso saber moderar los deseos en este mundo. Plácido me es útil, y no puedo despedirle únicamente por un capricho vuestro. Vuestra petición es insensata... perdonadme la palabra.

—¡ Oh ! podeis pronunciarla.

—Tanto mejor. Entonces no deis importancia á ese ataque ridículo, y probad vuestra prudencia contentándoos con la satisfacción que está dispuesto á exigir para poner vuestro amor propio á cubierto.

—¡Mi amor propio! esclamé, ¡cuando se trata de un insulto grosero! Es preciso que nos expliquemos claramente, por que me parece que las consecuencias que podian resultar de lo que llamabais un ataque ridículo se os escapan. Yo no estoy en las condiciones ordinarias; ya me lo digísteis un dia. Mi abuelo murió loco; mi madre era loca.

Mr. de Maufert no pudo reprimir un movimiento de sorpresa oyéndome evocar estos terribles recuerdos.

—¡Oh! no os admireis... Ya lo veis, estoy tranquilo, repuse de uno manera en la que á pesar mio se descubría la ıronía,

Me miró á su vez fijamente: creí sorprender en su sonrisa una expresion siniestra.

—Continuad, dijo.

—Tengo todavía bastante dominio de mis sentidos, para comprender la deplorable situación en que me coloca la doble desgracia de

que he sido víctima. Si à vos os acusasen de locura nadia creería en tan perversa invención; pero contra mí ya lo sabeis, semejante acusacion es de mucha gravedad.

—¡Cáspita! Querido, dijo mi tutor levantando los hombros, ¿qué quereis decir? Teneis ideas muy negras.

—¿Qué quiero decir? esto: cuando no estuviese protegido por vuestra tutela, podria suceder que un dia algun pariente ávido concibiese la idea, aun mas negra que las mias, de pedir mi interdiccion: mil quinientas mil libras de renta son un bonito incentivo. Ahora bien; en este caso, teneis demasiado talento para no comprender que un documento judicial atestiguando mi notoria locura, seria un arma terrible contra mí, si descuidase mi defensa desde hoy mismo; por esto, señor, os pido primero como protesta por parte vuestra, que despidais á vuestroadministrador, en seguida, si hay lugar, á una reparacion legal para asegurar mí estado en el mundo y salvar mi porvenir.

El conde me examinaba abriendo grandes ojos, como si hablase en griego.

--¿Qué diantre significa ese embrollo? esclamó. No puedo admitir que el imbécil Guillot os domine, y que temores tan estravagantes se hayan apoderado de vuestra razón ¡Os han trastornado la cabeza!

—Os suplico que creais que tengo bastante razón para sentir por mí mismo las injurias

contenidas en este infame proceso, y me sorprende encontraros indiferente.

—Es que, en verdad, no veo en él nada sério. La mejor respuesta á semejantes cuentos, es el desprecio. No puedo, en verdad, para satisfacer vuestra pueril susceptibilidad, privarme de un administrador, que me es indispensable, y mucho menos prestarme á sutilezas sin objeto, que no darán otros resultados, que divertir á los tontos.

—¿Es vuestra última palabra? le dije decididamente.

—Plácido os pedirá perdon, os lo he prometido; es todo lo que puedo hacer por vos.

—En este caso, no os sorprendereis si recurro á mí mismo para defenderme.

—¿Qué pretendeis hacer?

—Lo ignoro; pero me creo muy ofendido para atacai á Mr. Plácido.

—¡Oh! no, no hareis eso.

—¿Por qué?

—¡Porque no os lo permito! repuso con un tono enérgico.

—En este caso, tendré el disguto de obrar sin vuestro permiso.

—No hay más que una dificultad para ese proyecto, dijo con un tono burlon, y es que se reirán de vos, porque no podeis intentar ninguna accion sín el consentimiento de vuestro tutor.

—¿Aunque mi tutor se mostrase demasiado

poco cuidadoso para defenderme? dije con una amargura que no pude reprimir.

—¡Ah! ¡vais demasiado lejos! esclamó levantándose. Me parece que olvidais á quién estais hablando.

—No lo olvido, puesto que recurro á vuestra protección.

—Pero sabed que estais tambien bajo mi autoridad, y que no permitiré que emprendais un debate que uniria mi nombre al vuestro en un asunto ridículo.

Semejante desdén me exasperó.

—¡Ridículo! esclamé, ¡ridículo! cuando se trata de mi dignidad, de mi vida. Pero ¿qué interés teneis en que se crea que no gozo de mi razon?

Mr. de Maufert, hizo un gesto terrible, recorria la habitacion agitado por una violenta cólera. Despues se dirijió á mí; su máscara se había caido.

—Creedme, dijo reconcentrádamente, no os reveleis, sabeis que tengo poca paciencia, no provoqueis un escándalo... porque, pensad en ello, os atacais á vos mismo.

—Ignoro sí me será preciso provocar un escándalo para que no me dejeis envilecer, repliqué orgullosamente; pero sí os afirmo, que me rebelaré contra vos si es preciso.

—Me causais lástima, respondió; no me obligueis á decir tambien que estais loco.

Despues de todas las emociones de este día,

ésta palabra que atravesó el cerebro como un hierro ardiendo.

—¡Mentís! esclamé.

Mi tutor respondió con una sonrisa..... Una nube de sangre me cegó..... Tuve miedo de cometer un crímen, y huí.

Fuera de mí, recorrí el parque buscando á Plácido, y le hubiera matado, cuando felizmente me encontré con Diana.

—¡Andrés! ¡Andrés! murmuró desolada.

—¡Oh! decidme, ,esclamé, decidme que no estoy loco.

—¿Qué ha sucedido? dijo ella; estoy segura que habeis tenido algun altercado con el conde.

Comprendí que iba á causarla algun pesar si la descubria las perfidias de que era víctima. Confesé que efectivamente habia tenido una discusion muy viva con Mr. de Maufert, pero le oculté los motivos. Me hubiera sido muy sensible revelar á Diana la indigna conducta del hombre cuyo nombre llevaba, y la rudeza ordinaria del conde bastaba para explicar mi turbacion. Además, no podía resistir al dominio que Diana tenia sobre mí, y bajo esta querída influencia mi cólera se apaciguó. Convinimos en que evitaria la presencia de mi tutor por temor de que una palabra imprudente despertase entre nosotros una cuestion apenas olvidada.

Entregada á mis reflexiones me puse á pensar friamente sobre la inexplicable conducta

del conde. Debo confesarlo, á despecho de la repulsion invencible que sentia hácia este singular protector, habia despreciado las acusaciones que el judio Abraham se habia atrevido á formular un dia delante de mí. Mr. de Maufert era rico, tenia una fortuna de cien mil libros de renta, pero por su avaricia no gastaba cada año la cuarta parte. No podia creer que el amor del oro tuviera tanto imperio en su corazon, como para ahogar el decoro de su nombre y precipitarle á cometer un crímen de lesa majestad. Mi orgullo de raza se rebelaba todavia á la idea de que un individuo de mi familia, por lejano que fuese su parentesco, pudiera ser ladron. Pero en este momento decisivo en que me veia vilmente abandonado por él, no me era posible defenderme de mis sospechas. Las noticias de Guillot me probaban que el rumor público achacaba á Mr. de Maufert culpables proyectos. Al dia siguiente fuí á buscar á Bastien.

—¡Bastien! le dije, tengo necesidad de un amigo sincero que no retroceda por el temor de tener un enemigo en Mr. Maufert, y que me quiera lo bastante para decirme la verdad por dolorosa que sea, y he pensado en tí.

—A fé mia, señor Andrés, respondió Bastien, es un atrevimiento llamarme amigo; pero si no se trata mas que de esponer la piel en servicio vuestro, sabeis que no tengo miedo de nada: usad de mí como querais.

—Gracias, cuento contigo; pero en este mo-

mento solo tengo necesidad de tu franqueza. Júrame responderme sin ocultar nada por temor de afligirme.

—¡Pardiez! señor Andrés, dijo cortado, eso depende...

—Va en ello mi porvenir, Bastien, mi fortuna! ¡mi vida!

—¡Oh! entonces interrogadme, estoy pronto á contestaros.

En el momento de levantar el velo dude. Pero me armé de valor.

—¿Qué se dice en el país de mis relaciones con mi tutor?

—¡Cáspita! se sabe que es un hombre altanero, brutal, y sobre todo avaro, y á cuyo lado no es agradable vivir, y nadie ignora que no es cariñoso para vos.

—Y... de mí, ¿qué se dice?

—Todo el mundo os quiere, sois tan generoso como él es mezquino.

—No es eso lo que te pregunto. ¿No se habla de una desgracia... frecuente en mi familia?

Bastien se turbó, no quiso comprenderme.

—Sr. Andrés, todos tienen enemigos. Pero muy pronto sereis dueño de vuestros bienes... ¡sois tan rico!

—No se trata demis bienes. Me has comprendido; ya ves que estoy tranquilo.... Háblame como á un hombre... Te pregunto, si se dice que estoy amenazado de locura como mi madre.

—Pues bien, si es preciso confesaros la ver-

dad... seguramente, que á causa de vuestra familia... Hay gentes que no raciocinan... rumores que se hacen correr...

—¡Ah! hacen correr voces sobre mí.

—¡Pardiez! El domingo pasado tuve una disputa en Maufert, con el malvado Plàcido, que decia á tres ó cuatro imbéciles, que teniais ataques durante los que no conociais á nadie.

—Así, pues, él es el autor de esta calumnia.

—¡Pardiez! A nadie se le habia ocurrido. Se os veia tan alegre, y tan bondadoso, que era preciso la maldad de ese normando, para que se pensase en ella. Todas las personas que os conocen como yo, saben que no es verdad, y os defienden. Así, pues no os inquieteis.

—Gracias, Bastien, es todo lo que queria saber.

XV.

Te escribo estas líneas, apresuradamente mi buen Wilhelm, para que no te inquiete mi silencio; el estado de Schultz es la única causa de la interrupcion de mi novela, puesto que así llamas la dulce y cruel narracion que has exigido de mi. Durante dos dias seguidos he tenido que dejar la pluma para socorrer á mi pobre doctor.

He combatido como siempre estas dos crisis acudiendo á su voluntad, y sobre todo á su lógica, que hace verdaderamente prodigios desde que le presto mi apoyo. Lo salvaré, lo co-

nozco, porque el dominio que tengo sobre su razon, acrece de dia en dia, y hay en él un fondo de sensibilidad que exploto con bastante éxito para llegar á consolidar el cerebro por el corazon. Un ejemplo te bastarà: la otra mañana, viéndole menos dócil á la persuasion, me atreví á llevarle de repente á uno de sus hijos, que jugaban en el salon inmediato; al verse en la presencia del niño se turbó. "Schuttz, le dije, ¿no está Dios en la mirada de este inocente ser?„

El pobre loco tomó á su hijo en sus brazos y me dió la mano sonriendo; el amor paternal habia triunfado. Una sola cosa me sorprendió, y fué no ver una sola lágrima en sus ojos; los mios estaban húmedos; el niño partió y no se trató mas de monomanía.

Convendrás en que es una estraña situacion la mia. Segun se dice, convencido de locura, cuido á mi médico y soy el libertador de mi carcelero. ¡Reiria si no estuviese tan triste! Tanto es así que me veo obligado á dejar ociosa mi pluma y mi papel en blanco, porque Schultz me ocupa todo el dia. Creyendo saludable romper por una fatiga escesiva la corriente de pensamientos que le oprime desde hace algunos dias, finjo una necesidad insaciable de hacer ejercicio, y le obligo á acompañarme en marchas forzadas por medio de los campos, cualquiera que sea el tiempo que haga. Entramos por la tarde, y creo, Dios me perdone, que estas correrias me hacen tanto

bien á mí como á él. Fritz ha observado que mi sueño, ordinariamente agitado, era despues de estos largos paseos tan profundo como el de la marmota; pero te dejo, mi tirano me reclama.

¡Estremécete, Wilhelm, tú, que no usas otras piernas que las de tus caballos, voy á ponerme en camino para andar cinco ó seis leguas á pié!

P. S. Mi tirano acaba de entrar en mi habitacion. Encontrándome en mi bufete, ha parecido intranquilo; se ha creido abandonado por hoy.

—¿Trabajais? me ha dicho tímidamente.

—No, respondí, escribo algunos renglones á mi amigo Wilhelm.

—¿Le decís, por ventura, que ireis á verle pronto?

—De ninguna manera.

—¿De verdad? repuso.

Me miraba con ansiedad. Adiviné que su inteligencia viajaba ya por el pais de las aprensiones; de repente se me ocurrió la idea de intentar una prueba.

—Wilhelm es un hombre de corazon á quien confio mis mas íntimos secretos, le dije: leed lo que escribo.

Desdobló el papel; al pronto no pudo reprimir un movimiento de sorpresa. Dominado el primer choque, continuó tranquilamente, aprobando cada frase con una inclinacion de cabeza, como si hubiera comentado la consulta de un compañero; ni el mas pequeño signo de tur-

bacion al leer la narracion de este azote, suspendido siempre sobre su cabeza; se atrevió á mirar al enemigo frente á frente. Está en camino de salvacion. En fin, ¿qué te diré, Wilhelm? al descubrir el subterfugio á que recurrí:

—Vamos, dijo con una mirada maliciosa; partamos para vuestro paseo higiénico; y se echó á reir.

¡Ha reido, Wilhelm! ¡No te digo mas! Ha reido de una manera franca y sonora, y su mirada no revelaba la menor inquietud. ¿Qué piensas sobre lo del talento de tu amigo el doctor Andrés? No tienes necesidad de detenerte en el camino de la estravagancia; estoy dispuesto á curarte.

XVI.

Despues de lo que me habia revelado Bastien de los calumnias que Plácido estendia en Maufert, estaba como cegado por la evidencia, y sin embargo no pobia resolverme á creer la vergonzosa traicion de mi tutor. Queria culpar solo al administrador; ¿pero cómo no admitir que se hubiera atrevido á ello sin el consentimiento de su señor? ¿No era clara su complicidad? ¡Mi tutor consentia que me declarara loco!

Durante toda la noche, forjaba en mi mente los proyectos mas estraños. Toda ilusion era vana, el peligro era claro: estaba perdido, si consentia en mi difamacion sin protestar. Era preciso combatir; pero entonces, victorioso ó

vencido tendria que dejar el castillo y á Diana, ¡todo lo que amaba! Esta horrible idea helaba mi corazon, y me preguntaba si no seria mejor sufrir el envilecimiento de que estaba amenazado, y permanecer á su lado. Víctima de las mas crueles angustias, procuré á la mañana siguiente dominar la agitacion que me oprimia.

Diana me preguntó con interés, y su emocion aumentó mi pena. Para tranquilizarla, pretesté una vaga melancolía.

—¡Cómo! me dijo ella, ¿teneis tan poca energia que no podeis dominar vuestra *spleen*? ¿Vos, un hombre, vos que teneis veinte años, que podeis caminar en el mundo apoyado por un gran nombre y una gran fortuna? Vamos, amigo mio, dejad para nosotras las mujeres esas tristezas pueriles. ¿Qué haríais ante una desgracia real, si no podeis defenderos de una imaginaria? ¡Ah! ¡si yo fuera hombre!

Habia en su voz tal espresion de valor, que tuve vergüenza de mis cobardes dudas. Comprendí que abandonar mi causa seria degradarme á sus ojos. Aquella misma tarde escribí una esquela á mi notario para darle una cita, y á la mañana siguiente me trasladé á Montthermé.

Granger era uno de esos escribanos de los que se conservan todavia en las provincias algunos tipos; habia estendido el contrato matrimonial de mi madre, era miembro de mi consejo de familia, y estaba seguro de encontrar en él un apoyo tanto mas seguro, cuanto

que no queria á Mr. de Maufort. A las ocho de la mañana le encontré en su despacho: me recibió con una amabilidad á la vez respetuosa y protectora.

—¡Hola! señor baron, me dijo; ¿qué novedad os trae por acà? Me habeis escrito que un grave asunto... ¿Alguna nueva calaverada? En fin, celebro mucho al menos que me tomeis por confesor: esto me procura el placer de veros.

—Mi querido Granger, respondí; acabais de decir la palabra que espresa mejor mi venida: es el confesor á quien yo busco tanto como al amigo y su opinion.

—¡Diablo! ¿qué me decís? Hablad, señor baron; sabeis que os soy adicto.

Comencé entonces la narracion detallada de las circunstancias que me habian revelado los estraños rumores recibidos por mí, como maledicencia provocada por el ódio que la dureza de Mr. de Maufert debia suscitar contra él. Referí al fin mi disputa con Plácido y todo lo que siguió á ella, despues las advertencias de M. Abraham hasta el altercado con mi tutor. Granger me escuchaba silenciosamente, y me fué fácil ver que no le sorprendía mi narracion. Cuando hube contado los hechos sin comentarios, añadí:

—Ahora, sed juez, mi querido Granger; es posible que en todo esto haya sido demasiado ofendido para no ceder á la pasion..... Se trata de mi porvenir; lo pongo en vuestras manos.

Tardó algunos minutos en responderme, moviendo la cabeza como reflexionando.

—¡Señor baron, eso es muy grave, dijo al fin; ¡muy grave!

—Así, pues, ¿creeis tambien en estas odiosas acusaciones?

—No, no, replicó con viveza; interpretais mal mis palabras. Tratar semejantes cuestiones... es cosa muy delicada. Pensad en ello; si vuestras sospechas fueran justificadas, deshonrarian á M. de Maufert por la retirada motivado de su tutela, medida estrema que el tribunal aplica muy raras veces.

—¿Vuestra opinion es, pues, que debo dejarme aniquilar sin protestar?

—Es muy grave, muy grave, repuso otra vez el notario: atacaré á Mr. de Maufert de frente... puede ser muy peligroso para vos.

—¿Por qué? Si falta á sus deberes de tutor y de pariente...

—Eso es lo que seria precíso probar: estais en una situacion difícil... Vuestra edad... vuestra considerable fortuna.

¡Dudó! Lo comprendí.

—Hablad sin temor, amigo mio, dije friamente, y para ayudaros voy á terminar vuestro pensamiento: temeis que efectivamente esté amenazado de locura.

Hizo un movimiento de sorpresa viéndome abordar este asunto.

—¡No! ¡no! añadió en seguida, no es ese mi pensamiento, os lo aseguro.

—Pues bien, una sola palabra entonces, repuse decidido á atacarlo en sus últimas trincheras; dadme vuestra palabra de que no creereis las desleales intenciones que se atribuyen á mí tutor, y me creeré garantido.

—Eso es precisamente lo que me embaraza, señor baron, y me apurais mucho. ¡No es un insignificante asunto salir garante por el conde de Maufert, en semejante ocurrencia! Ciertamente que no puede sospecharse que quiera apropiarse vuestros bienes: esto le seria imposible, lo sabe. ¿Qué haria desde luego? Capitaliza sus rentas. La avaricia, es verdad, tiene estraños misterios. El conde administra muy bien vuestra fortuna, demasiado bien algunas veces. Su pasion la satisface con facilidad: amontona, acumula, tiraniza, reina en fin sobre una docena de millones. ¿Qué importa al regente de un reino no llevar la corona? Tiene el poder en sus manos y gobierna... Vuestra mayoría va á obligarle á restituir este tesoro que anima su vida. ¿Qué quereis que os diga? ¡No, no salgo garante por él, y temo que aprovechándose de vuestra situacion... enteramente escepcional, no titubee en cometer una iniquidad incitante, sabiendo sus pensamientos! ¡Ved por qué dudo aconsejaros! ¡un escándalo puede salvarlo todo, pero puede tambien echarlo á perder todo!

—¡Pues bien, sea! repliqué; ¡al menos conoceré mi suerte, saldré de la ansiedad que me hace dudar de mí mismo! ¡Perderé por ello mi razon, os lo juro! Pero pensad en ello: perma-

necer seis meses con esta idea de que en el momento en que recobre mi dignidad de hombre, van á despojarme de mis derechos; que me veré obligado á sufrir una tutela hasta el fin de mis dias: que mas envilecido que un ilota, no podré ni hablar, ni obrar, ni vivir! ¡No! ¡no! Estoy decidido á todo. Sé á lo que me expongo. ¡No tengo padre que me defienda, y recurro á vos, mi amigo! Vos que me veis, que me oís... ¿es un loco el que os habla? ¿es un idiota el que os mira?

—Me volveis la confianza, dijo por último; solamente es de mí deber advertiros, que vamos á emprender una ruda partida. Prometedme no dar el paso mas insignificante sin consultarme.

—Os doy mi palabra.

—¡Entonces, señor baron, hágase vuestra voluntad! Ahora debemos ponernos de acuerdo. Primeramente no podemos argüir nada contra M. de Maufert. Todo hace creer que Plàcido no se ha atrevido á ofenderos sin el consentimiento de su tutor, y aun puede ser que con su órden; pero nada lo prueba y son precisas pruebas evidentes para que el tribunal pronuncie su destitucion de tutor, cuando dentro de seis meses termina su tutela. Nos es preciso, pues, dominar la dificultad y amenazar á un enemigo formidable. El único medio de decidir la cuestion, es manifestar deseo de emprender un largo viaje, ó cualquier cosa así, y aun será mejor el deseo de haceros sol-

dado... Pensaremos en esto... En este caso provocarememos simplemente la reunión de vuestro consejo de familia, y en él terminareis por una demanda de emancipacióu....

—Que no puede negárseme, me parece.

—¡Eso es lo que falta! En cualquier otra circunstancia, el éxito no sería dudoso, cuando apenas falta medio año para vuestra mayor edad; pero no es preciso prever las objeciones de Mr. de Maufert, y le serán fáciles si los proyectos que sospechais han realmente madurado en su inteligencia. Dirá...

—Dirá que estoy amenazado de la demencia; que soy loco; es posible que lo diga.. Estaré presente para para probar lo contrario y todo se averiguará.

—Desgraciadamente, señor baron, no se dirá todo, y sobre este punto sensible se emprenderá el debate. En fin, cuando estemos allí, puesto que estais resuelto á luchar, lucharemos. Despues de todo, casi será mejor hacer frente al peligro y obligar al conde á descubrir sus proyectos.

Convinimos en que Granger presentaría al juez de paz la demanda de convocacion del consejo de familia, en el término más breve, y despues de habernos puesto de acuerdo sobre la conducta que habíamos de seguir nos separamos.

XVII.

Confiando en la legitimidad de mi causa, no

quería dudar del éxito de un debate, en el que tenia por armas un corazón sostenido por la voluntad y el amor. Pero ¡ay de mi! ¡á qué precio compraba mi libertad! ¡abandonar á Diana! ¡qué haré yo de esta vida que no animará ya su querida presencia! Y si era vencido en este duelo, en el que mi existencia social era el galardón, seria á los ojos de todos y aun á los suyos un objeto de piedad.

Sin embargo, tenia bastante dominio sobre mi para ocultar mis impresiones: por una carta de mi notario supe que mi consejo de tutela estaba convocado para mediado del mes, tenia dos semanas de término y disfrutaba como un uvaro las supremas alegrias del presente. Mi tutor se había puesto decididamente contra mí en pié de guerra. Cuando me hallaba descubría en su acento la fria política que se usa entre adversarios declarados.

—Granger ha convocado vuestro consejo de tutela, me dijo un día; ¿es á petición vuestra, segun creo?

—Sí, señor, repliqué.

—Muy bien, contestó muy fríamente.

Le agradecí no haberme hecho esta pregunta delante de mi madrina. Nuestras discordias la inquietaban mucho. El amor era siempre un gran cosuelo de mi alma, y cautivo por el encanto do su dulce compañia, olvidaba el mundo y el porvenir.

Una mañana habia ido con Diana á la montaña para visitar una de las cabañas á cuyos

moradores socorria todas las semanas, y volvia-
mos al castillo, cuando á la mitad de la altura
de una colina, desde donde se descubria todo
el valle del Semoy, se sintió un poco cansada
y se sentó sobre una roca cubierta de musgo.

—Ved allá abajo, la dije, por encima del ra-
so de los Javalies, las preciosas nubes azuladas
que forman los vapores de la cascada.

Las contempló y quedó silenciosa como si
un recuerdo la hubiera entristecido.

—Muy pensativa estais esta mañana, queri-
da madrina, repuse despues de una pausa.

—Es verdad, amigo mio, respondió ella, per-
donadme si soy una compañera taciturna.

—¿Perdonaros? ¡qué decís! ¿No seria mejor
compartir conmigo vuestra preocupacion?

—Si debia, Andrés. Pero precisamente por-
que no me atrevo á abordar este asunto, me
veis silenciosa... y sin embargo es preciso que
os hable.

—Me asustais; no creeis ya en mi amistad.
¿Podreis tener una pena que no sea mia?

—¡Ah! dijo dándome la mano, admitir tal
pesamiento seria calumniar nuestra amistad!
Nuestras penas y nuestra alegria son hace mu-
cho tiempo comunes. Sois mi hermano de cari-
ño, como yo soy vuestra hermana.

—Pues, bien, ¿por qué dudais?

—Por temor de afligiros.

—¡Ah! toda afliccion me es dulce si procede
de vos. Pensad en ello: ocultarme la causa de
vuestra tristeza es quitarme vuestra confiadza.

Todavia dudaba. Alarmado por sus reticencias la supliqué que hablase sin rodeos.

—Andrés, amigo mio, repuso ella con voz temblorosa, ¿lo sabeis, es verdad? sois para mi el consuelo, vos solo dais vida á esta soledad, en la que solo á vos os amo..... No sabeis cuanto snfriré... ¡cuando no esteis aquí!

—¿Qué vais á decirme? ¡Dios mio!

—Amigo mio, me falta valor para pronunciar esta palabra cruel. Es preciso que partais.

Al oir esta sentencia que pronunciaban sus lábios, olvidé que yo mismo habia preparado mi destierro.

—¡Ah! soy un desgraciado, esclamé. Habeis leido en mi alma y me despedis.

—Andrés! qué decis! yo despediros!... cuando daria mi felicidad en este mundo, para que vos al menos la tuvieseis!

—¡Diana! ¡Diana! repuse, tened piedad de mi!

En mi desvario me arrojé á sus piés estrechando sus dos manos entre las mias y bañándolas en lágrimas.

—¡Ah! callaos, dijo conmovida: Andrés, no me quiteis la estimacion de mi misma.

Ruborizada derramaba abundantes lágrimas.

Ante este dolor me detuve avergonzado: ya la confesion sacrílega iba á salir de mis lábios... Una palabra mas y el abismo se abria entre nosotros para siempre.

—¡Perdon! ¡perdon! murmuré.

Ahogada por los sollozos se ocultaba el rostro y veia deslizarse sus lágrimas entre sus dedos.

—¡Partiré! os lo juro, dije desolado.

Permanecimos un instante en silencio. Al fin se encontró más tranquila.

—Os doy las gracias por vuestra resignación, amigo mio, me dijo con voz conmovida y bajando los ojos. Procuraré ser tan fuerte como vos: permaneced solamente algunos dias aquí á fin de que me prepare á esta separación.

Volvimos silenciosos. Ella parecia abatida. Una indecible emoción me agitaba; tenia miedo de mi mismo. Cuando entramos en Maufert, la inesperada visita de algunos vecinos vino á separarnos y me retiré á mi habitación.

Diana no dudaba de mi amor: todo me lo atestiguaba; sus dudas, su turbación. ¡No me habia maldecido! y cuando estuve á punto de declarar mis sentimientos, habia detenido con mi súplica el grito de mi corazón... «No me retireis la estimación de mí misma», me habia dicho.

Me perdía en locas ilusiones: su clemencia abria de repente ante mí un horizonte encantado que me desvanecia... ¡Bondad divina! me decia; ¡si ella me amase tambien! Si, como yo, guardase en su alma las llamas de una pasión que el sentimiento de su deber la obliga á ahogar... Entonces sentí en mi inteligencia como una ráfaga de fuego: recordaba sus súbitos rubores, tan

frecuentes en ella desde la noche en que el delirio de la fiebre habia revelado el secreto de mi alma y aquel rayo de alegría que había sorprendido en su rostro el día en que el médico se había pronunciado contra mi partida para Inglaterra. Recordaba aquella mañana de primavera en que, cabalgando á su lado, había sentido despertarse mi corazón. Aquel día tambien me había hablado de partir; ¡pero qué cambio desde entonces!

Fascinado por esta esperanza y estos recuerdos, no me atrevía ni á creer ni á dudar: mi alegría me lastimaba como un dolor, y mi dolor me embriagaba: mis ojos querian leer en el porvenir; y como una mision encantada, veia entre nuestras dos almas una de estas místicas uniones, que Dios reserva á los corazones desheredados: «Puros los dos, seriamos dignos de nosotros mismos: jamás una confesion saldria de nuestros labios: la conciencia de nuestro amor nos haria fuertes y caminaríamos en la vida tranquilos, confiados, inaccesibles á las miserias humanas.»

Pasé parte del dia contemplando esta nueva aurora que se levantaba para mi; mi existencia tenia ya objeto: afirmado por la fe, atravesaria con paso firme estos escollos del mundo en que zozobran los débiles corazones: para ella conservaria intactas estas aspiraciones hácia la ideal belleza que parece un recuerdo del cielo; por ella buscaria la gloria.

De repente mis miradas se detuvieron sobre

una carta que mi notario me habia escrito por la mañana. ¡Ay de mi! ¡qué caida!.... ¡Desgraciado! soñaba con el amor de Diana, en el momento en que me veía obligado á pleitear para reivindicar mi cualidad de criatura racional.

Cuando la volví á ver por la noche me acerqué á ella temblando, confuso, como si la hubiera ofendido en mis sueños. Felizmente sus deberes de castellana la absorbian. Retirado en un rincon del salon, me dejé importunar por un antiguo amigo de mi padre, cazador apasionado, y que entusiasmado con contarme sus episodios de caza, me librabad el fastidio de hablar.

Mientras escuchaba sus historias observaba con ansiedad á mi madrina procurando descubrir en su fisonomia un reflejo de la tempestad qun me agitaba: pero su rostro estaba tranquilo, impenetrable. Sin embargo, creí ver un esfuerzo en la amabilidad oficial de su hospitalidad. En el momento sus ojos se encontraron con los míos, y se ruborizó.

Sirvieron el té y ella me trajo una taza: por casualidad nos encontramos aislados.

—Andrés, ¿estais enfadado contra mí? dijo inquieta y triste.

—¿Qué decís?

—Tengo remordimientos por el pesar que os he causado esta mañana.

¡Angel del cielo! parecia implorar mi perdon. Su seno se levantaba por los latidos precipitados de su corazón, y sus párpados es-

taban húmedos. Mi importuno cazador vino á separarnos, pero tuve tiempo de dirigír á Diana un tierna mirada que le decía tan claramente la devoción de mi alma, y me dijo casi contenta:

—Adios, amigo mio.

XVII.

En la mañana siguiente cuando bajó al jardin, en mi saludo adivinó la resignación: había comprendido y debía evitarle el disgusto de la despedida.

—Sois muy bueno, me dijo, y quereis evitarme hasta el sentimiénto de haberme mostrado cruel. Andrés, vos lo sabeis, el deseo de vuestra felicidad podía solo decidirme á causaros un disgusto.

—Sí, lo sé, respondí: os doy las gracias por haber juzgado mi afeccion igual á la vuestra... Quiero ser digno de vos para que esteis orgullosa de mí.

—Os amo tambien, amigo mio; gracias por vuestra generosidad; esta honrosa palabra de separacion me ha sido muy dolorosa, os lo juro.

—Querida madrina, si no la hubiéseis pronunciado, en algunos dias era preciso decirla...

—¿Pensais en partir? dijo aterrada.

—Si, lo habia resuelto, pero no sin tristes combates; os lo juro tambien, repuse vivamente, y puesto que acabais de tocar esta cuestion de mi porvenir, es preciso que á mi vez confie en vos cualquier disgusto que debiérais sentir.

—¡Dios mio! ¡Me asustais. Andrés!

--¡Oh! tranquilizaos, no se trata mas que de una cuestión entre Mr. de Maufert y yo.

—¡Pero esto es precisamente lo que me causa horribles angustias! Tengo miedo por vos, y por esto he querido tambien alejaros.

—¿Era esa la razon?

—¿Cómo hubiera tenido tanto valor, si no hubiera sido por salvaros? esclamó con una efusion que me conmovió hasta el fondo del alma.

—Hablad, os suplico, continuó; desde hace algun tiempo, pasa entre vosotros cosas que ignoro; él sabe cuanto os quiero, y cuando le pregunto por voz, su irónico silencio me hace temerlo todo... Decid, ¿qué os ha sucedido?

Olvidabu mi desgracia, mi amor, para no ver mas que su solicitud, y no dudé en revelarle el fatal conflicto que dentro de poco tiempo sabria. Atenuaba sin embargo mis quejas, temiendo no exponerle á avergonzarle del nombre que llevaba. Cuando hube terminado, esclamó con animacion:

—¡Luchad, luchad! La avaricia le hace capaz de todo. ¡No cedais; defended vuestre honor y salvad vuestra vida!

Y en el impetuoso arranque de su indignacion, sus dulces ojos lanzaban rayos.

Nunca la habia visto tan hermosa.

—¿Qué dice Granger? repuso.

—Espera.

—Confiad en su experiencia. Es creible que

venga; le escucharé en uno de mis paseos. Es preciso que le hable.

Con una misma opinion nos decidimos á que no debia dejar el castillo antes de la decision del consejo de familia. Gracias al subterfugio imaginado por Granger, no me declaré en guerra abierta contra mi tutor, puesto que mi demanda de emancipacion se fundaba solamente en proyectos de viaje. Una ruptura súbita y brutal hubiera de repente denunciado por mi parte miras hostiles y mudado mi justa pretension en una formal acusacion. Asegurados con el plazo, olvidamos nuestras tristezas, y con un acuerdo tácito, no se pronunció mas la palabra separacion.

Algunas entrevistas con Granger, á las que mi madrina me habia suplicado no asistir para que pudiese decirle todo, y de las que me daba conocimiento, nos habian fortificado contra los azares que iba á correr. Todos los dias conferenciábamos los dos, teniendo el Código á la vista y discutiendo de antemano las imaginarías objeciones de mi tuttor. Estaba admirado de la rapidez y de la rectitud de las apreciaciones de Diana; ella me sugeria con su instinto argumentos tan precisos, que un jurisconsulto no hubiera despreciado.

Una mañana recibimos una carta de mi notario, que nos citaba en un sitio convenido del bosque.

—La reunion està convocada para el jueves, nos dijo.

—¡El jueves! esclamó Diana, ¿tan pronto?

—No somos dueños de fijar el dia, señora condesa; el juez de paz debe presidirnos.

—¿Y creeis, repuso ella, que se decidirá en una sesion...?

—No lo espero, replicó el anciano notario: por eso estoy cierto ahora de que se promoverá un incidente que habia previsto, y que probablemente nos envolverá en un proceso. Para discutir este punto es por lo que os he citado aquí. Ayer fué á verme Mr. de Maufert; me ha interrogado sobre el objeto de esta reunion del consejo. Creed que lo sabia como yo; pero en fin, es una cuestión de formas, y mi ministerio me obligaba á responderle, á fin de que pndiera preparar los documentos necesarios. No ha dicho nada sobre vuestro deseo; sabe que seré su adversario en este debate; sin embargo, tengo mucha experiencia de los hombres para comprenderlos á la primera palabra, y casi juraría que va á oponerse á vuestra demanda. ¿Estais decidido, señor baron, á seguir este asunto?

—¡Mas que nunca! esclamé sin titubear.

—Es preciso, dijo mi madrina. El desistir manifestaria un temor del que mas tarde se podria sacar ventajas.

—La señora condesa ha comprendido perfectamente el peligro, repuso el notario; pero una vez emprendido el asunto, será preciso ir hasta el fin, aunque debiésemos apelar á los tribunales...

—¡Salvemos el porvenir de Andrés! dijo Diana.

Despues de una larga discusion sobre nuestras esperanzas del éxito, nos separamos. Quedó determinado que el pretesto de mi emancipacion seria un viaje á las Indias con mi jóven primo Clarencey y un proyecto de asociacion para el desmonte de sus tierras de Pendjab, y suponiendo que mi ausencia debia durar muchos años, necesitaba la regularizacion de mis cuentas de tutela.

Hacia apenas una hora que habiamos vuelto á Maufert cuando ví llegar á Bastien. Habia designado á este honrado jóven Granger, como un intermediario seguro y fiel en quien podia confiar, que él era el que llevaba muchas cartas, y no hubiera sido prudente entregar á la dudosa discrecion de los criados del castillo. Bastien me traia las siguientes líneas escritas apresuradamente con lapiz en la desgarrada hoja de una cartera:

«Cuando me separé de vosotros encontré un pícaro de unos quince años que debe ser un cabrero de Maufert, y que al parecer me espiaba: me ha seguido por el camino hasta Thilay, sin duda para informarse de mi nombre en la posada en que habia dejado mi carruaje. Mientras enganchaban mandé un propio á Bastien. Estad sobre aviso, y recordad que espian vuestros pasos. G...»

—Debe ser el malvado Lázaro, el hijo del viejo Letourneux el brujo! dijo Bastien. Voy á

esperar su vuelta. Son conocimientos de Plácido...

Bastien no se engañaba. Era efectivamente Lázaro, quien habia seguido al notario despues de su encuentro con nosotros en el bosque. El contrabandista lo supo pronto: prometió vigilar á este malvado.

—No le perderé de vista, me dijo, pero desconfiad.

XIX.

La mañana de este jueves que debia ser la aurora ó el pálido crepúsculo de mi vida, hice ensillar un caballo para adelantarme á mi tutor en Monthermé y recibir las últimas instrucciones de Granger. Al despedirme de Diana, estaba muy conmovido.

—¡Animo! me dijo ella; he orado por vos. Tened confianza en Dios.

—¡Ay de mí! respondí; tengo hoy miedo del resultado, porque entonces tendré que dejaros.

—Andrés, ¿qué decis? ¿Aceptaríais la felicidad á costa de vuestra dignidad? Pensad en que vuestra derrota me heriria en mi mas cara afeccion. Estad tranquilo: á ello se deberán vuestra vida y mi dignidad.

—Pero cuando esté lejos, ¿qué será de vos?

—Viviré con mis recuerdos, respondió con orgullosa melancolía. Ahora, amigo mio, partid, y que Dios os ayude.

Y al darle la mano me acercó dulcemente y depositó un cariñoso beso sobre mi frente.

Partí apresuradamente cegado por mis lágrimas. Me parecia que acababamos de romper el último eslabon de un pasado tan dulce. Corria tras de una desgracia cierta: mi victoria me separaria de ella; mi derrota me degradaria á sus ojos y me reduciria para sjempre á una vergonzosa servidumbre, Devoraba el espacio; en una hora llegué á casa de Granger. Le encontré sério y recogido como á la aproximacion de un gran acontecimiento.

Yo no debia asistir al consejo: mi anciano defensor deseaba, sin embargo, presentarme á los amigos ó parientes lejanos de quienes dependia mi suerte. Adiviné su pensamiento.

—¡Quereis hacerle ver primeramente que no estoy loco! le dije sonriendo amargamente.

Un criado vino á aunciar la llegada de algunos de los miembros del consejo. Nos trasladamos al salon. El silencio que causó mi entrada, me dió á conocer que mis jueces estaban ya prevenidos. Y el asombro se pintó en sus rostros cuando fuí á saludar á cada uno de ellos. Sentia caer sobre mi sus miradas, que me importunaban y me turbaban, me fué preciso hacer un esfuerzo para dominar el miedo: una palabra, un gesto que les hubiera parecido estraño, y era perdido sin remedio. Felizmente Granger los distrajo; recobré mi tranquilidad y hablé de mis proyectos de viaje con una li-

bertad de inteligencia que disipó muy pronto las dudas que habia visto asomar al principio.

La llegada de M. de Maufert, seguido del juez de paz, constituyó la reunion en sesion y me retiré. Mi tutor me acompñó hasta la puerta con la mayor afabilidad y como si fuésemos los mejores amigos del mundo.

Entré solo en el despacho de Granger, y no pudiendo soportar las angustias de la espectativa, salí. A diez pasos de la casa encontré á Bastien.

—La señora condesa me envia, me dijo. Me ha encargado que ronde por aquí á fin de estar pronto á serviros si teneis necesidad de alguien.

Bendije à Diana en el fondo de mi corazon: habia presentido la amargura de esta hora de soledad.

—Sígueme, le dije, y gracias por haber venido.

Caminamos sin objeto para matar el tiempo.

Bastien se esforzaba en distraerme y hablaba de todo lo que nos rodeaba; pero yo no le escuchaba; pensaba en los azares del presente, buscaba en mi inteligencia hasta la palabra mas insignificante que habia pronunciado delante de los árbitros de que dependia mi vida... ¿Habria divagado?... Tenia miedo.

—¡Bastien! ¡Bastien! esclamé, ¡háblame de Diana!

Bastien me miró sorprendido.

—Vamos, señor Andrés, no os afecteis. Todo

terminará bien. La señora condesa me lo decia al mandarme aquí. ¡Os ama demasiado para que se atrevan á haceros tanto mal!

La mas cruel inquietud me oprimia: empezaba á dudar de mí mismo, espiaba en los pasageros indicios de piedad. Al volver una calle, una jóven se volvió y me siguió un instante con la mirada... Palidecí y me sentí desfallecer.

—Parece que le habeis gustado, me dijo riendo Bastien: es muy guapa.

No sé cuanto tiempo anduvimos y por dónde. Cuando volviamos á la calle que habitaba mi notario, vi á lo lejos salir á Mr. de Maufert y á todos los miembros del consejo que subian á sus carruajes. La sesion habia terminado. Un minuto despues me reunia con Granger.

—¡Ah! ¿aquí estais? me dijo: temia que hubieseis partido.

Por su acentó adiviné su choque.

—¿Estoy condenado? le dije.

—No, no, repuso vivamente. ¡Qué de prisa vais, señor baron! No se condena asi á las personas. Vuestro preceso no está perdido ni ganado; solamente está aplazado. Pero sentaos para escucharme tranquilamente.

—Es preciso deciros primeramente, continuó, que habeis hecho maravillas para esos señores. No habiéndoos visto desde hace un año, estaban prevenidos, no os lo ocultaré, por las calumnias que conoceis. Vuestra actitud les ha cautivado de repente; habeis estado ad-

mirable, tranquilo y sencillo. Despues de vuestra salida ha sido muy vivo el debate. Ha sido preciso atacarle rudamente, y colocar á M. de Maufert en la alternativa de acceder á vuestra peticion ó de provocar resueltamente vuestra interdiccion. El conde ha concluido por exigir un reconocimiento facultativo.

Al oir estas palabras, un estremecimiento conmovió todo mi sér.

—¡Un reconocimiento facultativo! esclamé.

—En el estado en que están las cosas, no debo ocultaros nada, señor baron: dentro de seis meses sufrireis la misma prueba.

—Así, pues, se ha atrevido á declararme como loco.

—Pero el consejo dista mucho de estar convencido, puesto que ha desestimado la oposicion de vuestro tutor hasta nuevo y mas estenso informe.

—¿Y cuándo deben someterme á esta humillacion?

—Todavia no se ha fijado el dia... ¡Oh! no temais; os bastará solamente presentaros en el consejo que os interrogará: únicamente dos médicos estarán presentes, y no os costará mas trabajo triunfar que hoy.

Me despedí del notario, y aterrado por la decision de mis jueces me reuní con Bastien.

—He mandado vuestro caballo, me dijo; la señora condesa ha dicho que volveriais conmigo y ha hecho venir un carruaje.

Volví á Maufert, víctima de un horrible desa-

liento. A media legua del castillo vi á Diana que me esperaba en el camino; bajé y di órden al cochero de entrar.

—¿Qué ha pasado? me dijo, así que estuvimos solos.

—¡Me ha declarado loco! respondí con amarga agitacion, y una reunion de médicos decidirá de mi suerte.

—¡En nombre del cielo, tranquilizáos, amigo mio! esclamó. ¿Os dejareis abatir cuando solo depende de vos ganar este pleito?

Oyéndola hablar tenia vergüenza de mí mismo. ¡Cómo! ¿el resorte de mi voluntad se habia pues roto al primer esfuerzo de la lucha? Acudí á toda mi energia para ser al menos digno de Diana. Entonces le conté detenidamente los episodios de este dia: lo meditó y comentó con tan encantadora confianza, que colmó mi dolor... ¡La amaba!

XX.

¡Ay de mí! mis últimos dias de alegria debian brillar en medio de tempestades, y mi triste corazon se sentia morir, La ternura de Diana era impotente para volverme la fé. Una preocupacion horrorosa, y que yo no me atrevia á decirle, me habia dominado; una idea fija, inexorable, me asediaba. ¿Qué iban á decir de mi vida? No podia engañarme. Esta calumnia que yo habia despreciado se habia levantado de repente delante de mí al primer paso,

como para cerrarme el camino del mundo. ¿Habia encontrado eco en los que la ley encargaba de protejerme? ¿No estaba pues, ya, bajo el derecho comun, puesto que se atrevian á condenarme á tan humillante prueba?

Esta cruel decision de mis jueces, que temian atestiguar mi razon sin un reconocimiento facultativo, no suponia ya mi interdiccion. ¡Si sucumbiera en esta terrible lucha en la que se decidia de mi destino! ¡si la emocion ó el miedo paralizaban mi inteligencia! En todas las horas del dia, veia este frio tribunal escudriñando mi rostro, espiando mi pensamiento; observando mis angustias. ¿Estaba bien seguro de mi razon, yo que me abandonaba á una pasion insensata, casi impía? ¡Mi mismo amor, mi santo amor me era sospechoso!

Diana comprendia mis penas y me preguntaba desolada... ¿Cómo revelarte estos tristes combates?

En vano queria dominar mi vergonzosa debilidad; pero los siniestros presentimientos aumentaban cada dia mas enconados. La presencia de mi tutor era un suplicio. Aspero, implacable, se hubiera creido que seguia en mi frente las sombras de éste terror que me dominaba. Sospechaba por su humor agresivo, que esperaba precipitarme á alguna deplorable escena delante de sus criados, y casi pudo conseguir su objeto; pero leí en los ojos de Diana tan ferviente súplica que me contuve. Entonces observé con asombro un estraño cambio en la

actitud de mi madrina; aquella tranquila y digna arrogancia con que dominaba al conde parecia haberse abatido; no se atrevia á defenderme, y algunas veces creia verla estremecerse bajo la mirada de este marido indigno de ella, como si hubiera temido que penetrase algun secreto de su alma. Comprendí entonces que la arrastraba en mi caida. Por todas partes veiamos estrecharse la sombria trama: salíamos al bosque y encontrábamos al pequeño cabrero que habia una vez seguido á Granjer hasta Thilay, y que Bastien me habia designado con el nombre de Lázaro; en el parque sucedia encontrar de repente á Plácido en medio de una alameda, como si nos hubiera espiado, oculto detrás de los arbustos, para oir nuestra conversacion. Primero desprecié este vil espionaje, pero muy pronto temí nuevas perfidias: la obsequiosa sonrisa del administrador manifestaba no sé que baja ironía que no me atrevia á definir: se hubiera creido que penetraba el triste secreto tan profundamente oculto en mi corazon.

Los dias corrian, y viviamos en medio de nuevos temores, cuando una mañana por una carta de Granger traida por Bastien, supimos que el temido dia estaba fijado, para el lúnes siguiente. Me puso tan pálido al saberlo, que Diana se dirigió hácia mi para sostenerme.

—¡Andrés! esclamó, ¿no amais pues nada en el mundo, para desesperar así de vos mismo y de la vida?

Quise disimular mi debilidad.

—¡Ah! dije, perdonadme que tenga miedo; pero temo el destierro á que voy á ser condenado y me pregunto qué haré separado de vos.

—¡Separado!... Andrés, no es vuestro corazon el que habla, este corazon que en nuestras espansiones de hermano concebia tan bien la eterna duracion de las santas afecciones!

—Solo el amor hace semejantes milagros, dije melancólicamente.

Al oir esta palabra que escapaba de mis lábios como un suspiro de desaliento, Diana hizo un movimiento de espanto.

—¡Pues bien! repuso inmediatamente, salvaos por el amor.

—¿Qué decis?

—Hace tres meses. prosiguió con voz insegura, amais á Andrés, lo sé, puesto que Magdalena y yo os hemos arrancado la confesion... Entonces sufriais; ¿estais, pues, curado?

—No, pero la que amo, no lo sabrá jamás!

Sus ojos se detuvieron sobre los mios, con una espresion indefinible y que me conmovió profundamente.

—¿Qué importa que lo sepa? Hay para esos amores regiones mas elevadas, en las que los sufrimientos son bendecidos por Dios que él solo los comrpende.

—Ese es el martirio, murmuré amargamente.

—Pues bien, sed un màrtir, Andrés dijo con exaltacion: ¡pero si vuestra mano se consume en las torturas de la vida, que sostenga toda-

via el remo sagrado! ¡Que vuestro ídolo quede de pié, y que la imágen evocada en vuestros ensueños no se separe de vos con desprecio!

—¡Ah! respondí; seré digno de ella, os lo juro. y digno de vos.

Un grito de alegria respondió á mis palabras. Mi mirada buscó la suya, me pareció transfigurada: pero de repente, como abatida por el esfuerzo que habia hecho vaciló y se cubrió el rostro, y como aquel dia en que habia hablado de mi partida, prorrumpió en sollozos.

—¡Querida madrina, no lloreis! esclamé desolado; ¡no lloreis!

—En el tumlto de sentimientos que me oprimian no encontraba otra palabra para consolar su pena. Estaba á la vez conmovido con ver correr sus lágrimas y orgulloso de ser objeto de una amistad tan profunda que tomaba al amor su elocuencia, su desdén y su pudor.

—¡Diana, olvidaba una hora de estravío! esclamé. ¡Ah! ¡vuestra pena me espanta mas que mi propia angustia! Por vos quiero vencer las humillaciones y los insultos; por vos quiero vivir libre y estimado.

—¡Si, por mi, os lo suplico! respondió, ¡por mí, que no tengo mas cariño que el vuestro!

Me suplicaba y sentia yo despertarse en mí esas radiantes ilusiones que un dia me habian acariciado. «¡Dios mio! ¿qué nombre dar á esta armonía de nuestras almas? me decia. ¿Es, pues, superior á las pasiones terrestres una san-

ta ternura, una alegria desconocida que solo sienten los ángeles?»

Robustecido un momento en los orígenes sagrados del amor y de la la fé, era sincero y creia haber rocobrado mi fuerza; pero, ¡ay de mi! no fué mas que un rayo de luz en la noche que me rodeaba. Muy pronto las oscuras visiones que turbaban mis sueños volvieron encarnizadas. En el desórden de mis insomnios perdia la poca energia reunida en el dia y observaba con espanto el desaliento que me dominaba. Mi voluntad sola lo sabia; podia defenderme contra la funesta herencia que me amenazaba; pero el sufrimiento me perseguia, y sentia poco á poco dominar mi inteligencia este horroroso pensamiento: "¡Es posible que sea yo loco!„ Despues recordaba los frecuentes casos de locura producidos por la tortura moral y las persecuciones... "Conseguirán su objeto„. Una fiebre nerviosa me consumia; no me atrevia á salir del castillo; huia de la gente; una palabra, una sonrisa, me hacian desconfiar; y como habia ya esperimentado en Montmorency algunos dias antes, me parecia que era objeto de todas las miradas, objeto de todas las conversaciones. Una mañana me encontraba casualmente cerca de un manantial lavadero público de la aldea, y algunas campesinas reunidas se pusieron á mirarme: se habian callado repentinamente á mi llegada, y pensé que hablaban de mí. Una pueril timidez se apoderó de mí viendo su curiosidad, y me de-

tuve, dudando seguir mi camino. No sé si comprendieron mi embarazo: las viejas hablaban entre sí.

—¡Qué lástima!.. dijo en alta voz una jóven.

Volví atrás. Oí una carcajada.

Indignado con mi pusilanimidad, quise volver sobre mis pasos, y tuve miedo; me parecia escuchar esta voz que repetia: «¡Qué lástima!» Esta palabra heria mi oido como una queja, y á pesar mio repetia maquinalmente: "¡Que lástima! ¡Qué lástima!„

Hasta la tarde, permanecí anonadado por el horrible pensamiento de que todo el mundo sabia que estaba loco. "¡Qué lástima! ¡qué lástima!„ Muchas veces Diana se asombró de esta palabra que decian mis lábios y no contestaba á nada: no me atrevia á revelarle mi tormento y procuraba aparecer alegre.

—Andrés, me dijo con un gesto suplicante. Cesad, os lo suplico. Sufris· lo veo, y vuestra alegria me hace mal.

A costa de mi vida hubiera querido evitarla un dísgusto; pero la fatal mania resistia á mi amor: la túnica de Neso me abrasaba, me devoraba. A cada momento me decia: "¡No, yo no estoy loco!„ Esta idea incesante resonaba en mi inteligencia, agitaba todos los lóbulos de mi cerebro, como las olas embravecidas las rocas de la playa; y la desgraciada imágen de Diana, que llevaba en mi corazon, ¡lloraba, lloraba por mi martirio!...

XXI.

Por no haber tenido noticias mias desde algunos dias, querido Wilhelm, me acusas de olvido y de pereza, dos palabras que disuenan en el lenguaje de nuestra amistad; pero en despecho de tus invectivas, reconozco bajo tu burlona lijereza los cuidados de un corazón paternal, y quiero tranquilizarte sobre lo que llamas la desercion de mi alma.

¿Eres, pues, de aquellos que, no buscando en la vida la realización de sus sueños, están prontos á dejarla como una molesta carga el dia que sus esperanzas no los sostienen mas sobre sus alas? No, amigo mio, no, yo no me abandono, por que hay en los inmensos dolores del amor una secreta voluptuosidad que nos sublima, nos eleva sobre las miserias humanas.

El sufrimiento fecunda las almas creyentes: no estiriliza mas que á los ateos.

El pobre Schultz es todavía la causa de mi silencio. Hace una semana que no sé que tristeza le anonada: está abatido como presintiendo un dolor cercano. No me atrevo á separarme de él, temiendo un ataque. El mismo comprende el peligro, porque desde por la mañana entra en mi habitación y no le veo algun tanto tranquilo mas que cuando está seguro de tenerme á su lado todo el dia; entonces me propone alguna escursion por el campo.

Partimos y almozamos bajo alguna parra amarillenta á la puerta de una cabaña aislada.

La naturaleza esparce al rededor nuestro los esplendores moribundos del otoño. Conversamos, filosofamos, y Schultz olvida sus terrores. Asisto con alegría á la resurreccion de esta hermosa inteligencia, tan solícita y tan profunda. Volvemos por la tarde á la hora de comer, los niños salen á nuestro encuentro, y veo á mi sublime dialéctico volverse niño por sus caricias. Los alemanes tienen una secillez de corazón, una tranquilidad del alma que les hace encantadores.

Wilhelm, si vieras á Schultz en medio de su familia, comprenderias el orgullo que siento. Mad. Schultz es una de ésas bellas y cariñosas esposas que han adivinado los cánticos de Salomon, y su gracia, á la vez entusiasta y silenciosa, estiende en toda la casa como un sano perfume de amor, que no puede alterar la adversidad. Paso las noches en familia, porque desde hace algun tiempo como en su mesa; todos me aman, puesto que Schultz me ama, y se diria, viendo la efusion de su cariño, que han penetrado mi doloroso y oculto secreto.

Ya veo que estarás tranquilo, amigo: si alguna cosa me sucede y que haga creer que desfallezco en mi tarea, no me condenes.

XXII.

Sin embargo, nos encontrábamos en la víspera del temido dia. Diana adivinaba el estado de mi alma. La ví tan triste una mañana, mi-

rándome fijamente, que tuve vergüenza de mi abatimiento. No sé qué voz me gritaba que huia delante de una sombra; resolví, aunque debiera perecer, combatir una á una las flaquezas bajo las que habia estado plegado hasta entonces.

Ataqué de frente el espectro de mis espantos volviendo á leer los documentos de mi proceso. Me sorprendia mi calma, y para acostumbrarme á la discusion, escribí á Granger una larga carta, en la que atacaba, con la minuciosidad de un legista, todos los puntos dolorosos de este supremo proceso.

Estaba contento de mí mismo; sin embargo, era preciso ir á la poblacion para entregar á Bastien esta carta. En el momento de partir, un presentimiento funesto detenia mis pasos. A la idea de que iba á volver á ver las lavanderas, una nube veló mis ojos, pensé dar un rodeo... pero habia jurado no ceder y seguí mi camino.

Cuando dejé el castillo ví al cabrero que me espiaba por encargo de mi tutor; pero ya habia conseguido sobre mí mismo una gran victoria para no conmoverme con este incidente, y no me volví.

Llegué al lavadero y sostuve sin turbarme las miradas fijas en mí: reí de mis locos terrores de la víspera. Atravesé atrevidamente el camino, y las gentes me saludaban á mi paso. Encontré al cura, y me detuve para hablar con él: nada en su conversacion me manifestó vio-

lencia. Evidentemente no me creia loco. La confianza volvió á mí: comprendia que encerrado en mis sombrios pensamientos, habia, sin saberlo, conjurado fantasmas que me bastaba tocar con la mano para hacerlos desaparecer. Seguramente que las calumnias de Plácido no habian tenido eco, y el indigno complot iba á causar la confusion de mis enemigos.

Pero cuando me veia salvado estaba al borde del abismo.

Habia encargado á Bastien de mi mensaje, y volvia feliz por haber sacudido el yugo del terror, cuando en la plaza de la Iglesia me ví rodeado por una turba de muchachos, en medio de los que gritaba Lázaro, este malvado, pagado sin duda por Plácido, y que habia dejado cerca del castillo.

Incomodado por sus risas, me detuve, y ellos hicieron lo mismo. Irritado, hice ademan de pegarles: algunos huyeron; pero Lázaro empezó á burlarse: dos ó tres de los mas atrevidos le imitaron, saltando alrededor mio y gritando:—¡Eh! señor inocente, ¿quereis bailar?

Al ruido, los vecinos salieron á las puertas de sus casas, y fuí el objeto la curiosidad de todos. Viéndome juego de estos implacables muchachos, perdí la cabeza y me lancé en persecucion de Lázaro, cuya audacia me designaba como instigador de este complot... cuando de repente al otro estremo de la plaza ví á Plácido, que me miraba sonriendo.

Un rayo de luz iluminó mi pensamiento:

adiviné que el habia fraguado este escándalo. Mi furor se volvió hácia él me precipité en su persecución: eché á correr y dimos casi toda la vuelta á la plaza, en medio de los gritos que me aturdian. Iba á alcanzarle, cuando se refugió en una tienda y se encerró en ella.

Me precipito contra la puerta con tal furia, que los cristales volaron en pedazos: me dijeron que el malvado habia salido al campo por otra puerta. Me detuve: aunque ciego por la cólera, coservaba bastante sangre fría para comprender lo ridículo y odioso de esta escena: los campesinos me rodeaban, haciendo en alta voz sus comentarios.

—¡Pobre señor! si no es malvado, decia uno, ¿por qué atormentarlo?

—Yo digo que no es un loco esclamó otro; bien veis que no hace gestos.

—¡La difunta madre era igualmente bondadosa!

Una mujor atravesó el grupo trayendo por un brazo á uno de los muchachos que me habian insultado.

—Vas á pedir perdon áMr. Andrés, le decía.

El niño, temiendo acercarse, ahullaba de terror y se agarruba á los vestidos de su madre.

—¡Es Lázaro! ¡es Lázaro! decia llorando. Nos ha dado cuartos para que gritásemos: ¡Al inocente!

—¡Pardiez! dijo el molinero, es un golpe preparado por ese miserable Plácido; habrá querido vengarse de los golpes que recibió.

Lágrimas de rábia asomaron á mis ojos. Inspiraba piedad... Huí... A la salída del pueblo me lanzé por medio de aquellos bosques.

—Han conseguido su objeto, pensé: ¡mañana seré loco!

En vano trataba de recobrar mi energía. Pero yo razono, yo pienso, me decia á mi mismo mi cerebro esta sano; ¡comprendo la infamia que meditan contra mí!... Reconocia estos árboles, estos senderos que tantas veces habia recorrido; los recuerdos del pasado se levantaban en tumulto, claros, luminosos como otras veces.

Un manantial murmuraba entre los peñascos, corrí á él, y me incliné sobre el agua, y estaba tan pálido que me dió miedo. ¡Ah! si Diana me viera así, sufriria, esclamé y no me atrevia á entrar en el castillo.

No sé cuanto tiempo erré por estos sitios; volvia á cada momento á mirarme en el manantial y siempre me veia mas pálido. Intentaba persuadirme que era juguete de una ilusion... ¿Hubiera pensado en Diana, si no hubiera sido dueño de mi razon? Además el agua estaba clara y serena, y todos los objetos, el cielo; árboles mas vestidos se reflejaban en ella con sus verdaderos colores.

No podia dudar, y comtemplaba fascinado esta imágen inmóvil, pálida, estos ojos fijos en los mios. Una angustia horrible me oprimia: recordaba la leyenda alemana de *El hombre que ha perdido su sombra*, y me preguntaba si

yo habria mudado para siempre el aspecto de un viviente por la lividez de un muerto. Pasaron unos viñadores y me oculté para no asustarlos.

Sin embargo tan larga ausencia debia inquietar á Diana. Por la tarde volví al castillo, escalé el muro del parque y me deslizé hasta mi habitacion sin haber tropezado con nadíe; pero allí me encontré de repente con el viejo Fritz, que me esperaba.

—Han llamado para comer, me dijo.

—¿Se viste el señor?

—No, vé á decir á mi madrina que estoy un poco fatigado y que le suplico me escuse.

Iba Fritz á salir y le llamé.

—¿No me encuentras nada estraño esta tarde? le dije.

—Nada, me respondió mirándome sorprendido, á no ser que vuestro vestido está desgarrado. Os habeis enganchado en algunas espinas.

Asi que hubo salido, mi primer movimiento fué correr á un espejo.

La horrorosa lividez me parecia todavia mas intensa á la luz de la lámpara. Un sudor frio inundaba mi frente: no podia dudar, era juguete de una alucinacion, la locura iba á caer sobre mi!

Fritz volvió trayendo mi comida.

—La señora condesa, me dijo, estaba muy ínquieta; queria venir á veros...

—Cierra todo, esclamé; que no pueda entrar!

—¡Oh! la he tranquilizado repitiéndole que solamente estais muy fatigado.

—Bien, déjame; tengo que trabajar.

—Pero dobeis tener hambre; voy á serviros.

—No, no tengo necesidad de nada, vete!

. . . . . .

. . . . . .

La noche y el silencio envolvian el castillo.

Analizaba uno por uno los terribles síntomas y me horrorizaba la lucidez con que se representaban á mi inteligencia las trágicas historias de personas vueltas locas por la perversidad de parientes ávidos... Loco de terror, tomé en mi biblioteca las obras de Esquirol, de Briére, de Boismont y de Willis, y lei sus estudios sobre las alucinaciones; pero solo encontraba en ellos un nuevo origen de desaliento. Cada descripcion de un loco me parecia un espejo en que me reconocia, y como un anatómico que sintiera en su pecho las heridas de su escalpelo, pasaba por los trasportes, las atonias, el espanto con que yo seguia la fúnebre narracion. Queria rechazar estos augurios infernales: ¡imposible! Una fascinacion irresistible clavaba mis ojos sobre las páginas y las devoraban anhelantes. Algun obstáculo horroroso habia detenido la hilacion de mis ideas; era preciso seguir hasta el fin esta horrible evolucion de donde iba á salir pulverizado.

Ignoro cuándo tiempo permanecí sobre este abismo... En un momento me sorprendí gesti-

culando como uno de los poseidos de Kaulbach...

Me levanté; el libro cayó de mis manos, me arrojé sobre él y lo pisoteé con rabia...

XXIII.

Cuando llegó el dia me desperté en un sillon inundado el rostro de lágrimas, Los rayos de un sol pálido de Setiembre herian las amarillentas hojas, vapores blanquisimos se elevaban del lago y flotaban sobre la yerba como grandes sudarios movedizos; todo parecia morir, los cuervos volaban sobre las torres dando graznidos lastimeros.

Inutilmente queria recordar por qué me encontraba en mi biblioteca. Un ligero ruino se oyó en la puerta. Fritz se adelantó en puntillas y viendo que no dormia, dijo:

—Entrad, señora.

En el mismo instante Diana se presentó.

—¿Vos aquí? esclamé asi que Fritz nos hubo dejado.

—Sí, respondió: he visto brillar vuestra luz toda la noche, no me he atrevido á mandar á Catalina y muchas veces he tenido pensamiento de venir... ¿Andrés, qué os ha sucedido? Habeis sufrido, lo conozco.

A estas palabras recordé mi cruel velada.

—He estado ocupado con un trabajo... balbuceé.

Diana miró los libros esparcidos sobre la me-

sa; recogió el que habia aplastado bajo mis piés: quise arrancárselo, una hoja quedó en sus manos y la miró.

—¡Dios mio! dijo.

Permanecimos un momento sin hablar, todo revelaba alrededor mio las disolventes debilidades de la noche; la llaga de mi alma estaba desnuda, tenia miedo de irritarla.

—¿Estoy muy pálido, no es esto? murmuré sorprendiendo su mirada fija en la mia.

—¡Andrés! ¡Andrés! dijo enseñandome la hoja rota; ¿por qué os habeis espuesto á este tormento?

—He querido conocer mis fuerzas.

—¡Imprudente! ¿no sabeis, pues, que una horrible preocupacion puede producir turbacion en la inteligencia mas firme?

—¡Oh! lo sé, respondí amargamente, puesto que he sucumbido.

—¡Andrés! ¿qué decís?... En el nombre del cielo, no os dejeis abatir.

—Esto ha concluido; estoy demasiado cansado para sostener la lucha.

—¿Pero habeis olvidado que es hoy cuando defendereis vuestra causa?

--No, pero no puedo defenderme; no me presentaré delante de los médicos... Voy á volverme loco; ya lo estoy, han dicho la verdad. Lo poco que me queda de mi razon aquí, se desvanecerá allí. No iré.

—Pero eso es perderos sin remedio, Andrés:

¡pensad en vuestro porvenir, en vuestra vida, en vuestra líbertad!

—No tengo porvenir; mi vida no tiene objeto; ¿por qué les disputaré mi libertad? ¡Que se apoderen de mis bienes! así es mucho mejor... Mi tutor no podrá al ménos separarme de vos, y no gemireis en la soledad.

—¿No gemiré?... esclamó con un acento de reproche, que hizo estremecer todo mi sér; ¿no gemiré... cuando os vea envilecido? Andrés, amigo mio, observad que vuestros sentidos se estravian... Cuando éramos niños, juré á vuestra madre velar por vos...

—Mi corazon ha muerto, y mi pobre madre murió como yo moriré.

—Diana me escuchaba consternada; por primera vez era insensible á su ternura.

—¡No, esto es imposible! repuso con un movimiento de desesperacion. ¡Dios no puede consentir tal desgracia! ¡Andrés, os ruego de rodillas!...

Casi delirante á mis piés, los ojos secos, estrechaba mis inertes manos en las suyas; su dolor era desgarrador.

—¡Ah! ¡perdon, perdon! esclamé, tengo miedo!...

—¡Andrés! ¡si os merezco algun afecto, no os abandoneis así!... tened piedad de mí... Destruis en un dia todos mis goces en el mundo. ¡No condeneis mi alma á un duelo eterno!

Los sollozos estinguieron su voz; la contemplaba estúpidamente, estraviado, y repetia, á

pesar mio, esa palabra que ya otra vez la habia sonrojado tanto: "¡Qué lástima! ¡Qué làstima!

Un grito se escapó de su pecho, sus manos se helaron, y cayó sobre el suelo.

Comprendí que iba á matarla si no dominaba mi vergonzosa debilidad: pero no encontraba en mi cerebro mas que un vacio inmenso, en el que resonaba como un eco siniestro. "¡Qué lástima!„ Y asi permanecia aturdido, avergonzado; ante esta desolacion que hubiera querido calmar á costa de mi sangre.

—¡Ah! ¡yo quiero morir! ¡yo quiero morir! murmuré.

Diana me miró estraviadamente. Tuvo un momento el pensamiento de que la demencia la habia atacado como á mí; pero de repente dominando su afliccion, dijo con una resolucion suprema:

—¡Ah! ¿qué me importan mi esposo, mi felicidad y mi dignidad? Dios me perdonará... ¡Es preciso salvarle!

Y enjugando sus làgrimas de rodillas delante de mí, agitada, su mirada fija en la mía:

—Andrés me dijo en voz baja, pero con un acento tan profundo que sentí palpitar toda su alma. Andrés, sé el secreto de vuestro sufrimiento, me lo habeis revelado en una noche de delirio! me amais!

—¡Dios mio! esclamé.

—Andrés, á mi vez os abro mi corazon... ¡Os amo...! ¿Quereis todavia morir?

XXIV.

Una hora despues, cuando bajé, M. de Maufert me miró con estupor. Habia yo destruido al demonio del mal, y la arrogancia en la frente, ó la sonrisa en los lábios como el arcángel, estaba animado del aliento de Dios. Mi tutor se volvió precipitadamente hácia Diana, como si hubiera adivinado que ella sola habia causado este milagro, y nos envolvió á los dos en una mirada de ódio; pero esto no fué mas que un relámpago.

Diana estaba pálida, conmovida y como asustada todavia por la confesion escapada de su corazon; y apenas se atrevia á levantar los ojos.

—¿Estais listo? me dijo secamente el conde. ¿Partís conmigo?

—Os doy las gracias, le respondí; he hecho ensillar á Ralph.

—Como gusteis.

Y recobrando su desdeñosa impasibilidad, fué á sentarse delante de una mesa llena de periódicos. Yo me acerqué á Diana.

—Tened cuidado, dijo ella con viveza; nos observa.

Esta palabra me oprimió el corazon; revelaba la angustia de esta alma tan pura y tan orgullosa; por primera vez temblaba delante de su marido; mi felicidad me oprimia como un remordimiento.

Un criado vino á llamar á M. de Maufert y quedamos solos.

Me causaba miedo lo que leia en su pensamiento; ella observó mi emocion.

—Andrés, me dijo, estoy un poco enferma; no os inquieteis por una melancolia sin causa en adelante, puesto que os veo confiado en vos mismo.

—¡Ah! respondí con tristeza, no seria digna de vos si no os comprendiera.

Ella se estremeció. Continué:

—Perdonadme que aumente vuestro tormento, pero yo quiero curarlo... Hermana, Dios nos juzga; ¿no veis sobre nosotros el alma de mi madre, que nos vé y nos bendice? Hay uniones que nos vienen del cielo. Mañana partiré, y cuando penseis en vuestro hermano, no olvideis que os venera de rodillas y que le habeis salvado.

—¡Oh! qué me importan mis tormentos. me dijo, si os librais de la desgracia? Andrés, os he dado mi alma y no lo siento. No pensad mas que en vos mismo, en vuestro porvenir, en vuestra felicidad. ¿Tendreis valor, no es verdad?

—¿Qué puedo temer ahora? Con una sola palabra me habeis hecho invulnerable. Desafio á la locura á que borre de mi alma vuestro recuerdo. ¡Esta es mi fé, mi orgullo, mi razon!

—Dios nos proteje, me dijo con una divina sonrisa; y tendiéndome la mano: no tengo ya miedo. Adios, hermano mio, gracias por este dulce nombre que nos une.

Partí embriagado con este adios supremo: si me hubiera quedado, me hubiera hecho traicion delante de mi tutor.

Galopando sobre Ralph, respiraba con avidez el embalsamador ambiente de los bosques: creia renacer á la vida, ideas de orgullo me subian á la cabeza, y apenas podia comprimir en mi pecho un entusiasmo desconocido... El amor de Diana me hacia feliz. Llegado á la plaza, en la que ví aparecer un dia un espectro de la locura, esclamé:

—¿Dónde estás, fantasma? Aquí me tienes, ¡te desafio!

Mis olvidados terrores no producian en mi alma más que un desdeñoso desprecio; creia, esperaba. Como el idólatra delante de su ídolo, caminaba en éxtasis, la mirada fija en el inmenso cielo, infinito como el amor. Esta prueba, quo tanto me apresuraba á sufrir y que tanto me habia aterrorizado, me parecia un juego. Era amado....

Llegué á casa de Granger, feliz, transfigurado. Hubiera querido tener que arrostrar uno de esos actos de heroismo que solo el amor se atreve á intentar. Al verme el honrado notario no podia creer á sus ojos, sorpendidos de mi alegria, en una ocasion tan grave de mi vida.

—Pues bien ¿qué teneis? le dije sonriendo.

—A fé mia, señor baron, babuceó, tengo... que me alegro mucho de encontraros asi... Habia temido... En fin, las circunstancias son

tan solemnes... y os habia visto tan... preocupado...

—Que vuestra preocupacion os ha hecho perder vuestra demencia, respondí alegremente. Vamos, amigo mio, examinadme á vuestro gusto, y persuadidos de que para ser enagenado no estoy demasiado abatido.

—¡Bravo! me gusta ese valor; nuestros negocios van por buen camino, Pero tened cuidado de que vais á comparecer delante de gentes que están mal prevenidas; nuestro éxito depende de vuestra sangre fria.

—Contad conmigo, mi querido señor; estoy sostenido por una conviccion que nada puede quebrantar. ¿Han llegado los médicos?

—Sí, esta misma mañana, y ya los he visto: son los doctores Rolles y Delatre. Su ciencia y su carácter nos ponen á cubierto de todo temor.

XXV.

Media hora despues estaban reunidos en el salon de Granger los individuos de mi consejo de tutela. Presididos por el juez de paz, estaban sentados al rededor de una gran mesa cubierta con un tapete verde. En uno de sus estremos estaban los dos médicos especialistas y el doctor que me habia asistido: al otro mi tutor y frente al presidente dos asientos reservados para Granger y para mí.

Abierta la sesíon, M. de Maufert tomó la palabra, y dijo:

—Antes de empezar este debate, séame permitido hacer una última tentativa de conciliacion. Ninguno de vosotros ignora las graves consecuencias que puede tener para mi pupilo mal aconsejado la separacion de una demanda de emancipacion inoportuna, y à la que mi deber me obliga á oponerme por razones que el interés mismo de Andrés me obliga á tener secretas. Es imposible no ver en este paso imprudente una señal evidente de hostilidad contra mis gestiones. Para todos vosotros, como para mi, este viaje á las Indias, tan súbitamente inesperado, y que no se puede retardar más de seis meses, no es más.que un torpe pretesto que apenas oculta una desconfianza ofensiva para mi lealtad. Las cosas, pues, han llegado á un punto, que nuestra deliberacion de familia podia llegar al tribunal y divulgar disensiones enfadosas ó... un infortunio irreparable. Por esto creeria faltar á mis deberes si no tratase de acudir á la prudencia de M. Granger. Mi nombre es segun creo una respuesta á las calumnias que se han atrevido á dirigir contra mí. Que mi pupilo retire su demanda y renuncie á una informacin peligrosa para él.

Granger iba á contestar, pero yo le detuve.

—Permitidme hablar, amigo mio, le dije, puesto que ademas estoy aquí para hacer decidir sobre la lucidez de mi inteligencia.

Un gesto del juez de paz me animó.

—No seria propio de mi edad, señores, proseguí, rechazar las palabras de conciliacion que el señor conde de Maufert, mi tutor, acaba de pronunciar, y voy á responder á su franqueza, no defendiéndome con lo que él llama un torpe pretesto, sino confiando en su lealtad. Un hombre pagado por él se ha atrevido á declararme como loco. Que mi tutor proteste contra esta calumnia: me someto con respeto á sus deseos y esperaré con confianza mi mayor edad.

Por el silencio que reinaba en la reunion, era fácil comprender que acababa de tocar en el fondo de la cuestion: monsieur de Maufert pareció dudar un momento, pero no le era posible retroceder.

—Mi deber y el cuidado de vuestra porvenir, dijo por último lanzando sobre mi su fija mirada, me prohiben protestar.

—En este caso, señor, respondí tranquilamente, dispensadme que sostenga mis pretensiones. No debo salir de aquí mas que independiente y rehabilitado ó destituido de mis derechos. Reclamo ese reconocimiento solicitado por vos y colocándome bajo la proteccion de mi consejo de familia, le suplico que dirija desde hoy mi porvenir que vos amenazais.

—¿Persistís en vuestras aserciones, señor conde? dijo el juez de paz, dirigiéndose á mi tutor. ¿Debo leer los documentos en que se funda la peticion de emancipacion solicitada por el señor baron?

—Persisto, respondió el conde.

El juez tomó entonces de la mesa un voluminoso manuscrito, cuya lectura empezó. Primero hacía la relacion brutal de la desgracia que habia pesado sobre mi familia durante dos generaciones. Siguieron despues certificados de los médicos que atestiguaban la locura de mi abuelo y de mi madre. Al leer tan cruel descripcion, el magistrado interumpió su lectura y me dijo:

—Hay aquí muy tristes emociones para vos: si deseais retiraros, vuestra presencia no es indispensable.

—El recuerdo de mi madre, respondí, fortalece mi corazon. Continuad.

Continuó entonces esta triste narracion de mis primeros dolores: la muerte de mi madre se referia con su cortejo de espantos y de angustias: despues de este lúgubre capítulo, la memoria proseguia con un acta de acusacion. Al principio era un tejido de hechos insignificantes y estraños, reliquias penosamente disputadas á los desvanecidos recuerdos de mi infancia y recogidos dia por dia con tal cuidado, que se adivinaba en ella la lenta premeditacion de mi muerte civil.

No pude reprimir una sonrisa de desden al oir esta singular requisitoria, en la que mis travesuras de escolar, mis caprichos de jóven, mis alegrias, mis tristezas, eran enumeradas como otros tantos síntomas de enagenacion. Llegó su vez á mis calaveradas de estudiante. M. de Maufert lo sabia todo: habia tenido su po-

licía en Heidelberg. El infame libelo estaba redactado con tanto arte, que al escucharle, yo mismo me sorprendí: las calaveradas de la juventud, multiplicadas, exageradas, contadas friamente, me parecian crímenes. Pero no habia una sola circunstancia de mi vida en la que no encontrase la influencia ó el recuerdo de Diana: su imágen brillaba sobre todos estos recuerdos del pasado: un pensamiento único triunfaba en mí: ¡era amado! Y cuando las venenosas páginas emprendieron la crónica de estos últimos meses, en los que cada hora era contada por los latidos de nuestros corazones, cerraba los ojos, desvanecido con mi sueño. Volvia á ver á mi hermosa madrina desvanecida, la cabaña del leñador y todos aquellos alegres dias en los que callábamos los dos, temerosos, asustados de la turbucion de nuestras almas.

Oí vagamente que mi tutor concluia afirmando una perturbacion completa de mi inteligencia, comprobada por testigos prontos á comparecer ante el consejo; pero yo no oia mas que una voz que murmuraba á mi oido: "Andrés, yo os amo. ¿Quereis todavia morir?„ Salí de mi éxtasis por estas palabras del juez de paz que me decia:

—Los testigos llamados, estando al servicio del señor conde, no pueden ser oidos mas que á título de indicios: sin embargo teneis derecho de recusarlos.

—¡Dios me libre de hacerlo! esclamé. Tengo

el mayor interés en que esta informacion sea ámplia y que no deje nada dudoso.

Introdujeron á Martin, el ayuda de cámara de M. de Maufert, inscrito el primero en la lista.

Entre todos los criados del castillo, este era el que debia serme más hostil, porque sabia que estaba en muy buena armonia con su señor para no desconfiar de él, y lo habia tratado siempre en esa atencion.

Interrogado por el magistrado, declaró que me conocia desde mi infancia; que habia observado siempre en mí estravagancias, cóleras súbitas, mudadas de repente en risas insesatas como las que tienen los locos: pero que mi enfermedad se habia principalmente caracterizado despues de mi vuelta de Heidelverg. Contó entonces todo lo que habia oido sobre esta célebre historia del bosque, el dia en que uno de mis ataques habia puesto en peligro la vida de la señora condesa; despues mi entrevista con Guillot y Plácido, y por último la noche en que mi tutor, obligado á llamar á sus gentes en su auxilio, habia debido su salvacion solo á la estrema violencia de mi cólera que me habia hecho perder el conocimiento.

Otro criado declaró en el mismo sentido: despues vino un obrero amigo de Plácido, que repitió que mi locura era conocida en el país, y que aseguró haberme visto la víspera bailar con los muchachos en la plaza del pueblo y perseguirlos un momento despues como un furioso.

—¿No teneis nada que oponer á estas declaraciones? me preguntó el juez de paz.

—Nada, contesté con desdén.

Tony, uno de mis criados, fué llamado. Este muchacho me era fiel, y me sorprendió verle alli. Intimidado por la reunion, embarazado con un francés británico, Tony chapurreaba ana apreciacion cuando el juez le interrumpió.

—¿Acompañábais al señor barón el día en que la señora condesa cayó con su caballo en los alrededores del paso de los Javalíes?

—Si, vuestro honor, respondió Tony, dando un suspiro.

—Decid lo que sepais sobre este accidente.

—Vuestro honor, el caballo es un hermoso animal, y no es culpa suya; pero le ha contrariado ser retenido; entonces huyó y...

—¿El señor baron parecia que estaba aterrorizado?

—Dispensadme, vuestro honor, el señor baron monta muy bien para temer; es un gentleman.

—Así, pues, ¿afirmais, repuso el juez, que el señor baron tenia al parecer toda su sangre fria en aquel momento, y segun vos, partió de repente porque su caballo se desbocó?

—Creo poder afirmarlo, respondió el criado. Sé muy bien que el señor baron tiene frecuentemente ataques, salvo vuestro respeto; pero aquel dia no observé nada.

—Aquel dia, decis. ¿Habeis sido, pues, testigo de alguno de esos ataques?

—Nunca, señor; pero me lo han dicho como á los demás.

—¿Quién?

—M. Plácido.

—Dispensadme, interrumpió Granger; pero deseo que el testigo explique lo que entiende por las palabras: "Me han dicho esto como á los demás.„ ¿Quiénes son, pues, los otros?

—Los que debian declarar, replicó Tony francamente. M. Plácido nos ha dicho lo que debiamos responder, puesto que él solo es el que ha visto al señor baron en sus horas de locura.

Mi tutor se mordia el bigote con impaciencia.

—Basta, dijo por último; eso no tiene sentido comun.

—Dispensadme, repuso Granger; el papel de este administrador que dicta declaraciones, nos es muy sospechoso; nos importa saber si ha habido presion ó amenaza.

—¡Oh! no, dijo Tony; Mr. Plácido no me ha amenazado: por el contrario, me ha ofrecido doscientos francos sobre mi salario para declarar segun sus instrucciones.

Mi tutor se agitaba sobre su sillon.

—¡Es falso! esclamó, y es estúpido...

—Haré notar al señor conde, replicó Granger con calma, que el único de que se trata aquí es de su administrador, de este mismo Plácido que se encuentra en el origen de to-

dos los rumores esparcidos contra nosotros, que nos ha difamado en un acto judicial, que él solo ha visto nuestros pretendidos ataques, y cuyos odios son de tal manera evidentes, que no se han atrevido á llamarle delante de nosotros.

—¡Basta! ¡Basta! esclamé levantándome; semejante debate empequeñece mi causa.

A una señal del juez, Tony se retiró.

—Protesto enérgicamente contra esta declaracion, dijo mi tutor.

—El consejo apreciará, respondió Granjer; os invitamos ahora, señores doctores, á que procedan á su reconocimiento, y esperaremos su declaracion para defendernos y sentar nuestras conclusiones.

Este terrible interrogatorio, que tanto habia temido, no era mas que un juego para mí: habia llegado el momento de confundir la calumnia: lo conocia en la fé que me animaba. A las tímidas preguntas que me dirigieron los médicos, contesté por un rasgo de audacia.

—¡Oh! no me trateis como á un niño asustadizo, esclamé orgullosamente: puedo sin temor sufrir vuestras preguntas y ayudaros yo mismo para estudiar los órganos de mi cerebro. Es preciso responder á este libelo mentido que habeis estendido, á estas declaraciones apasionadas ó sinceras. Ningun hecho es concluyente. Uno de vosotros me ha visto atacado de una meningitis, en la que he padecido el delirio; pero vosotros no ignorais, prácticos, que

hasta fiebre me hubiera podido salvar si hubiera tenido principio de una enfermedad mental. Dejemos, pues, el pasado. La monomanía no se manifiesta por ningun síntoma físico, lo sé, y solo en mis razonamientos podeis encontrar las señales de una enagenacion parcial ó intermitente. ¿Temeis ponerme frente á frente con esta locura que os denuncian? ¡Pues bien! yo iré delante de vuestras investigaciones; me atreveré á penetrar sin palidecer en estas espantosas regiones. Soy loco, se dice, ó debo llegar á serlo, porque una herencia fatal pesa sobre mi familia hace dos generaciones? ¡Interrogadme, señores; estoy dispuesto!

—¿No habeis jamás sentido inquietudes, sabiendo que estabais bajo tal infortunio? me preguntó el doctor Delatre.

Pensé un momento en eludir esta pregunta; pero me acordé de Diana, y me enrojeció acudir á la mentira.

—Si, he tenído terrores, lo confieso, respondí, porque he querido ilustrarme sobre los peligros que corria: he leido todos vuestros tratados sobre la locura, y he permanecido muchas veces largas horas midiendo la energia de mi inteligencia. Esto solo es un suplicio; pero ya lo veis, mis facultades no han sufrido con esta prueba. Aqui, delante de vosotros, que estais reunidos para juzgarme, para declararme loco, hablo con seguridad de este espantoso azote de que se me cree amenazado; y mi razon no deslallece, y sé que una palabra imprudente

podria perderme. ¿Supondriais que mi delirio ha tenido su orígen en otras ideas? ¡Pues bien! Al mismo tiempo que mi dignidad de hombre, defiendo en este momento la libre posesion de mi fortuna y ya veis que hablo sonriendo de desden. ¡porque tengo veinte años, soñores!... Os han dicho mis locuras de estudiante... ¡Ah, ¡confieso estas locuras; he creido en la juventud, en el entusiasmo, en la patria... como todavia creo en la poesía, en la virtud, en el amor... que él solo me salvará aquí abajo, como en la eternidad, en el amor que desafía los oscuros fantasmas de la demencic, porque él es la ley, la verdad, la vida! Si, algunas veces he sentido el miedo, como cuando se siente uno fatigado por ln narracion de un naufragio; he combatido, he sufrido. ¿Quédiré mas? ¡Tengo veinte años... amo y soy amado: ¡ya veis que no puedo ser loco!

Un murmullo corrió por la reunion: al aliento de mi pasion, los mas indiferentes se habian conmovido, y se leian en todos los ojos la benevolencia y la conviccion. Mi tutor parecia sorprendido. Mi victoria estaba asegurada y veia cernirse sobre mí, invisible para todos, la imágen de Diana que me sonreia y me animaba.

—¡Ah¡ añadí exaltado, ¡no dudareis ya que tengo razon! no esa vana razon del espíritu que vacila á cada paso en los caminos ni esplorador de la ciencia y de la filosofia, sino la razon del corazon que toma su fuerza en Dios y nos

guia con paso firme en las vías de la eterna sabiduria, de la eterna belleza! ¿No veis en mi mente el sello divino? No soy ya este ser debil que ayer todavia, cegado por la duda, se debatia en la oscuridad buscando un rayo de esperanza á través de las tinieblas de su pensamiento; ella me ha dicho, os amo: ¡y la luz me inunda y veo!....

Estaba de pié conmovido por la santa alegria; todos me miraban anhelantes.

—¡Tened cuidado! me dijo á media voz Granjer.

—¡Dejadle hablad, esclamó con viveza mi tutor.

Pero yo apenas le oi.

—No, repuse con vehemencia volviéndome hácia el conde: no, no ahogareis mas mi razon bajo vuestros malditos terrores. El bautismo del amor me ha redimido del infierno en donde queriais precipitarme. ¡Ah! no veis esta imágen adorada que me asiste y me protege. Está ahí, mis ojos la contemplan: respiró su aliento, su voz murmura á mi oido, la palabra que me hace invulnerable..... No podeis separar nuestras almas: blancas y radiantes, vuelan al cielo, por encima de vuestras miserias... Inmortales alegrias nos esperan.....

—¡El delirio! ¡el delirio! ¿lo ois? gritó Mr. de Maufert.

—¡Qué delirio! respondí con un supremo rasgo de desprecio ¡qué delirio! ¡Ah! se ha he-

cho traicion; ya no podeis declararme loco: sus celos atestiguan que soy amado...

—¡Desgraciada, calláos! esclamó Granger.

—¡Está loco! repuso mi tutor levantándose con cólera; ya lo veis, señores, es un ataque de demencia.

Indignado me lancé á él: los médicos me rodearon, y yo me debatia entre sus brazos. Veia á Diana pálida, desolada, sin un sollozo lastimero escaparse de sus labios.

—¡Dejadme! ¡dejadme! esclamé, ella os mira...

—¡Está loco! ¡está loco! repetia el conde.

—¡No le escucheis! decia yo: ¡es un impostor!

Y otra vez quise lanzarme sobre él: me detenian. Víctima de no sé qué vertigo, resistia con una fuerza sobrehumana.

—¡Desgraciado! ¿vais á matarla! dije sintiendo decaer mis fuerzas.

Era una escena horrible. Diana se habia refugiado en mis brazos: la martirizaban con sus golpes, y veia correr sus lágrimas de mis ojos, los latidos de su corazon me ahogaban.

—Es una alucinacion, dijo uno de los médicos.

Estas palabras penetraron en mi cabeza como un hierro ardiendo: la fuerza de mi voluntad se rompió; una nube me envolvió. Diana huyó dando un terrible grito, y caí sobre un sillon, inerte, prisionero, perdido...

Sentí sobre mi frente una impresion de fres-

cura: me bañaban la frente con agua, y oia vagamente sus palabras como si hablasen á lo lejos.

—La crisis no es peligrosa dijo el doctor Rolles; se esplica por una de estas violentas sacudidas morales tan comunes en las monomanias afectivas.

—En la habitacion inmediata hay un lecho, dijo Granger. Me trasladaron á él apresuradamente y me colocaron la cabeza en las almohadas; sentí una mano que entreabria mis vestidos, deshacia el nudo de mi corbata; despues el ruido se estinguió poco á poco y muy pronto á la turbacion de mis ideas sucedió un profundo sueño.

XXVI.

Ignoro cuánto tiempo permanecí en este estado. Perdido en sueños estraños, fuí bruscamente despertado por una sensacion abrasadora en el cuello: abrí los ojos; era casi de noche, y me ví solo con Mr. de Maufert. Tenia en la mano el medallon de Diana.

—¿Por qué teneis esta alhaja? me dijo con temblorosa voz.

Apenas despierto, no comprendí al pronto, y balbuceé algunas palabras.

—¡Oh! repuso violentamente; ¡no es ocasion de divagar!... ¡Vamos; responded, si no sois un miserable! Esto es un don, ¿no es esto el don de ese sublime amor que os ha salvado de la

locura? ¿Es ella quien os lo ha dado... ella, vuestra querida, sin duda?

Al oir este insulto me estremecí, y nos encontramos de pié, cara á cara, amenazándonos. Tuve, sin embargo, bastante dominio sobre mí para contenerme.

—Me causais piedad, le dije: vuestros insultos no la alcanzan.

Hizo un gesto horrible; yo no me moví, y desafiándole con la mirada, le dije:

—Pues bien, matadme, así me heredareis.

Su contraido rostro se puso lívido, una imprecacion salió de sus lábios como un rugido de una bestia feroz; pero de repente se dirigió hácia la ventana que abrió y aspiró el fresco ambiente de la tarde, como si la cólera le sofocase.

Yo esperaba inmóvil y silencioso. Cuando mi tutor volvió á mi lado, toda huella de emocion habia desaparecido de su rostro, que estaba impenetrable.

—Ahora vamos á hablar, me dijo con una tranquilidad horrorosa.

Este medallon pertenecia á mi mujer, continuó; me es permitido segun creo, preguntaros porqué estraña casualidad le he encontrado en vuestro cuello.

—Ella lo ha perdido; yo le he encontrado y le he guardado.

—Eso es muy sentimental, díjo con una sombría ironía; pero por sublimes que sean tales amores mi honor sufre.

—¡Vuestro honor! esclamé.

—¡Vos la adorais; ella os ha dicho que os ama, y estoy celoso! Lo habeis proclamado con orgullo hace algunas horas.

¡Una horrorosa luz atravesó mi inteligencia! Me acordé de todo.

—¿Teneis necesidad de testigos de vuestras palabras? ¡Oh! habeis estado hermoso de entusiasmo, y el marido más ciego no podia alimentarse de ilusiones.

Escuchaba aterrorizado: pensaba en la desgracia que amenazaba á Diana.

—¡Ah! ¿callais? repuso M. de Maufert; ¿no os indignais ya?

Tuve una inspiracion del cielo.

—¡Qué me contais? le dije con una risa forzada ¿No sabeis que estoy loco, y que en mis ataques de delirio tengo ideas estravagantes? ¡Oh! ¡que bonita historia! ¡Mi madrina enamorada de mí y confesándomelo!

Y reia, reia: esta tortura me mataba.

—Así, pues, ¿mentiais?

—!Alto ahí! le dije fingiendo furor; esa palabra no es propia de un caballero. Me dareis una satisfaccion en campo cerrado y delante de la corte. Cuando os haya matado, mi madrina se casará con el rey y yo con la reina, á quien amo desde el dia en que me dió su velo de oro á escondidas. Encontrareis la historia de nuestros amores contados en la obra de Jomé Hartzfeld de Turingia, cuyos dos volúmenes están en mi biblioteca. Esa es la verdad.

Durgnte esta horrible comedia, mi sangre se heló: pensaba en Diana, entregada, denunciada por mí, abandonada sin defensa á la crueldad de este hombre implacable. Mi tutor me miraba impasible; una malvada sonrisa crispaba sus labios.

—¿Entonces confesais que estais loco? me dijo.

—Distingamos, le contesté; lo estoy para vos y para vuestros semejantes; pero eso me es indiferente; la que amo proclamará mi sabiduria.

En este momento Granger entró con uno de los médicos. No pude menos de enrojecer. El conde dió una esclamacion.

—Llegad, pues, mi querido Granger dijo: aqui teneis á vuestro cliente, que confiesa él mismo su locura, y creo, á fé mia, que al presente va á solicitar el favor de firmar el acta de la sesion que tanto os ha desesperado.

Adiviné que estaba condenado; esperimenté un desaliento indecible; pero mas que nunca era preciso salvar á Diana.

—Estoy pronto á firmar, dije con animacion, si quereis en cambio darme vuestro consentimiento para mi casamiento con la reina.

El notario hizo un movimiento de asombro.

—¡Ah! ¿No sabeis todavia nada? repuso mi tutor. Nuestro feliz pupilo es amante de una reina de Turingia, que le ha dado esta noche su velo de oro,

—Hablad mas bajo, ahí está, dije señalando el lecho; duerme.

—¡Bien, bien! ¡Es cosa convenida; os casareis con ella, pardiez! Está bastante comprometida. Vamos, Granger, traed el acta.

—Cuidad, señor conde, respondió gravemente mi anciano amigo, que cometeis una mala accion.

—¡Pardiez! Mucho celo teneis, querido, replicó M. de Maufert con sequedad; poneos de acuerdo con él, y sobre todo con la facultad. Yo me lavo lus manos.

El doctor me examinó con atencion; solicitó quedarse solo conmigo. Comprendí su pensamiento, me turbé, tuve miedo.

—No, no; esclamé, ya me habeis juzgado; idos.

—Señores, seamos discretos, dijo mi tutor; nos esponemos á despertar á la reina, retirémonos. Tenemos, además, que arreglar un punto interesante.

Granger quiso insistir; me trastorné, le llené de injurias; M. de Maufert reia... Por último salieron.

Solo, no pensé mas en mi desastre; pensaba en Diana, en su desesperacion, en su porvenir. Si mi tutor no creia en mi locura, ahora que sus sospechas estaban despiertas, si se atrevia á ejecutar en ella alguna tenebrosa venganza; era yo quien la habia perdido! Buscaba un medio de socorrerla, no encontraba ninguno. Ella estaba sola, sin familia, sin otro defensor que

yo, y por todas partes tropezaba con lo imposible. No me quedaba mas recurso que el crímen. Muerto él, estaba salvada.

Era casi de noche. Inmóvil, abatido por el peso de mi destino, procuraba en vano convencerme de que mi fingido delirio habia destruido las sospechas del conde, cuando sentí una mano sobre mi hombro. A su solo contacto, adiviné que era él. Me volví bruscamente y como sorprendido en el cumplimiento del sangriento plan que meditaba en el fondo de mi pensamiento.

—¡Oh! ¡trégua á la estravagancia! dijo friamente; estamos solos, y no tengo pretestos para escuchar vuestras romancescas ideas. Esperad un nuevo acceso. Hareis mejor el loco. En este momento tenemos que arreglar otro asunto relativo á mi mujer... á quien no me agrada que ameis...

—Estoy á vuestras órdenes, respondí, comprendiendo que me pedia una reparacion.

—¡Cuento con ello, pardiez! Mañana partiremos para Alemania. Es inútil volver al castillo: vuestro amigo Granger os ofrece hospitalidad, estad pronto para las ocho.

—Muy bien, os esperaré.

Me saludó y salió.

Una inmensa alegría me inundaba: su provocacion me salvaba de mi mismo: venia á ofrecerse á mi ira, iba á tenerle frente á frente y podia matarle sin remordimiento. Daba gracias á Dios por su justicia.

Sin embargo, era preciso pensar en Diana. Mi tutor estaba sin duda camino de Maufert; pero montado en Ralph, y por los caminos de travesía. me seria fácil ganar una media hora al carruaje del conde, obligado á dar un largo rodeo para encontrar el puente del Semoy, que yo podia pasar por el vado. Corrí á la caballeriza y lo ensillé, sin escuchar á Granger, á quien inspiraba temor mi agitacion.

—Amigo mio, esclamé, miradme bien: más que nunca soy dueño de mi razon; pero despues de las imprudentes palabras que pronuncié en mi desgraciada exaltacion, quizás la mate!

—¡Ah! hijo mio, dijo, ¡Dios os guia!

Partí al galope por las calles, á riesgo de atropellar la gente. En fin, llegué al camino y lancé á Ralph á escape, abandonándome á su instinto.

En medio de la oscuridad brillaban de cuando en cuando algunas luces, y algunos carros me obstruian el paso. Un hombre fué atropellado por mi caballo y cayó. Salté por encima de su cuerpo, oí los gritos de los carreteros, pero no me detuve. Mis lúgubres presentimientos aumentaban. Un minuto de tardanza, y Diana era perdida. Era preciso que se decidiese á huir y ocultarse hasta que mi espada la hubiese librado de su asesino. Ya sin duda M. de Maufert preparaba alguna execrable trama, en la que podia envolverla y prolongar su suplicio.

Llegué á Thilay por el camino de travesia. Salvado el vado del Semoy, sola distaba un cuarto de hora de Maufert. Ya creia percibir en la sombra la orilla, cuando me detuve helado de espanto..... La ribera engrosada por las últimas lluvias, habia salido de su cauce.

T'uve un momento de desesperacion indecible. Volver atrás y entrar en el camino, era comprometer nuestra última esperanza de salvacion. A costa de mi vida era preciso llegar. Encomendé mi alma á Dios y lancéme hacia ella, resuelto á pasarla à nado. Ralph se resistia, temblaba de espanto. Le hundí las espuelas, y desde los primeros pasos perdió pié y fué arrastrado por la corriente. Le animaba con la voz en medio del ruido: se hubiera creido que comprendia mi angustia. Sostenia con mano firme sus narices fuera del agua, pero la espuma de las olas irritadas le cegaba: algunas veces le veia desfallecer, y asi marchábamos los dos náufragos en las tinieblas.

Durante diezeminutos que duraron un siglo, luchamos contra la muerte. Ví por último, delante de nosotros, los árboles de la orilla opuesta; pero Ralph desfallecia... De repente sumergió su cabeza; no mas esperanza... dí un grito de angustia, y me eché al agua para sostenerle. Respiró; pero oprimido por mis vestidos, temia no poder llevarle de esta manera hasta la orilla, cuando por un milagro sentí el suelo: estábamos fuera de peligro.

Ya en lo alto de la pendiente, dejé respirar

á mi pobre Ralph; vacilaba sobre sus piernas y parecia incapaz de llevarme hasta Maufert. Abandonarle era esponerle á una muerte cierta. Le llevé de la brida como pude algun tiempo; poco á poco su noble y generoso ardor se reanimó; monté y partimos.

Tenia felizmente mi llave de la puerta del parque, lo que me evitaba otro rodeo. Fuí á la caballeriza y confié á Ralph á uno de mis criados. Atravesando la oscuridad, me dirigí al castillo; estaba sombrío, lúgubre, no se veía ninguna luz en las ventanas del salon, ninguna en la habitacion de Diana, no se oia mas ruido que el silbido del viento que empujaba en el cielo oscuras nubes opacas y gemia en el follage.

Llegué al vestibulo,y es taba desierto: llamé, nadie me respondió. Oprimido el corazon, corrí á la cocina: muy pocos criados estaban allí. Al verme no pudieron contener un movimiento de espanto.

Catalina, la doncella de Diana, estaba en medio de ellos y se dirigió hácia mi.

—¿Y mi madrina? le dije.

—¡Ha partido! respondió sorprendida.

—¿Partido?... ¿Cuando?... ¿A donde ha ido?

—Ha ido á reunirse con el señor baron... ¿No la habeis, pues, visto?

—¿Ha ido á reunirse conmigo?

—Si; ha partido en seguida que recibió la carta del señor conde que le decia que os habia sucedido un accidente.

Sospeché un horrible lazo.

—Catalina, esplicádmelo todo. Amais á vuestra señora... temo una desgracia.

—No sé otra cosa, respondió conmovida. Hácia las cinco. Martin vino á Monthermé con una carta para la condesa y otra para M. Plácido, que tenia órden de acompañarla. La señora condesa ha encontrado el carruaje enganchado por M. Plácido, que no ha querido cochero y subió al pescante para conducirla, y partieron. Cuando habeis llegado, estábamos muy inquietos...

—¿No ha dicho nada Plácido?

—Nada: solamente Martin ha indicado que nadie volvería esta tarde, y es posible que ni mañana.

Habiendo salido á las cinco de Maufert, Diana debia haber llegado á las siete á Monthermé... y yo habia salido de casa de Granger á las nueve. Todo revelaba que habia caido en el lazo que le habia tendido el conde. La penetrante perfidia de este lo habia previsto todo. En el parasismo del dolor, no tenia mas que un pensamiento. Catalina, tan pálida como yo, me preguntaba desolada.

—Dónde está Bastién? le dige.

—Debe estar en su casa, contestó ruborizada.

—Mi buena Catalina, corred al instante á buscarlo, que venga, y mientras, mudaré de vestidos y engancharé.

—Pero señor, si me ven llamar á su puerta de noche...

—Es para salvar á vuestra señora, os lo juro... Cada minuto que pasa compromete su vida...

—¡Oh! señor, voy.

Subí apresuradamente á mi habitacion; estaba helado y sin embargo el sudor corria por mi frente. Fritz estaba acostado y lo dejé dormir. En un momento, mudé de vestidos. Eché en mis bolsillos todo el oro que poseia, tomé unas pistolas y volví á las caballerizas. Mi pobre Ralph estaba echado, estenuado sobre la paja: á mis caricias levantó su mirada lánguida y volvió á caer. Desperté á uno de los palafreneros y le mandé sacar un tilbury de la cochera, y enseguida fuí á desatar á mi mas ligero caballo de carrera.

Empezaba á ponerle los arneses, cuando observé que el mozo de cuadra no se movia. Le creí dormido, y me acerqué para llamarle; le encontré con los ojos abiertos.

—¿No me habeis oido? le dije.

—¡Oh! muy bien, replicó: pero no debeis molestaros en ponerle los arreos, nos está prohibido entregaros ningun caballo.

—¡Insolente! esclamé; obedece, ó de lo contrario...

—Es imposible; el señor conde me despediria.

No me encontraba en situacion de discutir y me armé con un palo.

—Vamos, levántate, esclamé con cólera.

No se atrevió á resistir y se vestió gritando á otro hombre acostado en el otro estremo de la caballeriza:

—¡Eh! ¿Pedro no me oyes?

—Sí, respondió el otro, voy.

Entonces acababa de enjaezar mi caballo: pero en el momento en que abrochaba la última hebilla, los dos criados se colocaron delante de mí con una horquilla en la mano.

—Señor, repuso arrogantemente el que yó habia maltratado, no podemos dejar salir nuestros caballos.

—Este es mio, respondí. y me lo llevo.

—Os suplico, señor, que no os metais con nosotros, dijo Pedro; pues que tenemos órdenes que cumplir y somos dos contra vos...

—¡Pues bien! tambien nosotros somos dos, dijo una voz detrás de ellos.

Reconocí á Bastien que encontrando la puerta abierta habia entrado al oir el altercado.

—¡Vamos! ¡abajo las horquillas! dijo el contrabandista, cuyo vigor y carácter resuelto eran bien conocidos en el país.

Al mismo tiempo saqué una pistola. A su vista, los hombres retrocedieron.

—Nos haceis perder nuestra colocacion. Bastien, dijo uno de ellos.

—Es una desgracia y lo siento; pero es preciso que suceda así... ¡Los asuntos de Mr. Andrés antes de todo!

Tomó una linterna y sacó el caballo por la brida.

—Soy yo quien se lleva el animal, añadió; si el señor conde se enfada, me lo enviareis á decir. Y ahora, amigos, sed prudentes... y cuidado con el que escandalice!

Con este aviso salimos. Bastien cerró la puerta de la caballeriza con llave. Cinco minutos después estàbamos en el carruaje.

—¿A dónde vamos? me preguntó este fiel compañero.

—Primeramente á Monthermé, despues á Alemania... no se á donde!

—Bien: ¿de qué se trata?

—De encontrar á la condesa, de librarla de las manos de Plácido, mientras que yo voy á batirme con mi tutor, á quien voy á matar.

—¡Eh! ¡eh! ¡buena accion! Pero para serviros, Sr. Andrés; no tengo míedo á nada: disponed de mí y de mi pellejo.

XXVII.

Llegamos á Monthermé á la una de la mañana. Bastien habia formado su plan.

—Si la señora condesa está aquí, dijo, la habremos encontrado pronto.

Me condujo, atravesando la poblacion, hasta una posada de mal aspecto.

—Llamad fuerte, me dijo, porque son tardíos de oido en esta casa.

Llamé; nadie me respondió.

—Buena señal; desconfian, repuso el contrabandista; ahí está mi gente.

A su vez llamó de cierta manera y silbó dos ó tres veces. Inmediatamente abrieron, y entramos en una sala baja. El huésped cerró la puerta frotándose los ojos.

—¿Hay algunos camaradas? preguntó mi compañero.

—Tres, respondió lacónicamente el viejo: el Alsacio, la Besacer y Constant.

—Llámalos, y diles que...

El posadero obedeció, y un momento después los peldaños de la escalera crugieron bajo los pasos de algunos hombres, entre los que reconocí dos de los contrabandistas que encontré un dia en el raso de los Javalíes.

—Ahora, dijo Bastien al huésped, hay que entrar sin ruido nuestro carruaje en el patio y el caballo en la caballeriza.

Asi que hubo salido el huésped, preguntó mi guia à sus compañeros:

—¿Estais libres?

—¡Pardiez! eso segun; replicó uno de ellos.

—Bueno; eso quiere decir que sí. En marcha. Teneis que hacerme un gran servicio.

—Si es eso, habla; repuso otro. Somos amigos.

—Gracias, sereis recompensados. Partamos; os daré la consigna en el camino.

Tuve un momento de esperanza; todo se podia intentar en una empresa como la mia, con

hombres á quiene su constante lucha con la ley hacia audaces y capaces de todo.

Salimos en silencio á cien metros de la posada, Bastien me detuvo un momento.

—Si me creeis, Sr. Andrés, dijo, nos dejareis aquí; teneis necesidad de tener mañana la pierna fuerte y la mano lijera.

—No importa, repliqué; tengo confianza en mi causa.

—Os suplico que sigais mi consejo. Además, no haceis falta... y nos estorbariais. Tenemos ciertas relaciones que mis gentes no se alegrarán de que conozcais. Os doy mi palabra de que si la señora condesa està en el pueblo, la habré puesto en seguridad antes del dia. No nos retengais, para que aprovechemos la noche.

Obligado á ceder á tales razones, lo dejé á pesar mio. Convinimos en que Bastien iria á avisarme á casa de Granger, al mas ligero indicio de las huellas de Plácido ó de mi madrina.

El honrado notario habia mandado que esperasen mi vuelta; la cena estaba dispuesta. Bebí un vaso de agua y me eché vestido en la cama para libertarme del oficioso criado; pero en el estado de ansiedad en que estaba no podia descansar. Asi qne estuve solo, me puse á pasear por mi habitacion. Abrí la ventana, escuchando el silencio de la noche, acechando el menor ruido; esperando que algun rumor me dijese el resultado que Bastien habia conse-

guido. ¡Pobre Diana! ¿Dónde estaria á aquella hora y qué tormentos sufriría? Mi inercia me devoraba, tenia remordimientos por haber dejado á los contrabandistas; la lucha me hubiera al menos distraido de mis penas.

Durante cuatro horas permanecí de esta manera, ansioso, anhelante. Ví despuntar el alba: alguna gente pasaba por la calle; unos iban tranquilos ó alegres sin que nada manifestase que habian sabido ninguna aventura nocturna. El frio de la mañana me habia entumecido. Diez veces quise separarme de mi dolorosa espera, y volvia, á pesar mio á esta ventana, desde la que podia ver llegar al mensajero que debia llevarme la desesperacion ó la alegria. Por último, Bastien, dobló la esquina de la plaza. En su aspecto descorazonado, adiviné la inutilidad de sus pesquisas.

—El conde está solo en Monthermé, me dijo al entrar; la señora condesa no parece en el pueblo.

—¡Es imposible! esclamé. Te has informado mal.

—Estoy seguro de lo que digo: el conde ha entrado ayer á las ocho en casa del baron de Pages. En casa de este vive, como sabeis, cuando viene aquí, y despues no ha salido. Ni la señora condesa, ni Plácido, se han reunido con él. Nosotros tenemos relaciones en todas las fondas, ningun viajero ha llegado durante la noche; en fin, última prueba y mas segura, he visto la gente del resguardo donde tengo

amigos por mi profesion: he hablado con los que han estado de servicio despues de los doce de la noche: como sabeis, reconocen todos los carruajes á la entrada; conocen á la condesa y á Plácido, sobre todo, que viene frecuentemente: el carruaje no ho pasado por ninguna de las puertas de la poblacion, os lo aseguro.

—¿A dónde la habrán llevado? ¡Díos mio!

—No desespereís, Sr. Andrés: Constant y el alsacio están de centinela en la puerta de M. de Pagos, donde vigilan á vuestro tutor. Si sale para ir á encontrar á la condesa, le tenemos ya... No dejarán de buscar una cuestion delante de la casa adonde se dirija para impedirle entrar. He enviado á la Besace á Maufert: no tiene rival para encontrar una pista; va á seguir, partiendo desde el castillo las huellas del carruaje, que probablemente no ha seguido el camino...

—Bastien, ya ves mi inquietud... Por tu vida, sálvala, sálvame.

—Tranquilizáos, tenemos ojos y piernas. ¡Ah! olvidaba: esta noche, una hora despues de nosotros, Martin, el ayuda de cámara de vuestro tutor, ha llegado aquí en un calesin con una maleta; está tambien en casa de M. de Pages; no le perderemos de vista. Ya sabeis todo: os dejo, porque si el conde nos lleva á su escondite, es bueno que yo esté allí para tranquilizar á la señora condesa. La robaremos si es preciso. En todo caso, os volveré á ver antes

de vuestras partida. tendré tiempo de deciros una palabra.

—Te dejo el caballo y el tilburí; toma inmediatamente este dinero, y paga á todos generosamente.

Le dí los cuatro ó cinco mil francos en oro que tenia.

—¿Pero no guardais nada? repuso.

—Para lo que he de hacer tengo bastante: ademas, escribiré á Granger. Vé, y piensa que mi vida está en tus manos.

—Contad conmigo. ¡Ah! por vuestra parte, señor Andrés, no tened debilidad ni tanta generosidad, ¡abusará de ella! ¿Os encontrais fuerte?

—Si no temo nada: le mataré como á una serpiente, sin piedad; va en ello el honor de mi madrina.

Salió, sus proyectos me volvian la esperanza, el retiro de Diana no podia escapar á tales pesquisas. Casi tranquilo por ella pensé entonces en mi. El conde era un terrible adversario, muchas veces le he visto manejar la espada, y un combate entre nosotros no era un juego. Ensayé mis musculos y quedé contento de mi exámen; la fiebre me sostenia y no tenia ninguna fatiga física. Llamé para que me trajesen el olmuerzo. El criado entró al momento seguido de Granger.

Mi anciano amigo tenia la consternacion pintada en el semblante y para desvanecer su te-

mor afecté uo estoicismo que estaba muy distante de tener.

—¿Pero no sabeis, pues, el resultado de la sesion de ayer? me dijo.

—Lo he adivinado. He perdido el pleito y ¡qué se yo! se ha decidido mi interdiccion. Pues bien es un partido perdido, eso es todo... Consolaos, mi querido Granger, y dadme vuestra leal mano, que yo la estreche en reconocimiento de lo que habeis hecho por mi.

—Vamos, hijo mio... señor baron, hay un misterio en todo esto. ¿Qué ha pasado ayer noche entre vuestro tutor y vos?

—No puedo deciroslo, dispensadme.

—El doctor me ha dicho que en aquel instante fingiais la demencia.

—Es verdad,

—¿Pero entonces no estais, pues, loco?

—No, yo no soy loco: pero debo serlo por algun tiempo á los ojos de todos, al menos hasta que haya librado á alguno que está en peligro.

Me comprendió sin duda, porque no insistió.

XXVIII.

A las ocho llegó de M. de Maufert: parecia ignorar mi correria de la noche, estuvo casi cortés al hablarme y nunca me habia parecido tan implacable su impasibilidad. Yo estaba dispuesto, el carruaje estaba á la puerta para conducirnos al camino de hierro. Abracé á

Granger y bajamos. Al pasar cerca de la cocina, vi á Bastien. Fingí querer encender un cigarro y me detuve.

—Todo va bien, me dijo con viveza. Temia que se llevase á Martin; pero se queda, y el viejo mandria nos conducirá á la guarida. El Alsaciono parte con vos, para seguir al conde á la vuelta... si es que vuelve y servios de él segun lo necesiteis. Si ganais la partida, como espero, á vuestra llegada aquí, id á la posada, y tendreis noticias.

Mi tutor estaba ya en el carruaje; subí á su lado y partimos. Observé con asombro una maleta colocada en el pescante y que me pertenecia.

—Es vuestro equipaje, murmuró el conde.

—¿Me es permitido preguntaros á donde vamos? le dije friamente.

A Carlsruhe.

Me inclinè silencioso. Encontré que ibamos muy lejos y me alegré: afortunadamente el campo quedaba libre para las pesquisas de Bastien. La eleccion de este punto me parecia ademos muy natural, porque el conde tenia allí amigos, entre otros el coronel Jonval, tio de Diana, y para este inesplicable duelo desearia tener testigos discretos.

Llegamos á la estacion, allí me sorprendió encontrar un wagón reservado y que llevaba el nombre del conde de Maufert, lujo que contrastaba con su avaricia. Pensé para mí que esperaba hacer este viaje á mis espensas. A al-

gunos pasos de distancia, reconocí á mi contrabandista vestido como un rico propietario, y que vino á instalarse en un departamento inmediato al nuestro.

Partimos. M. de Maufert, siempre silencioso, desdobló sus periódicos. No pude menos de admirar esta tranquilidad. Me eché en un rincon y me abandoné á mis reflexiones. Era ciertamente un estraño acontecimiento este duelo entre mi tutor y yo: pero el destino habia decidido que yo fuese la víctima ó el vengador.

Hácia medio dia el tren se detuvo para almorzar.

—¿Almorzais? me dijo conde. No comeremos hasta Cariruhe.

Bajó: yo le seguí. Muy pronto ví entrar al Alsacio, que se sentó á nuestro lado, pronto á aprovechar la menor palabra; pero M. de Maufert no pronunció una sola, y yo le imité.

Cuando iba á subir al wagon, un papel arrugado se deslizó en mi mano. Me alejé negligentemente algunos pasos y leí:

»El gefe de tren es amigo: decidle lo que ten»gais que hacerme saber y el punto donde ba»jareis.»

La campana sonó.

—¡Al coche, scñor! me dijo el gefe del tren colocado cerca de mí. ¿A dónde vais?

—¡A Carlsruhe! respondí á media voz.

—¿Es todo?

—Si.

Partimos. Muy pronto, cediendo á la fatiga,

me dormí y no desperté hasta la frontera. Era de noche cuande llegamos á Carlsruhe. El coronel Jonval, avisado sin duda por un despacho telegráfico, esperaba al conde en la estacion con su carruaje. Me disponia á dejarlos, advirtiendo á mi tutor que me encontraría en la fonda de Inglaterra cuanto mi tutor me dijo imperiosamente.

—No, no; venid conmigo.

Al oir su voz se hubiera podido creer que temia una evasion. Iba á responderle con energía cuando el coronel me ofreció hospitalidad en términos tan afables que mi indecision hubiera sido ofensíva: no queria además aparecer menos hábil jugador que el conde y acepté. Todo esto paso tan pronto que no tuve tiempo de pensar en el Alsacio. Apenas arrancaron los caballos, se me ocurrió que iba á perdernos, porque íbamos à un paso capaz de causar las mejores piernas. Me incliné negligentemente á la portezuela; nos encontrábamos en una alameda desierto. No oí á nadie. Ningun carruaje nos seguía.

Este contratiempo me turbó; ¿como el agente de Bastien encontraria nuestras huellas? Creí un momento que me habia oido pronunciar el nombre de la fonda de Inglaterra y que iria á hospedarse á ella para estar á cualquier evento: pero esta era una esperanza muy incierta. Para colmo de desgracia nos alejábamos rápidamente de la ciudad hacia una media hora y aun suponiendo que el hombre hubiera podido

seguir á lo lejos nuestros pasos era poco probable que consiguiese alcanzarlos. El conde hablaba con M. de Jonval de asuntos indiferentes: creí comprender que un propio habia llegado antes que nosotros. El coronel no habia pronunciado el nombre de su sobrina Diana.

Por último el carruaje se detuvo delante de una casa de bastante hermosa apariencia: mientras abrian la pesada puerta, algunos ligeros golpes dados detrás del carruaje y acompasados particularmente llamaron mi atencion. Despues, al volver los caballos, vi en la sombra un hombre que pasaba silbando. Reconocí la señal por medio de la que Bastien se habia hecho abrir la noche precedente en la posada de Monthermé. Mi contrabandista nos habia acompañado, subido sin duda en el lugar del lacayo, que quedó en la estacion para recojer mi equipaje. Librado de este cuidado, respiré.

Bajamos en un portico de columnas, y seguí los pasos de mi huésped. Nos condujo al departamento preparado para nosotros y observe que para llegar á la habitacion que me estaba destinada era preciso pasar la de mi tutor y que no tenia otra salida. No pude reprimir una sonrisa al ver esta afectuosa precaucion.

—La comida está servida, nos dijo el coronel, os espero abajo.

Un cuarto de hora despues entramos en una

elegante sala de comer, en la que la limpieza alemana se mezclaba felizmente con el lujo parisiense. Los manjares que cubrian la mesa despertaron en mí el melancólico recuerdo de mis dias de residencia en Heidelberg; pero la inesperada llegada de una jóven cuya vaga semejanza con Diana me chocó, me distrajo de mis pensamientos.

—Hermenegilda, dijo Mr. de Jonval presentándome; el señor baron Andrés de Orbach.

Respondí torpemente al saludo que me hizo congraciosa timidez: no pude evitar el enrojecerme al oir su nombre recordando con qué inconveniencia tan brutal habia rechazado su mano.

La comida fué silenciosa é inesplicable, pero caia sobre nosotros: la señorita de Jonval estaba sentada á mi lado, y dos ó tres veces sorprendí su mirada fija en las mias con una espresion llena de tristeza; pensé que no ignoraba los proyectos formados otras veces por su tia, y mi embarazo se aumentó mas con la turbacion que creí notar en su actitud.

Pasamos al salon, en el que chispeaba un gran fuego. Mi tutor y el coronel se sentaron en un sofá y hablaban en voz baja; la señorita de Jonval tomó una labor y se sentó á su lado.

Creí deber mostrarme discreto y me senté lejos delante de una mesa llena de albums; los hojeé maquinalmente, siempre examinando á mi prometida de una hora, que se me habia fi-

guarado bajo la impresion de un pomposo nombre é imágen de la canonesa. No encontré en ella la semejanza con mi madrina, y me habia al pronto chocado; era no obstante encantadora y espresaba su fisonomía mucha bondad; pero á pesar de sus diez y ocho años, parecía menos jóven que Diana, y en vano buscaba en su frente esas aspiraciones á la vez castas y ardientes, esa aureola de poesía cuyo reflejo guardaba en mi corazon.

Trajeron el té; ella le sirvió: Mr. de Maufert y su amigo se levantaron. Mi reserva amenazaba degenerar en una verdadera falta de educacion; me acerqué á la señorita Hermenegilda y le dirigí algunas palabras á las que respondió con una alegría que me pareció forzada. En un momento en que su padre y el conde nos dejaron solos, su rostro tomó de repente una espresion conmovida, y me dijo rápidamente:

—Vuestra ventana da al jardin, la llave estará en la verja que da al bosque: ¡huid en la noche!

Esta advertencia me sorprendió tanto, que tuvo que indicarme que disimulase. En el mismo instante Mr. de Maufert se acercaba á nosotros.

—Os hemos hecho velar hasta muy tarde, mi querida Hermenegilda. dijo, dispensadme y como probablemente no os veré mañana, me despido de vos ahora.

Me incliné en silencio dándole gracias con los ojos: ella me respondió con un gesto imper-

ceptible que parecia una súplica y seguí á mi tutor, al que precedia M. de Jonval. A la puerta de nuestro departamento nos dejó nuestro huésped. Creí inútil disimular sobre los deseos del conde.

—El coronel os servirá sin duda de testigo, le dije. ¿Debo escribir á dos de mis amigos que tengo en la ciudad para suplicarles me acompañen y me traigan armas?

Levantó vivamente la cabeza y permaneció un momento en silencio: se hubiera creido que mi calma le sorprendia.

—Dormid tranquilo, replicó al fin, yo me encargo de todo.

—¿A qué hora debo estar listo?

—A las siete si gustais...

Asentí con un movimiento de cabeza y entré en mi habitacion. Hubiera creido humillarme manifestando notar las estrañas precauciones de que era objeto. La vista de mi ventana me recordó el singular consejo de la señorita de Jonval.

Creí que habia sorprendido algunas palabras que le habian hecho presentir un duelo; y agradeciéndole su interés, no pensé, sin poder evitar un estremecimiento de amor propio, en la idea que ella tenia de mi bravura. Pero tenia otro pensamiento: alcanzaba el momento decisivo. Dentro de algunas horas habria cumplido mi tarea de libertador; y suponiendo que el conde escapara á mi espada, estaba seguro de que el Alsacio encontraria el retiro de Diana.

XXIX.

El dia siguiente amaneció magnífico; el suelo estaba seco y el aire un poco vivo.

Fortalecido por la noche, me puse á meditar. La sobreescitacion de la víspera habia cedido el lugar al grave recogimiento que invade el alma á la aproximacion de las determinaciones supremas: iba á matar sin misericordia al hombre que mi padre habia elegido para reemplazarle á mi lado; y aunque se habia degradado á mis ojos por la más pérfida traicion, oia en el fondo de mi corazon esa gran voz de la humanidad, que no es muda, segun dicen, aun en el corazon de los asesinos. Sin embargo, no podia titubear: la vida de Diana estaba en mis manos; debia herir ciego como el destino.

Un lijero ruido se sintió en mi puerta. Abrí... era Mr. de Jonval. Venia á preguntarme si tenia necesidad de él ó de alguno de sus criados. Le dí las gracias y ví á mi tutor que acababa de vestirse.

—¡Ah! ¿Estais levantado? me dijo. En un momento estoy à vuestra disposicion.

Pensé salir para ver si el Alsacio estaba en su puesto.

—¿A dónde vais? me dijo el conde de una manera que me ofendió.

—!Pardiez, salgo! ¿Temeis que me escape?

—Puede ser, replicó. En todo caso espero á

una persona para una conferencia, á la que es indispensable que asistais.

Me mordi los labios hasta hacerme sangre. En el mismo instante un criado entró y dijo algunas palabras á su señor.

—Que me espere en el salon, dijo el coronel.

—Pero no, repuso Mr. de Maufert, que venga aqui ese caballero, estaremos mejor para hablar. ¿Está solo?

—Con dos hombres, contestó el criado.

—Voy á suplicarle que suba, dijo Mr. de Jonval á una señal del conde, y salió.

Suponia que eran nuestros testigos: me senté en un sillon y tomé una posicion negligente que manifestaba suficientemente que estaba dispuesto á dejar arreglar este asunto sin intervenir en él. Casi inmediatamente entró el coronel, seguido de un personage cuyo esterior pacífico no era el de un padrino de un duelo á muerte. El conde salió á recibirle, le hizo sentar y tomó la palabra.

—Mi amigo de Jouval, dijo en aleman, os ha informado del estado las cosas.

—Si, señor, dijo el personaje que me miraba fijamente.

—Me resta, continuó mi tutor, justificar las circunstancias que me han obligado á tomar esta rigurosa medida, y los derechos en cuya virtud obro. Aquí teneis los documentos traducidos y visados por nuestra legacion.

Le presentó dos ó tres papeles que el desconocido leyó con la mayor atencion.

Creí que me habia equivocado sobre el carácter de esta entrevista, y que el conde, que poseia bienes en Alemanía, habia hecho venir un hombre de ley para confiarle sus disposiciones testamentarias, bastante justificadas por nuestro duelo. Iba á retirarme.

—Quedáos, me dijo mi tutor, tenemos necesidad de vos. Permitidme primeramente, añadió, que os presente al señor doctor Schultz.

—Espero, señor, me dijo entonces el desconocído, que vereis en mí un amigo, y que mi hospitalidad os será agradable.

—¿Qué significa esto? balbuceé.

—Significa, querido, repuso mi tutor, que entrais en casa de este hábil alienista, encargado de vuestra curacion.

—No comprendo...

Me creia juguete de un sueño.

—Sin embargo, es muy claro: estais loco, y me inspirais demasiado interés para que no ponga en práctica todos los medios de curaros.

—¿Pretendereis encerrarme contra mi voluntad? esclamé indignado.

—¡Oh! yo no os consulto. Acabo de entregar al señor una órden dilatada segun la opinion emitida por vuestro consejo de familia.

—¿Y habeis creido que me someteria á esta infamia?

—Al menos he tomado mis medidas para asegurar el cumplimiento de mi voluntad. Así, pues, vuestra resistencia seria inútil; no os acaloreis, para que no forme mala opinion el bue-

no del doctor Schultz. Viene á buscaros, estais dispuesto y voy á conduciros hasta su casa.

—¡Ah! no me conducireis vivo, os lo juro.

Y alejándome iustantáneamente porque ya me veía rodeado, salté al otro estremo de la habitacion, decidido á defender mi libertad aun á costa de mi vida.

—Vamos, señor, me dijo el doctor de esa manera especial con que se habla á los locos, sed razonable.

—¡Basta! interrumpió el conde: teneis vuestra gente, acabemos esta rídicula escena.

El coronel llamó: dos hombres, que por su traje conocí eran dos guardianes aparecieron en el dintel de la puerta. A una palabra de su señor se adelantaro para cojerme; me desprendí con un esfuerzo tan violento, que uno de ellos fué á rodar por el suelo á seis pasos de mi, intimidados por este primer choque, titubearon. A una señal de M. de Maufert volvieron hácia mi, pero la desesperacion habia centuplicado mis fuerzas, dos veces les rechacé.

Refugiado en un ángulo del salon no podian rodearme, en un momento oportuno me precipité á la chimenea, y volvi á mi rincon armado con un candelabro de bronce que blandia en una actitud tan amenazadora, que uno de mis agresores huyó. Los criados habian acudido al ruido; la sangre me cegaba.

—¡Ah! ¿pensais detenerme? Esclamé viendodoles indecisos, ¡desgraciados de vosotros! ¡Soy

loco, puedo mataros impunemente! ¡Cuidado con el que se ponga en mi camino!

Tomaba ya mis medidas para arrojarme en medio de ellos y ganar la calle, cuando de repente la puerta á que estaba apoyado se abrió detrás de mi, el hombre que habia desaparecido me arrojó sobre la cabeza una tela que me cegó, envolviéndome de piés á cabeza. En menos de un segundo fuí echado en tierra arrollado en este horrible lazo. Bramaba de rabia y de espanto, me ahogaba en estas tinieblas. Era horroroso y siniestro.; Diez brazos paralizaban mis esfuerzos, en tanto que los hombres me ligaban con cuerdas. En menos de un minuto me redujeron á la impotencia.

Estendido en el suelo, desfallecia casi sofocado. Cortaron la tela para descubrir mi cara.

—¡Malvados, me asesinais! vociferaba con furor.

Sin responderme se disponian á llevarme. Los hombres se acercaron: todavía me defendí arrastrándome y procurando morderles. Tenian miedo pero sucumbí al número, echaron sobre mis ojos el capuchon que formaba la tela cortada y ahogando mis gritos me llevaron envuelto asi hasta un carruaje que esperaba en el patio. El doctor Schultz y mi tutor se sentaron á mi lado.

—Si quereis ser razonable, me dijo el conde, se os dejará respirar.

Descubrió mi cabeza. Permanecí inmóvil, una última esperanza me sostenia: el Alsacio

debia estar en su puesto, correria á mi voz y me libraria incitando al pueblo.

El carruaje partió, pero en lugar de pasar por delante del portico, volvio y entró por el jardin, abrieron una reja y salimos por el bosque.

Media hora mas tarde estaba encerrado en una celda de loco.

XXX

No recuerdo nado de lo que pasó durante los tres dias siguientes. Algunas veces através de un velo sombrío, creia ver confusamente en el fondo de una habitacion con las ventanas enrejadas á un desgraciado, gimiendo y blasfemando, y revolcándose sobre una cama, agarrotado en una camisa de fuerza. Quiere morir y dos hombres lo vigilan dia y noche para impedirle que se rompiese la cabeza contra el muro. Tiene mi cara, mi voz; se llama Andrés de Orbach. Pero no era yo, porque durante ese tiempo, habia abandonado la tierra y subia al cielo en busca de Diana, que creia muerta. No encontré allí mas que mi madre, que lloró al oir mis penas. Sabia muy bien que no estaba loco. . . . .
. . . . . .
. . . . . .

XXXI

Wilhelm, estoy desesperado; mi pobre

Schultz acaba de sufrir una prueba terrible, y es posible que haya perdido de un golpe el fruto de mis lentas conquistas sobre su razon. ¡Duda!... duda, como si algun sacudimiento oculto hubiera reanimado sus temores! Desde hace dos ó tres semanas, mis cartas te anuncian que me veo muchas veces obligado á dejar la pluma, para socorrer á mi desgraciado amigo. Por algunos dias he querido atribuir á la influencia de la primavera, siempre fatal para las inteligencias enfermas, la tristeza en que le veia sumido; los combates que no se atreve á confesarme han llegado finalmente á una crisis.

He recurrido tambien esta vez á la energía de su corazon, poniéndole de repente frente á frente con su mujer y sus hijos. He conseguido mi objeto, pero esto me hacia temblar; estos queridos seres han sido hasta este momento el baluarte que he puesto entre él y la locura.

Lucho con valor. ¡Ay de mí¡ lo conozco, he empleado mis mas seguros dictámenes y la herida de este alma infortunada derrama todavía sangre como en el primer dia. El gérmen implacable ataca á los orígenes vitales, y era preciso uno de esos golpes decisivos que Dios solo tiene en su mano para arrancarle: ¿por qué? te lo diré, amigo mío: mientras mas estudio me convenzo de que la herencia de las afecciones mentales es inevitable, y que yo mismo no me he salvado mas que por esas grandes heridas de mi corazon que no han dejado sensibilidad mas que para sufrir, por todo lo que no fuera

Diana. ¿Qué temeré de la locura, yo que no tengo esperanza? Un dia, como Schultz, he sufrido las angustias de la duda; ¡pero entónces mi vida era tan bella! Ahora, ¿por qué temeré estar loco? Esto sería al olvido.

Esta palabra te esplica mi laxitud, Wilhelm. Si tuviera derecho de abandonar la mision que me he impuesto para con Schultz, ¡con qué alegría reduciría á la nada este miserable cuerpo que no siente, que no existe mas que por los clavos que le retienen en su cruz!....

Adios, dentro de algunos dias seguiré mi historia; estoy abatido por mi última vigilia, y estoy muy cansado! muy cansado!

XXXII.

Pasado el primer choque, cuando una mañana me desperté en mi prision, creí salir de una horrible pesadilla. Mi viejo Fritz estaba á mi lado; habia llegado durante la noche. Me dijo que al dia siguiente de mi partida, mi tutor le habia hecho saber por Martin la órden de reunirse conmigo en casa de Mr. Jonval, en Carlsruhe. Despues de mi escarcelamiento, Diana estaba en manos de su asesino, si Bastien no habia conseguido su objeto. Mi primer pensamiento fué intentar una evasion.

Me anunciaron al doctor. A la primera mirada, me fué fácil conocer que estaba un tanto embarazado con el odioso papel que desempeñaba á mi lado.

—Desearía, señor baron, me dijo, inspiraros la confianza de un amigo, y por penosas que sean para vos las circunstancias que os han traido á mi casa, quiero aseguraros desde este momento de mi sincera voluntad.

—¿Mi confianza y mi amistad? repliqué: ¡oh! es mucho pedir en un dia... para un hombre que no conozco todavía mas que por una inícua accion.

—Si, lo confieso, repuso, las apariencias me condenan; pero reflexionad que si yo no hubiera aceptado esta triste mision: otro en mi lugar se hubiera encargado de ella.

—Lo que hubiera sido una pérdida para vuestro establecimiento y una ganancia para el de alguno de vuestros compañeros!

—Con una sola palabra, respondió, puedo haceros sentir ese lenguaje: se que estais perseguido por enemigos, y para ayudaros á destruir sus planes les he prestado mi concurso.

—Asi pues, ¿no me creeis loco?

—No mereceria la fama que tengo, si hubiera dudado un solo instante...

—¿Y vais á darme libertad?

—Tego esta obligacion cuando sea posible sin peligro vuestro.

—¡Como! ¿sin peligro mio?

—¡Pardiez! imaginaos que vuestros enemigos se descuidan? ¡Oh! han tomado muy bien sus medidas!—¡Mirad! añadió en voz baja. Ved en el patio esos dos hombres que se pasean: pues son agentes de policia disfrazados de en-

fermeros: otro hay al pié de la escalera, y otros vigilan la casa por fuera. A la menor señal, seriais rodeado, preso y encerrado no sé donde, porque Mr. de Jonval, es muy poderoso y estais señalado como un loco peligroso. La legacion de Francia no podria reclamaros puesto que está obligada á exigir de la autoridad la ejecucion de una sentencia dada contra vos por un tribunal francés.

Dudé un momento en creer en sus palabras y lo apercibió.

—¿Quereis hacer la prueba? dijo; ¡Salid! Cualquiera que sea el mal que me suceda, lo prefiero á pasar á vuestros ojos por cómplice de un delito de lesa humanidad. Recordad solamente que he cumplido con mi deber advirtiendoos. Ahora, si preferis esperar aquí que la vigilancia se haya relajado lo bastante para que podais huir, soy un médico y no un carcelero.

—¿Y me permitís escribir cartas á mis amigos?

Sin responderme llamó; un hombre entró y reconocí á un de los dos que me habian arrestado.

—Hermn, le dijo al doctor; traed aquí mi pupitre. Si el señor baron os dá algunas cartas para el correo, las llevais inmediatamente; ejecutareis sus órdenes, cualesquieran que seán.

El hombre se retiró.

—No debo ocultaros, sin embargo, me dijo

Schutz sonriendo, que seria una imprudencia dirigiros á él para una evasión.

Cada vez estaba más sorprendido.

—¿Me está prohibido no salir de esta habitación?

—Vamos á dar un paseo por el jardin, replicó levantandose: en él encontrareis aire y libertad.

Le seguí con desconfianza. Me hizo atravesar un patio, y entramos en un pequeño parque á la holandesa. Los dos hombres encargados de mi custodía, y que me habia enseñado por la ventana, nos siguieron al momento.

—Hola, señores, les dijo M. Schultz impacientado, hacedme el favor de desempeñar vuestro encargo sin amenazar de esta manera mis talones. Podeis mirarnos de lejos á vuestro gusto; pero que yo no os vea!

—Vendreis aquí cuando gusteis, continuó dirigiéndose á mí, tengo otro jardin para mis enfermos.

Comenzaba á dudar de mis sospechas.

—Esto no es probablemente la prision que desearía para vos, añadió: sin embargo, no depende de mi que no sea esta una prision... Puedo aseguraros al menos, que mientras gusteis permanecer en ella os la haré soportable.

Entré en mi habitacion, más perplejo todavia; pero en presencia de los peligros que me rodeaban, hubiera sido imprudente tomar ninguna resolucion antes de tener noticias de fuera.

Aprovechándome, pues, de la facultad que me dejaban, y deseando poner á prueba la sinceridad del doctor, escribí á Bastien en términos que no podian comprometer á nadie en el caso de que fuera interceptada mi carta.

Pasé cuatro dias en una terrible angustia, sin tener noticias de Monthermé; empezaba á acusar á Schultz. Por último, una mañana entró Herman con una carta en la mano. Era la letra de Bastien. Rompí el sobre con el corazon oprimido y leí lo siguiente:

"Siento mucho, señor Andrés, no participaros mas que malas noticias. Despues de vuestra partida fuí á reunirme con el compañero que debia reconocer el terreno del punto del que la persona que sabeis habia partido. Habia hecho bien en mandarlo por la noche, porque habia podido encontrar las rodadas del carruaje, ya borradas cuando llegué, y él las habia seguido hasta una travesía en la que estaban recientes: allí me esperaba.

"Entonces caminamos con seguridad, y la direccion me demostró al momento que el malvado Plácido, que guiaba, no habia entrado en la ciudad. Despues de una media hora encontramos un lugar en el que el carruaje debia haberse detenido; los surcos de las ruedas eran mas profundos, y las pisadas de los caballos estaban confundidas. Crei primeramente que habian encontrado á alguien, porque estas señsles de los pies habian quedado señaladas en

la tierra movida; pero estas señales no se encontraban à dos metros de distancia.

"Comprendí al momento que en este sitio la persona que iba en el carruaje habia bajado: la huella era tan pequeña y la pisada tan lijera, que no cabia duda. A poca distancia, dos hoyos hechos por los talones de unas botas, indicaban que Plácido habia saltado de su asiento.

"Supuse que apercibiéndose sin duda del camino que tomaba el administrador, la persona le habia mandado detenerse y que se habia negado á ir mas lejos; pero seguramente ella no se habia ido sola y habia vuelto á subir. Llegamos hasta el camino de Fumay, donde desgraciadamente perdimos las huellas.

"Sin embargo, mi embarazo no duró mucho tiempo: el camino seguido denotaba que debia haber vuelto hácia el lado de Fumay, porque de lo contrario habrian aprovechado un encrucijada con Broussy. Llegamos á Fumay sin saber nada pero erae vidente para mí que debian haber ido por allí para tomar el camino de hierro. Mi dirigí, pues, á la estacion: allí descubrí todo; el jefe de ella se acordaba muy bien de que una señora que parecia muy triste y un individuo que se parecia á Plácido habia esperado cerca de un hora el tren de Dinant. Al momento salí de dudas, porque habiéndome informado en la posada encontré allí el carruaje y los caballos que reconocí. Visité el coche para ver si la per-

sona habia dejado algun aviso; dejé á mi camarada y se instaló en la casa para no perder de vista á Placido, que debia volver dentro de dos dias á recoger el equipaje, y partí para Dinant.

"Pero allí, á causa del gran número de viajeros que pasan á la estacion, no pude saber nada. Recorrí, sin embargo, todas las fondas de la ciudad; y despues de un dia de investigaciones, me convencí que habian continuado su viaje sin detenerse. No podia hacer nada, á no ser esperar la vuelta de Plácido. He esperado todos los trenes, y al segundo dia por la noche ví al administrador en un wagon de primera clase, y subí á uno de tercera; así que llegamos á la estacion de Fumay, corrí al empleado que toma los billetes de la salida, y le prometí cinco francos para que pusiese separado el de un caballero que iba á pasar. Era de noche, me rodeé la cara con el pañuelo para no ser reconocido, y cuando Plácido llegó, toqué con el codo á mi hombre. El billete llevaba el sello de Spa.

"En fin, para acabar, al entrar en nuestra habitacion, supe la partida de Fritz, vuestro viejo; y despues, para colmo de desgracia, el Alsacio volvió diciéndome que os habia perdido, porque mientras estaba de faccion en la alameda, donde habia pasado la noche, habiais salido por la mañana por una puerta escusada con vuestro compañero, que no ha vuelto á casa de Mr. de Jonval, que se le ha

escapado tambien. Me arranqué los cabellos de rabia.

"Espero vuestras órdenes; sabeis que tengo amigos. Plácido ha despedido á todos los criados, y aun á Catalina, y ha dicho arrogantemente que el señor y la señora no volverian en mucho tiempo. Entretanto vigilo; es preciso que lleguen aqui cartas del señor ó del criado, examinaré los sellos, y veremos. Apenas he gastado quinientos francos de vuestro dinero. No me muevo, porque el medio mas seguro, segun creo, de tener noticias, es guardar de vista al malvado Plácido. En todo caso, sabeis que no teneis mas que decírmelo y marcharé, sea para reunirme con vos, sea para... viajar.„

Estas tristes noticias me dieron el último golpe. Diana estaba en poder de un asesino, y yo estaba lejos de ella, y nadie podría defenderla. ¡Insensato! Un dia habia tenido al conde al alcance de mi brazo. Buscaba un hilo que me guiase en estas tinieblas. Era preciso descubrir el punto á donde la habia llevado y matarle sin consideracion. De repente tuve una inspiracion, é hize llamar al doctor.

—Acabo de recibir, le dige, una carta muy importante, que tengo necesariamente que poner en conocimiento de mi tutor. No ha vuelto á Francia, y sin duda os habrá indicado el medio de comunicarse con él durante su viaje; os agradeceria mucho que me lo indicáseis con este objeto.

—Con todo mi corazon quisiera seros útil,

respondió Schultz, pero en verdad que ignoro el punto en que habita Mr. de Maufert, pues por medio del coronel de Jodval me comunico con él.

Quedé consternado.

—Pero nada es mas fácil, repuso el doctor: voy á suplicar á Mr. de Jonval que venga, y os dirá qué deseais saber.

Esta última esperanza me reanimó. Una hora despues Mr. de Jonval entró en mi habitacion. Me armé de una calma estoica y le hablé sin pretension. Ofreció encargarse de mi carta: después, como yo insistiese, declaré formalmente que monsieur de Maufert estaba de viaje y que su espresa voluntad era que no supiese su residencia. Empleé todo. astucia, suplicas, amenanzas, nada pude conseguir: me oponia su palabra empeñada con el conde.

—Le haré saber vuestra entrevista me dijo, y si que tenga su repuesta os la diré.

Salió, y la noche cayó sobre mí mas intensa que nunca.

XXXIII.

Caí en una profunda melancolia: el doctor lo observó desde luego. Una mañana me encontró apoyado en mi enrejada ventana, mirando melancólicamente la negra muralla que limitaba mi horizonte.

—¡Como! señor baron, me dijo. ¿os dejais

abatír? ¡Qué diablo! es preciso sacudir esas malas ideas y obrar como hombre.

—No veonada, respondi con insolencia; ¿que podria aqui escitar mi alegria?

—Entonces !no estais tan solo! Vamos, ¿quereis ayudarme un poco para aliviaros del fastidio? Dadme garantias con que cubrir mi responsabilidad y os instalo en el pabellon del jardín, en el que no tendreis al menos á la vista, estas barras de hierro que os recuerde á cada momento que sois prisionero.

—¿Y que exigis por este señalado favor?

—Vuestra palabra de no tratar de huir...

—¡Es demasiado! repliqué; desempeñad vuestro cargo en conciencia.

—Pero no comprendeis, testarudo, que obro en interés vuestro: una evasion abortada. ¡Dios sabe donde os encerrarán! Aquí al menos sois dueño de vuestras acciones. Tened paciencia uno ó dos meses y sereis libre. Tengo alguna autoridad, y cuando despues de un tiempo de prueba suficiente para fundar mi declaracion, atestiguaré vuestra razon y nadie se atreverá á contradecirme, tendreis la ley en favor vuestro. Vamos, dadme solamente vuestra palabra bajo condicion. Tendreis derecho de recobrarla, advirtiéndome veinticuatro horas antes.

—Sí; de manera, que estando prevenido me guardareis con mas seguridad.

—Bueno; esos son arrebatos de cólera que no me ofenden. Sabeis muy bien que no haré un gasto para impediros partir, puesto que he

reconocido que vuestra detencion es arbitraria; pero comprendereis que no puedo abriros la puerta: los reglamentos me obligan á alojaros aquí...

—Pues bien, observad vuestros reglamentos, respondí.

Al decir esto se retiró, y no le volví á ver en dos dias, porque no salí. Encontraba una amarga complacencia en saborear hasta las heces la copa de mis dolores:

—Diana debe gemir tambien, me decia á mí mismo.

Un día me anunciaron á M. de Jonval.

—He hecho presente vuestra pretension á mi amigo de Maufert, me dijo, y vengo, cumpliendo mi promesa, á traeros su respuesta.

—¿Sin duda que no es favorable?

—Era dificil que lo fuese en interes vuestro. Como tutor debe intentar todo lo que la ciencia...

—¡Oh! dejemos á un lado mi pretendida locura. ¡No ignoraís que es una mentira inventada para perderme!

—Estais prevenido, repuso, y no intentaré haceros volver á sentimientos mas equitativos, aunque el conde obre, como sabeis muy bien, con el consentimiento de vuestro consejo de familia.

—Ganado por él, respondí.

—Segun vuestra opinion, es un complot. Sin embargo, hay una persona en la que teneis confianza, y de cuyo desinterés no dudareis; la

señora condesa de Maufert, mi sobrina, por ejemplo.

—¿Qué quereis decir? balbuceé palideciendo al escuchar su nombre.

—Quiero decir, que consultada por su marido, aprueba plenamente las medidas que se han creido oportuno tomar.

—¿Ella? esclamé. ¡Ella, querer que me encierren en una casa de locos!... De tal modo es inverosímil, que no lo creeria aun cuando me trajeseis la prueba firmada por su mano!

—¡Héla aquí¡ dijo friamente sacando de su bolsillo una carta que me entregó.

Me acometió tan horroroso estremecimiento, que temí un instante perder el conocimiento.

—¡Leed! leed! repuso el coronel.

Tenia miedo de abrid el papel. Mi nombre estaba en el sobre escrito de mano de Diana.

M. de Jonval me observaba, y parecia querer penetrar en mi alma. Hize un esfuerzo, rompí el sobre y leí estas líneas:

"Me he aflijido mucho, mi querido Andrés, al saber la rigorosa decision de los médicos para con vos; pero esta cruel prueba era indispensable, Andrés. Os suplico que os sometais y no me causeis la pena de ver comprometido vuestro porvenir, cuando algunos meses de paciencia y los cuidados del doctor Schultz pueden librar para siempre á los que os quieren del cuidado que tienen por vos. Tengo necesidad de todo mi valor para hablar así, pero creo que escucharеis mi amistad.—DIANA.„

P. S. A fin del invierno iré á daros las gracias por vuestra resignacion.„

Quedé anonadado. Mi corazon protestaba contra lo que veian mis ojos.

—¿A qué precio le habeis arrancado esta carta? dije á M. de Jonval levantándome. ¡Esta carta no es de ella!

—¿Por qué?

—¿Por qué? repetí con indignacion, porque es imposible, porque...

—Ella os ama, ¿no es esto? respondió con una sonrisa irónica. Termino vuestro pensamiento, puesto que vos no os atreveis á hacerlo.

—¡Señor!

—¡Ah! dispensadme. Tengo derecho, me parece, de defender á mi sobrina contra sueños que acabarian por turbar su reposo... Nos ha confesado todo, hasta la generosa é imprudente ficcion que intentó para salvaros.

—Una ficcion para salvarme! dije aterrado.

—¿Habeis imaginado jamás, que la condesa de Maulert pudiera olvidar lo que debe á su nombre? ¡Vamos! puesto que es preciso sacaros de vuestro error, os contaré esta historia. Mi sobrina habia descubierto la loca pasion que teniais por ella; estaba muy segura de sí misma para no ofenderse, visto vuestro estado. La mañana del dia en que debiais comparecer ante los médicos os encontró, segun nos ha dicho, muy abatido. Quiso salvaros por una piadosa mentira... que vuestra exaltacion os

hizo revelar delante de todos. Por esto, temiendo hoy aumentar vuestro error, desea como su marido, que ignoreis el lugar de su retiro. Espera que el alejamiento y la reflexion os vuelvan razonable y reanudar mas tarde relaciones dignas de ella y de vos. Entonces os reireis los dos de su error romancesco.

—¡Bastu! esclamé desesperado; ¡dejadme! ¡Me matais!

Me arrojé sollozando sobre mi lecho. Todo desaparecia á mi alrededor, me parecia que el mundo se destruia, y el sol se estinguia con mi fé. ¡Diana! ¡Diana!... Queria dudar, pero su fria carta estaba allí, lo habia dicho todo!... Esta pura llama que alimentaba mi vida, no habia sido para ella mas que el delirio de un insensato á quién habia un instante engañado por compasion! Despues recordaba las mil pruebas de ternura que me habia dado sus mudos combates, su emocion; oia todavia su confesion y toda mi alma se indignaba de mi impio desaliento. Pero entonces la encontraba malvada, y la acusaba de haber renegado de este amor por el que habia sufrido con alegria el martirio y por haberme engañado por salvar su reposo.

Durante dos dias, quise dejarme morir de hambre; pero veia llegar demasiado pronto el término de mis males, y despues de muerto me olvidaria. Entonces resolví vivir para darle el espectáculo de mi miseria.

XXXIV.

Los meses pasaban Wilhelm, el invierno terminaba...

La esperaba palpitante de esperanza... No vino...

La creí muerta, y así lo dije á Mr. de Jonval. Algunos dias despues me trajo un periódico oficial y me hizo leer la descripcion de un baile de la córte. Entre las personas que á él habian asistido encontré el nombre de la condesa Diana de Maufert.

Habia pasado una semana en Carlsruhe y despues habia partido.

Ví florecer la primavera en mi prision; despues el verano: esperaba siempre. Me habia dicho que vendria... ¡No tenia noticias suyas!...

La única persona que se acordaba de mí era Bastien. Todas las semanas me escribia. El castillo de Maufert estaba abandonado; el conde no habia vuelto á él. Plácido recibia muchas veces cartas de Carlsruhe. Bastien robó una, la abrió, vió que era de Mr. de Maufert y me la mandó. El conde no revelaba á su malvado agente el lugar de su residencia: le órdenaba siempre dirigir sus cartas á Mr. de Jonval, que las hacia llegar á su destino.

Esperé un año, y mi soledad era cada dia más implacable. Dejé cumplir mi interdiccion: no existo ya; y por precio de esta sumision, que ella invocaba en nombre de una amistad

mentida, no me ha dado ni aun la limosna de un recuerdo. Cansado de mi estéril abnegacion, quise dejar mi prision sin objeto, sin pensamiento, sin esperanza: pero entonces, como sabes, descubrí la desgracia del pobre Schultz; desgracia que verdaderamente no podia sospechar antes de la crisis tan repentina que suscitó una discusion sobre la locura hereditaria, reasumida para tí al principio de esta íntima narracion.

Dios tenia piedad de mí, concediéndome la dicha de salvar esta alma que iba á caer en el abismo. Comprendí este inconmesurable amor á que una mujer no puede hacer traicion, este amor que desde el cielo á la tierra vivifica los átomos, crea y fecunda esta inspiracion divina que se llama humanidad.

Desde hace seis meses velo asíduamente sobre esta razon que protejo contra la locura; tengo en mi mano el reposo de esta familia que me es tan querida, á mí, cuyo corazon era ya cenizas: tiemblo, vivo, pero siempre sufro... ¡Ah! ¡Diana! ¡Diana!

Wilhelm, no la amo ya, te lo juro. Que viva feliz, alegre, mas hermosa que nunca...! La que yo amaba ha muerto, y los ángeles la han llevado sobre sus alas. ¡Oh! ideal radiante, ¿en qué celeste esfera te has refugiado...? No la amo ya, Wilhelm, te lo juro...

Pero, ¡ay de mí! ¿Por qué corren las lágrimas por mis megillas? Adios por hoy, Wilhelm, no veo...

. . . . . .

XXXV.

Otra vez me echas en cara mi silencio, amigo... ¿Qué añadiré, sin embargo, á las páginas que te han contado la historia de mi vida? Debo decirte que no vivo mas que por el pobre Schultz, é iba á decir con él. Siento sus tristezas, sus esperanzas, y asisto dia por dia á la lenta resurreccion de esta inteligencia. ¿Triunfaré? Lo ignoro; pero al menos lucharé mientras tenga aliento. Ya he vencido las alucinaciones de los sentidos por el ejercicio de la voluntad; me quedan que dominar las quiméricas inquietudes del espíritu por las sanas efervescencias del corazon. La psicología médica no ha hecho todavía.....

. . . . . .

. . . . . .

¡Wilhelm, arrodíllate y adora á Diana! Está aquí, la he visto... Viene á buscarme... Mañana parto con ella... Vamos á habitar mi castillo de Orbach, donde hemos vivido niños, donde hemos crecido á la vista de mi madre.

¡Wilhelm, la han engañado, la han martirizado!... Solo hace dos dias que sabe lo que ha sido de mí... ¡Si hubieras visto cuan pálida estaba!... Hemos permanecido algunos minutos sin poder hablar, ahogados por nuestras lágrimas... Para evitar toda pesquisa la habian llevado á Rodas. Allí en esta tierra casi desierta

la ha retenido durante diez y seis meses y ha sido su carcelero implacable... Acabo de separarme de ella. Me ama todavia: no me lo ha dicho, pero lo siento, lo comprendo, lo sé...

Esta mañana te escribia, cuando de repente se abre mi puerta bruscamente... Me vuelvo, era Bastien, radiante de felicidad. Le grito.—¿Diana?... Pero la emocion la ahoga, no puede responderme...—¡Ahí está! le dije, y me precipito en mi salon, en el que atropellé á mi pobre Schultz, esponiéndome á dejarle caer; detrás de él la veo, conmovida, temblando, loca de alegria...

Cuando pudimos hablar á través de nuestras lágrimas, en algun tiempo no pudimos repetir mas que estas dos palabras: "¡Andrés! ¡Diana!„ ¡Pero resumian un mundo de ternura, una eternidad de amor!

—Vamos, vamos, calma, dijo Schultz, sonándose con fuerza para disimular su emocion.

—Ve á pasearte, doctor, le dije.

Le salté al cuello y le abracé... abracé á Bastien; despues me arrojé á los piés de mi amada... estreché sus manos que bañé de lágrimas. ¡Todos delirábamos; esta vez sí que era una verdadera casa de locos!

Wilhelm, todavia no te lo he dicho, ¡Diana es viuda! El conde ha fallecido en un duelo, muerto por un inglés de una estocada que le ha atravesado la garganta. Fué un golpe del género de los tuyos, cuando atravesaste al Mayor austriaco.

¡Wilhelm, yo que la acusaba! Le han tendido un lazo: la han arrancado de Maufert, diciéndole que yo habia sido atacado por una demencia furiosa; la llamaban en mi auxilio. Dominada su desconfianza, siguió á Plácido hasta Spa, á donde llegó el conde al dia siguiente.

Ha gemido diez y seis meses, ignorante de mi suerte, cautiva en un castillo arruinado. En fin un dia sus criados la han librado... El habia muerto... Rendida por la fiebre y por el sufrimiento, se hizo llevar á su navío; no pensaba mas que en mí... Tardó tres semanas para llegar viva á Maufert, donde nadie sabia lo que habia sucedido. Felizmente, mi fiel Bastien, sabiendo su vuelta, corrió allá. Ella ha querido partir al momento con él. ¡Qué dia!...

Wilhelm, ¡su carta era falsa! imitaron su letra valiéndose de un diestro impostor. Para engañarme han entregado traidoramente su nombre entre otros muchos al cronista de los bailes de la corte.

No podiamos satisfacer nuestros ojos: las horas han trascurrido en una sonrisa continua. Le he confiado la desgracia de Schultz, mi amistad por él y mis esfuerzos por salvarle. Está convenido que vamos á llevarle con nosotros y á su mujer y sus hijos; compraremos su casa, si es preciso para decidirle; le aseguraremos su porvenir. No puedo abandonarlo.

¡Pobre Schultz! cuando se piensa, Wilhelm

que una sacudida de alma como la que he esperimentado hoy bastaría para curarle para siempre!

Hemos comido en familia. Por la noche fué preciso separarnos; Diana estaba rendida de fatiga. La encantadora señora Schultz que la ama ya como una hermana, la ha instalado en su habitacion; yo he vuelto á mi pabellon, desde el que veo su ventana dulcemente iluminada por el pálido rayo de una lámpara de alabastro, y te escribo en tanto que á mi lado, sobre un lecho hecho de cualquier modo, Bastien ronca como verdadero contrabandista.

Wilhelm, ¡qué porvenir! ¡es un sueño!... ¡Y decís que hay gentes que no creen en Dios!

XXXVI.

He pasado toda la noche saboreando mi felicidad. El sueño me hubiera quitado el conocimiento de ella. Por la mañana Schultz me encontró adorando de lejos la ventana de Diana.

—Ya se levanta, me dijo. No os movais. Soy la estrella mensajera de tu aurora. Vas á verla resplandecer.

En el mismo instante las cortinas se abrieron, y dos graciosos rostros aparecieron en la ventana. Diana, radiante, animada, me sonrió. A una palabra de Mad. Schultz, que era ya su confidenta, la ví enrojecer por una dulce confusion. Casi inmediatamente la esposa del doctor llevó á sus labios la mano de Diana, que

tenia entre las suyas, y se sirvió de ella para enviarme besos.

—¡Bravo, Maria, bravo! esclamó Schultz riendo.

Y apoderándose tambien de mi mano, se puso á cruzar besos á mi amada... y yo á enrojecer como ella, y todos á reir con la alegría en el corazon.

—¡Qué buen médico es la felicidad! me dijo Schultz, con su franco entusiasmo de niño y de filósofo que lo hace tan apreciable.

Yo estaba demasiado conmovido para responderle.

—¡Hola! repuso cuando la vision se hubo desvanecido, ¿parece que has formado el proyecto de arrebatarme á mi patria?

—¡Dios mio! si, repliqué, afectando una calma burlona, te arrebato, y si tienes proyectos de resistirte, te prevengo que permanezco prisionero en tu hospital con Diana, hasta que tú decidas. ¿Qué quieres? así es... Tú eres indispensable á mi felicidad... Yo estoy enfermo y es preciso que me cuides.

—Vamos, ya te comprendo, dijo con un acento conmovido y estrechándome en sus brazos. Gracias por tu amistad paternal. Te juro que me curarás.

—¡Bah! la cura está terminada, le respondí.

—Quisiera esperarlo, repuso un poco cavilo-so; pero no lo sabremos hasta el otoño!... Si ningun acceso me ataca...

—¿Cuándo partimos? le pregunté interrumpiéndole.

—Creo que haríamos muy bien en conceder dos dias de descanso á Mad. Diana. Mientras tanto, me pondré de acuerdo con Steiner, mi discípulo y amigo, que me reemplazará aquí... Pero bajemos al jardin; veo á los niños... Ellas no deben estar lejos.

Le seguí entristecido en mi alegria por el pensamiento de que la menor crísis podia estinguir para siempre esta noble inteligencia; pero era demasíado feliz para no tener esperanza.

Orgullosa y dulcemente turbada á la vez, por un amor que al fin se atrevia á confesarse, Diana resplandecia con las gracias virginales y tímidas del primer amor. La mujer se había convertido en doncella: su rostro tan puro, un tanto pálido por el sufrimiento, tenía los suaves contornos de las vírgenes de Guido René: sus grandes ojos negros, lánguidos por una casta ternura, los velaban á cada momento sus largas pestañas, como para ocultar á los profanos el secreto de su alma. El acento mas débil de su voz era una confesion, y yo la escuchaba encantado.

Al dia siguiente, estando todos reunidos en el salon de Schultz despues de almorzar, un criado anunció á la canonesa de Jonval, que preguntaba por la condesa de Maufert. No pude evitar un movimiento de inquietud; pero

con una valentía que me llenó de admiración, Diana dió órden de que pasase su tia.

Mad. de Jonval entró acompasadamente. Un grito de sorpresa atestiguó que esperaba encontrar á su sobrina sola. Diana se levantó con indiferencia, y se adelantó hácia ella.

—Me sorprende, querida, veros en Carlsruhe en otra casa que la mia, dijo la tia con un tono seco, y sobre todo verme obligada á venir aquí para encontraros.

Rinal a un silencio glacial: se hubiera podido oir el latido de nuestros corazones.

—Perdonadme, señora, respondió Diana con calma; no contaba con tener que informaros de la causa de mi presencia en esta casa.

—La confesion es franca, replicó la canonesa; pero he venido aquí para hablaros de asuntos de família, y...

—Hablad, señora, la interrumpió Diana. No tengo nada que ocultar á los amigos que me rodean, porque sigo sus consejos; puedo, pues, oiros delante de ellos.

Mad. de Jonval apenas pudo disimular su despecho; dudó un momento, y despues se reconcentró.

—Preocupados con vuestra situacion, sobrina, hemos pensado mi hermano y yo, que aunque viuda, sois demasiado jóven para vivir sin direccion, y hemos, pues, decidido que yo os dé un asilo, y desempeñe á vuestro lado el cargo que ejercia antes de vuestro matri-

monio. Por esto, revestida de la autoridad que tengo sobre vos, vengo á deciros que estoy dispuesta á llevaros conmigo.

A estas palabras, esperimenté una viva emocion. Diana me tranquilizó muy pronto.

—Estoy agradecida, señora, á mi tio y á vos, dijo ella, por la solicitud que os dignais manifestarme; pero he decidido de otra manera de mi porvenir...

—¡Decidido! interrumpió la canonesa con altivez; ¿sin nuestro consentimiento?

—Si, señora, repuso Diana con respetuoso atrevimiento, deseo retirarme á la casa de mi madre para vivir en ella con la humilde fortuna que me ha dejado. Sé lo que debo al mundo y cuento ya con una proteccion que no me faltará, lo espero, y que encontrareis digna por todos conceptos; esta es la proteccion del señor doctor Schultz y su mujer, que consienten en vivir en adelante conmigo.

—¡Pero olvidais demasiado, me parece, los derechos de vuestra familia! esclamó Mad. de Jonval.

—¿Los derechos de mi familia, señora? dijo Diana amargamente. ¡Oh! no puedo olvidarlos, no me los recordeis. Vos los habeis ejercido, ligándome á los diez y seis años á un yugo que me espantaba á pesar de mis súplicas y mis lágrimas. Siempre armada con estos derechos, os habeis unido con el que me atormentaba... Os perdono á todos, pero no invoqueis el re-

cuerdo de vuestra proteccion: la he esperimentado demasiado.

La canonesa se mordió los lábios, y tomando una actitud contrita, dijo:

—¿Así, pues, os resistís á mis deseos?

—Vos misma me habeis librado de vuestra autoridad, casándome, y he llegado á ser libre y dueña de mis acciones. Nuestro orgullo de raza os responde de mi decoro en el porvenir. Si alguna vez falto á él, sufriré vuestros cargos.

XXXVII.

Tres dias despues, en una deliciosa tarde de Abril, un carruaje entraba en la gran alameda de mi castillo de Orbach, antiguo heredamiento de los duques de Lorena, que mi padre habia restaurado con el entusiasmo de un arqueólogo. Los viejos robles y los castaños cubiertos ya con tiernas hojas, formaban sobre nosotros un arco triunfal; las acacias y los ébanos en flor, exhalaban su aroma embalsamada; en el ramaje revoloteaban los pajarillos: la naturaleza se estremecia de amor bajo los besos de la primavera, y toda esta nueva vida parecia decirnos: "¡Florecemos como nosotros!„

Conmovido, entusiasmado tenia entre las mias las manos de Diana; dulces recuerdos se levantaban en tumulto bajo nuestros pasos; volviamos á los dias de nuestras infancia, de nuestros juegos, nuestras locas carreras so-

bre el césped, y nuestras madres que nos protegian con sus miradas y confundian sus besos en nuestras frentes. Pasamos por un pequeño lago, en el que otras veces se bañaban cisnes; y arrastrada por la corriente de los recuerdos, me dijo Diana:

—¿Te acuerdas?

Alli, la habia yo defendido un dia del gran cisne negro, alto hecho que me habia cubierto de gloria para todas las gentes del castillo.

Esta agradable familiaridad habia vuelto á sus lábios con tan natural abandono, que no se apercibió de él, hasta que notó mi espresion sorprendida. Para no impedir nuestra efusion el honrado Schultz contemplaba la perspectiva, admiraba la magnificencia de mi posesion y enseñaba á su querida María las cumbres de las montañas inflamadas por los rayos del sol. Bastien, en el pescante, cogia al vuelo las altas flores de los castaños.

A doscientos metros del castillo, nos detuvimos en una verja, detrás de la que se veia en medio de las lilas un elegante pabellon á la italiana: esta era la casa de Diana edificada en el centro de un pequeño parque cerrado de muros y enclavado en mis tierras. Habiamos adelantado nuestra llegada un dia y nadie nos esperaba. Al grito de los postillones, las gentes de la casa, presididas por Catalina, corrieron con aclamaciones de alegria. Nos vimos rodeados, festejados y abrazados por tres ó cuatro antiguos servidores que nos habian

visto crecer, y á quienes nuestra feliz vuelta resucitaba como á nosotros.

—¡Es nuestra jóven señora! repetian, no atreviéndose á creer á sus ojos.

—¡Y el señor baron, ved que alto está!

—¡Y muy gentil! dijo la anciana nodriza de Diana.

Antes de que hubiese trascurrido un cuarto de hora, las gentes del castillo, avisadas por Bastien, corrieron á nuestro encuentro. La noticia de mi pretendida locura y de mi detencion habia entristecido á estos corazones adictos; se estrechaban á mi alrededor, felices de verme tan alegre y tan valiente. Schutz, participaba de la alegria general y se frotaba las manos, señal inequívoca que anuncia en él la suprema satisfaccion: su mirada siempre llena de melancolia cuando se encontraba con la mia, como si temiese leer en ella la inquietud que él me inspira, estaba tranquila y confiada, habia olvidado sus temores, su desgracia.

Recorrimos la casa, el parque; los niños corrian por el jardin y nos cortaban ramos de flores. A cada paso encontrábamos Diana y yo recuerdos del pasado y nuestros corazones palpitaban y nuestros ojos repetian: ¿Te acuerdas? pues nuestros lábios no se atrevian á pronunciar esta dulce palabra.

Mientras se improvisaba la comida partimos para ir á visitar mi castillo, en el que hice mi entrada en medio de las aclamaciones de los aldeanos. Habian conocido á mi padre y

me habian visto nacer; saludaban en mí al hijo de un bienhechor, al que la dominacion de mi tutor y de Plácido habia hecho aun mas querido.

Llegada la noche, cuando me ví solo con Bastien, me parecia que todo habia sido un sueño. Segun el deseo de mi padre, nada habia cambiado en la casa natal; volvía á ver todo lo que me habia amado, y evocaba en mi pensamiento la mágica ilusion del porvenir.

¡Ay de mí! una sombra pasaba sobre mi felicidad; pensaba en mi desgraciado Schultz, que por la cosa mas insignificante podia caer en la locura mientras yo no hubiera vencido, hasta la mas fugitiva duda de su espíritu.

¿Lo curaré?

. . . . . .

Al dia siguiente me desperté por el ruido de pequeños guijarros que arrojaban á mi ventana. Era Schultz que venia á hacerme su visita acostumbrada. Casi inmediatamente entró.

—¡Eh! ¡Eh! dijo mirando las bugías casi consumidas, mucho se ha velado aquí. ¡Mal régimen! Vamos, olvido que no soy ya médico, añadió sonriendo.

Asi que estuve listo corrimos á la habitacion de Diana, en la que encontré á Granger, que acababa de llegar. Su presencia me recordó sufria la interdiccion por la ley... ¡No habia pensado en ello! Temí alguna mala noticia...

¡Ah! ¡Dios mio! le dije, volveis á atarme á mi cadena.

—¿Qué cadena? respondió sorprendido de mi acojida.

—Perdonadme, amigo mio, repuse tristemente, habia olvidado la interdiccion de que soy víctima.

—¡La interdiccion! dijo riendo; ya no sa trata de esto, tranquilizaos.

—¡Cómo!.... ¿Pero y mi consejo de tutela?

—No lo teneis ya! sois mayor, y el solo testimonio de vuestra libertad hace cesar los efectos de la sentencia pronunciada. Vengo justamente á tomar vuestras órdenes para una demanda que va á poneros en posesion de vuestros bienes.

. . . . . .

Desde hace ocho dias todo ha terminado, mi querido Wilhelm. He reconquistado mis derechos, soy libre, dueño de mi fortuna, de mi voluntad, de mi vida, y estoy en camino de proseguir mi hermoso proyecto... Me empobrezco, disminuyendo las rentas de mis colonos; esta es mi principal ocupacion. Querido mio, en adelante miráme con respeto... Soy un jóven de quinientos treinta y siete mil seiscientos tres francos, veinticinco céntimos de renta, como dicen los ingleses.

Tus dos pequeños millones me causan risa. Los asuntos de Diana están tambien perfectamente arreglados: gracias al testamento de M. Maufert, no ha heredado nada de él.

Salvo el castillo, que es siempre el que tu

has visto, todo lo he mudado. Renuevo mis trenes, compro seis caballos en París..: caballos dignos de ella, Wilhelm!

He nombrado á Bastien mi administrador y lo he casado con su Catalina; caso tambien á Magdalena por mediacion de Diana, y voy á casarte á ti mismo si no tratas de evitarlo: todo esto sin perjuicio de otro matrimonio que medito.

Corre si quieres ver un rincon del mundo, en el que el ideal se ha refugiado. Te esperamos.

XXXVIII.

Wilhelm, lo sé todo. Eres un traidor. ¡Me has ocultado tu adhesion sublime!... Has vivido meses á mi lado, cerca de Diana, testigo de esta felicidad, que es obra tuya; sin descubrirme tu generosa alma. ¡Ah! Wilhelm, ¡te debo la vida!... Lo sé todo, te lo digo.

El adversario del conde en Rodas, eras tú! ¡No he besado de rodillas esta mano fraternal que libró al ángel que adoro, esta mano valiente que me ha salvado de un crimen ó de un duelo que hubiera destruido para siempre mis esperanzas de amor! ¡Cruel! callabas... Y no ha sido el azar, Wilhem; ha sido Dios quien me ha revelado todo; Dios que quiere darte un hermano, pronto á su vez á darte la vida.

En el buque que conducia ya hace tres me-

ses á la desgraciada Diana á Marsella, se encontraba un jóven que viéndola aislada, moribunda, la habia rodeado de respeto y de cuidado hasta Paris. Antes de ayer llegó aquí este jóven. Tiembla, Wilhelm; se llama Mr. de Varelles, cónsul en Reales. Le he dado hospitalidad. Ayer tarde le pregunté si sabia algunos detalles sobre el duelo del conde con sir George Terry.

—¡Pardiez! me dijo, yo era testigo.

Entonces le supliqué me contase esta historia.

—Es una aventura bastante estraña, repuso Mr. de Varelles. Es preciso que sepais que este sir George, gran apasionado de las ruinas, iba diariamente á visitar la fortaleza bizantina que habitaba el conde para sacar croquís. Habeis conocido el sombrio humor del conde de Maufert: le molestó esta asiduidad, y vió en ella, probablemente, una intencion hostil... tanto, que una mañana quiso prohibir á sir George la subida á un viejo baluarte arruinado desde el que se veia el jardin. Sir George resistió con la testarudez del anticuario turbado en sus investigaciones; el conde se irritó, sir George le rió flemáticamente en su cara... De aquí un encuentro para el cual el que se llamaba inglés me suplicó asistiese.

—¡Como! le dije, ¿el que se llamaba inglés?

—Si, en esto está el misterio, porque como yo le instaba para que eligiese á su cónsul,

me confió que era francés, de una antigua familia de la Alsacia y que se llamaba Wilhelm Salzmann.

Al oir este nombre, tú lo presentirás, me sorprendí. ¡Ah! Hermano, si hubieras oido los latidos de mi corazon, pensando que tengo un amigo como tú! ¡Tú, mas hábil que yo, que desesperaba de encontrar el retiro de Diana, la encontraste!... ¡Ah! Nuestra felicidad es obra tuya, y quiero que sepas cuán pura y radiante es... ¿Pero qué te diré de mi felicidad?...¡Tú has visto á Diana!

Despues de los dos meses que tú has pasado al lado nuestro, nada ha turbado la tranquilidad de nuestro querido Schultz; mi esperanza se afirma cada dia. Pero el otoño se acerca, estacion terrible, prueba decisiva para este pobre espíritu debilitado; el menor ataque puede poner en peligro los progresos tan difícilmente obtenidos. ¿Lo salvaré? Diana, que está en el secreto, me ha sugerido la idea de hacerle pasar el mes temible en el castillo; así, pues, lo tendré á mi lado por la noche y yo le velaré.

XXXIX.

Victoria completa, Wilhelm. El otoño ha pasado, el césped está cubierto de escarcha y fuera de dos ó tres dias de melancolía, Schulz no ha tenido ninguna debilidad.

Como habiamos proyectado le he instalado en el castillo en una habitacion contigua á la

mia. Como has pensado muy bien, mi sábio doctor no ha conocido mi estratagema. Amigo, ¿lo creerás? casi todas las noches nos hemos reido de la locura, y su razon no ha estado nunca mas firme! En fin, para coronar la obra añadiré que mas ha velado él por mí, que yo por él, porque habiendo notado que iba á espirar su sueño, entraba dos ó tres veces cada noche en mi habitacion.

—¿Qué hay? le dije á la primera visita que me hizo.

—Vengo á demostrar que estoy tranquilo, replicó con su dulce sonrisa que conoces.

Entonces, para no despertar sus temores, le dejé hacer. Muchas veces le veo entrar suavemente, acercarse á mi cama, y escuchar mi respiracion; yo no me movia y fingia dormir. Tener en vela la solicitud de este corazon tan bueno y tan verdadero era distraer poderosamente su pensamiento: ocupado de evitarme un digusto, no ha pensado en sí mismo... El amor, la amistad, el corazn. Wilhelm, este es probablemente la primera palabra de la psicologia médica, y digo como mi Schultz: ¡Que buen médico es la felicidad!

¡Si vieras á Diana con el esplendor de su gracia, tanto tiempo velada por un frio invierno! ¡La primavera se despierta, vive, está radiante! Si nos vieras en su pequeño parque, casi afortunado, en el que pasamos los dias unas veces alegres y aturdidos como los niños, cuyos juegos compartimos; otras recogidos y si-

lenciosos como prometidos que esperan... Por un sentimiento cuya delicadeza comprenderás, no nos hemos dicho todavia que nos amamos siempre; pero cada una de nuestras palabras es una confesion; cada una de nuestras miradas una caricia. ¡Ah! ¡cuán elocuentes son nuestras almas!

Sin embargo, sin notarlo hago locuras para embellecer en el castillo, el departamesto de mi madre, y el discreto cura se ocupa en conseguir del obispo la dispensa que necesita el dulce lazo espiritual que nos ha enlazado ya en la pila bautismal.

¡Ah! si curase á Schultz, qué existencia tan feliz!

Esperamos tu vuelta, Wilhelm; mi jauria es completa. cuarenta perros ingleses que hacen un ruido del infierno... Te daré á Ralph. ¡Ya estarás contento, cazador distinguido!

Diana te espera, te ama como á su hermano, puesto que lo eres mio... ¡Qué sucederia si supiera que sir George Ferry era... ¡Pero silencio! es preciso que ignore siempre este secreto.

EPÍLOGO.

—Este niño es tan travieso como su padre; dijo Diana haciendo saltar á nuestro pequeñuelo en sus brazos.

—¡Lo niego!... le dije enérgicamente; á tí es á quien se parece.

Dos años han trascurrido; tengo un hijo rubio y sonrosado; un ángel del cielo. Soy su padre, y no me atrevo á decir que tiene alas: pero sé bien lo que pienso á despecho del escéptico Schultz que se entrega á la anatomia, como un ilustre sabio que es.

—Sí, mi querido Wilhelm, repuso Diana; tan travieso como su padre.

Wilhelm, este es nuestro hijo, y Wilhelm que rie estrepitosamente está en el aire...

—Un gran filósofo... como tu padre...

Y el pequeñuelo está en los brazos... y rie mas fuerte. Despues viendo que el juego no

seguia, se pone á pronunciar un largo discurso en esa algarabia infantil que es tan bonito idioma.

—Esta era al menos la opinion de Platon, respondió Schultz afectando seriedad.

Una disputa se trabó, y Maria intervino contra su marido, que se aplacó.

Esta escena memorable tuvo lugar en una inmensa galería en la que se amontonan muebles antiguos, tapices preciosos, objetos de arte, y es á la vez museo, sala de música y de estudio. Una ventana cubierta de flores daba sobre el jardin. Nos reunimos en él por la tarde, en las horas del *far niente*. En el parque todo está tranquilo, misterioso, y la amorosa naturaleza prodiga para nosotros los perfumes de mayo.

—¿Qué lees, amigo? dijo Diana viéndome inclinado sobre un voluminoso manuscrito que absorbia mi atencion.

—Mis cartas á Wilhelm desde hace tres años... Se las he pedido.

Diana dirigió una inquieta mirada al doctor, y no pudo comprimir un movimiento de temor; sabe que he meditado una prueba suprema sobre la inteligencia de Schultz ya curado. Quiero para confirmar su fé en sí mismo, poner delante de sus ojos sus miserias de otro tiempo. Si sufre esta sacudida, está para siempre asegurado.

Sin embargo, en el momento de emprender este último duelo con su razon, tiemblo. ¡Si su-

cumbiera! Y para medir el peligro recorro estas páginas en las que palpita mi corazon!

Pero apenas he empezado esta lectura, mi imaginacion es presa de una idea singular. Estas olvidadas escenas de mi vida se me presentaban de repente bajo un aspecto estraño: me parece leer alguna fantástica leyenda inventada por un cerebro enfermo... Voy derechamente al dia en que Schultz me hizo la confesion de su locura, y no sé qué creer... Prosigo y encuentro la narracion de estos ataques, en los que yo le defendía contra sus terrores; todo produce sobre mi el efecto de un mal sueño...

Al rededor mio todos se callan. Sorprendido con este súbito silencio levanto la cabeza, les veo inmóviles, conmovidos no sé por qué idea angustiosa; los ojos de Diana estan llenos de lágrimas, Schutz y Maria estan casi temblando Bastien, muy pálido, está detràs de ellos... Todo lo comprendo.

—¡Hola! ¡hola! señor doctor chistoso, dije sonriendo, tu me has engañado, ¡no eras tú el que estaba loco!

—¿Cómo, piensas que?...

—¡Pardiez! ¡creo que era yo! ¡es claro como la luz! Tu has fijado la demencia y me has conducido tambien á querer probarte con tanto ardor la sanidad de tus fingidas visiones... que me has curado de las mias.

—¡Bravo! ¡bravo! ¡lo adivino todo! esclamó, la locura está enterrada!

—¡Si, en el arenal! dije sonriendo. ¡Ah! doc-

tor de génio, ven á abrazarme! Estreché este noble corazon, despues me arrojé á los piés de Diana, que estrechó mi cabeza sobre su seno, cubriendo mi frente de besos.

—¡Angel! le dije, ¡mi razon eres tú! ¿es tu amor!

—¡Ah! respondió entonces ¡no se estinguirá jamás!

Ved cómo me salvó mi amor. ¡Amaba, era amado! Tenia una madrina, mi querido Wihelm... de esta manera concluye como empezó mi cuento azul.

FIN: